

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA GENERAL DE INVESTIGACIONES

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

FACULTAD DE CIENCIAS QUÍMICAS

BIBLIOTECA GENERAL DE INVESTIGACIONES

KIPLING

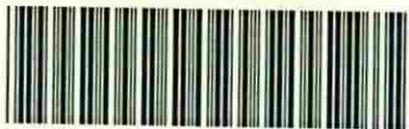


CUENTOS
DE LAS
MONTAÑAS

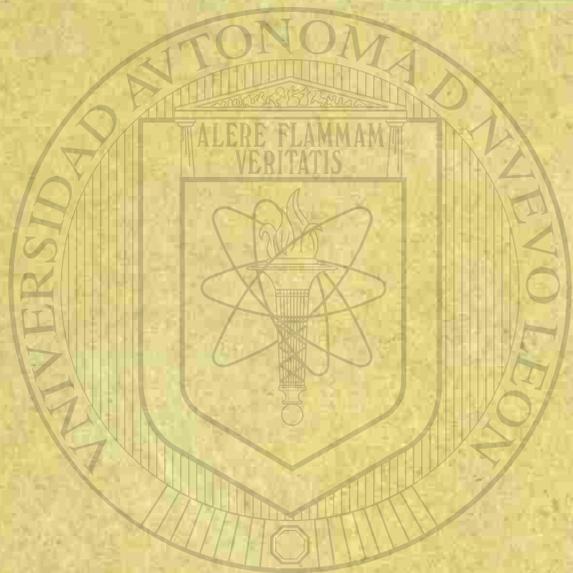
PR4854

T3

S6



1020028720



UANL

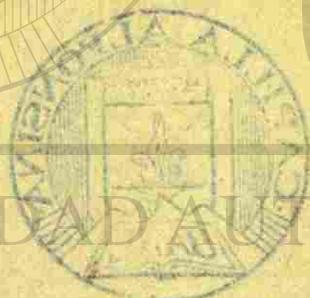
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

FONDO
RICARDO COVARRUBIAS





FONDO
RICKARDO COVARRUBIAS

CUENTOS DE LAS MONTAÑAS

UANL

Núm. Clas

Núm. Autor

Núm. Arg

Procedencia

Fecha

Clasificó

Catalogó

CC
K 57 cu
29157
- 8 -

629

RUDYARD KIPLING

Cuentos de las montañas

TRADUCIDOS DEL INGLÉS

POR

D. AGUSTÍN FERNANDO DE LA SERNA



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

MADRID

LIBRERÍA DE FERNANDO DE LA SERNA

Carrera de San Jerónimo, 2

1900

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO ROYER"

1625 MONTERREY, MEXICO

099439

29157

823.

K.

PR 4854

T3

S6



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

Es propiedad del traductor.
Reservados todos los derechos
que conceden las leyes.

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. N. E. D.

FONDO RICARDO COVARRUBIAS
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO RIVERA"

DIRECCIÓN GENERAL DE PUBLICACIONES

MADRID, 1900.—Ricardo Fé, impresor. Olmo, 4



PRÓLOGO

EN plena juventud ha logrado Rudyard Kipling una importancia, una popularidad y un renombre, que le colocan entre los grandes escritores de este siglo.

Hace poco más de doce años que sus primeras obras aparecieron, y ya es conocido en todas partes y admirado, aun cuando sus tendencias, sus aspiraciones, sus ideas, suscitan grandes controversias y son objeto, á veces, de apasionadísimos ataques.

Cantor del imperialismo británico, defensor de la supremacía de Inglaterra, adalid entusiasta de la lucha y de la conquista; sembrando con sus baladas, sus poemas y muchos de sus cuentos, esas ideas en el espíritu altivo de la raza anglo-sajona, Kipling descubre en su personalidad literaria matices muy singulares;

pero para analizarles habría que considerar al gran poeta inglés desde puntos de vista que, en la ocasión presente, no se amoldan á mis propósitos.

En el año 1865 nace Rudyard Kipling en Bombay, edúcase en Inglaterra, vuelve más tarde á la India y sus primeros cuentos ven la luz pública en la *Gaceta Militar y Política de Lahore*.

Trabajador infatigable, observador constante, viaja, estudia, analiza, sorprende, adivina, y todos los años nuevas joyas literarias van á enriquecer el ya largo catálogo de sus obras en prosa y verso.

Las creaciones primeras: *Cuentos de las montañas*, *Mi propia gente*, *El coche fantasma*, *Luz que muere...* atraen, cautivan, seducen por la sencillez de los argumentos, los primores del estilo, la profundidad de la observación y el humorismo elegante, saturado de ironía entre burlona y amarga; sin que empañen el brillo de tantas bellezas, las sombras de un escepticismo más alegre que triste.

Variada y rica es la colección de cuentos que figura en la labor literaria de todos los pueblos. Género acaso el más difícil, porque

camina bordeando siempre los escollos de la trivialidad ó de la chocarrería, sólo los grandes escritores han podido cultivarle con éxito verdadero.

Boccaccio, La Fontaine, Voltaire, Hoffmann y Poë, entre otros, han brillado en esta clase de trabajos por modo extraordinario; y en Inglaterra, los cuentos de *Cantorbery*, los del *Tonel* y los de *Navidad*, inmortalizaron los nombres de Chaucer, de Swift y de Dickens.

De pléyade tan gloriosa, es digno sucesor Rudyard Kipling que aventaja, en varios aspectos á muchos de sus antecesores. Burlón, sarcástico, escéptico, mordaz, como la mayor parte de los grandes cuentistas, no llega nunca ni á la grosería, ni á la procacidad, ni al insulto: las notas impías, pornográficas ó groseras no vibran en sus obras.

Original; con métodos y procedimientos propios, surge á veces en sus cuentos una frase que parece incoherente, pero meditando en ella, se descubre bien pronto el íntimo enlace que tiene con la narración donde figura.

En otros casos la incoherencia es palmaria: al escribir brotó en su imaginación fecundísima un nuevo cuento; la idea, embrionaria,

borrosa, apenas bosquejada, bajó á los puntos de la pluma, y al correr de la mano, quedó en el relato como un paréntesis, entre cuyos brazos se encierra la promesa, siempre cumplida, de una nueva obra maestra.

Kipling, cuidase á veces muy poco de puntualizar y redondear sus ideas. Las concibe, las traslada al papel en perfiles no del todo dibujados, y deja al lector atento, el empeño de completar con el propio juicio la concepción del poeta. Por eso en sus cuentos se descubren más bellezas á medida que más se les lee.

Tampoco preocupan al genial escritor las reglas ni las exigencias de la crítica reglamentada. Para él, lo capital es el pensamiento que informa el cuento; lo accesorio, el término y hasta el desarrollo de la acción.

Negar el libre albedrío ó demostrar á dónde puede descender el hombre inteligente y culto, llevado por el torbellino de la degradación, se propone, sin duda, en *Para que conste en su día* y va á su objeto aun cuando el relato termine sin que la justa curiosidad del lector quede cumplidamente satisfecha.

Los argumentos de sus obras, ya lo he di-

cho, son sencillos; algunos no del todo originales; mas la forma en que les presenta, viste y desenlaza, les da un valor y una originalidad inmensos. A veces, el asunto roza las lindes de lo trivial; pero los primores del estilo y la profundidad de las ideas le enaltecen.

Merced á esa facultad, que es privativa del genio, bástale un solo rasgo para trazar el contorno moral ó físico de sus héroes, y las figuras que viven, hablan, se mueven en sus obras, son del realismo más humano.

Bremmil, con su egoísmo cobarde y hasta cruel; Mac Goggin, con la petulancia insoportable y asfixiante de los eruditos de aluvión; Wonder, con las pretensiones vanidosas del advenedizo; Reggie, con su frivolidad aparente y su seriedad real; Wressley y Riley, con la candidez insulsa y la vanidad del técnico que sólo ha visto el mundo desde las estrechas ventanas de su covachuela, la coronela, víctima de aquella chismografía asoladora que, ataviándola de místicos arreos, cultivó siempre; Mrs. Hauksbee, con su carácter de *veintitrés aspectos*, traviesa, enredadora, intrigante, casi mala por espasmos de una vanidad constantemente adulada; y casi buena

cuando el bien que hace á unos encierra el mal de otros; todos, absolutamente todos; los generosos, los egoístas, los discretos, los mentecatos, nos son tan conocidos, les hemos tropezado ó padecido tantas veces, que ante unos se siente el deseo de saludar y ante otros el ansia de volver la espalda.

¡Cuánta verdad en las descripciones, cuánta belleza y cuánta sobriedad en la pintura de los caracteres!

Monsieur Bentzon, en un artículo muy notable intitulado *El ejército inglés juzgado por Rudyard Kipling*, y publicado recientemente en la *Revue des Deux Mondes*, dice, entre otras cosas:

«Kipling es adorado en los cuarteles; el soldado se sabe de memoria todas sus obras, en las cuales, bajo el sobrenombre de Tommy Tom Atkins es el héroe... La afición crece y crece aun entre los más estragados, que encuentran grandes deleites en esta literatura, atrevida, espontánea, completamente nueva, llena de frescura, sin precedentes conocidos y sin imitación posible.

«No es un profesor de energía desde su gabinete, y con la pluma en la mano; enseña

«lo que por sí mismo sabe hacer, siempre dispuesto, en el Transvaal como en la India, á jugarse la vida por hallar una noción exacta de un espectáculo nuevo. La rapidez de la percepción y la facultad asimiladora, acaso no han llegado jamás tan lejos.»

Con efecto, Kipling es el ídolo del soldado inglés, el oráculo de los cuarteles, porque es el cantor de la guerra; y en los cuentos que pudieran llamarse militares, hay un encanto, una viveza, una gracia; proclaman algunos en forma tal el predominio de Inglaterra y predicán con tal arte el culto de la fuerza, que á él quizás, más que á nadie, se deben la extensión y la violencia del imperialismo británico entre las masas populares: pero, á juicio mío, sus primeras obras sino superan en belleza á todas las demás, son más simpáticas, tal vez, porque para crearlas, subió el pensamiento del poeta á regiones más elevadas y más serenas.

Hay en los cuentos de las montañas una frescura, una gallardía, una sátira y un espíritu de noble generosidad que cautivan.

En forma aparentemente juguetona y ligera, censura la administración inglesa á la vez

que elogia la sencillez del indígena, perturbado y constreñido á ser dichoso civilizándose: *Lispeth, El específico, Consecuencias, Por pasar la raya*, están indudablemente, escritos con esos propósitos y encaminados hacia esos fines; mientras *Tres y un Extra, En el esplendor de su juventud, El rescate de Pluffles, Secuestrado, La falsa aurora* y algunos otros, pintan, con colores que producen deleite verdadero, la vida de la sociedad anglo-india, en su contacto eterno con los indígenas y con los ingleses que la *Metrópoli exporta*.

Muchos escritores acusan á Kipling de poco ó nada religioso; y sin que yo me atreva á creerle un perfecto ortodoxo, dentro de su heterodoxia, he de decir que en varios cuentos; singularmente en *La conversión de Aureliano McGoggin*, combate el materialismo y defiende con gran gallardía la existencia de Dios y la inmortalidad del alma, aunque sin abandonar nunca ese estilo de apariencias ligeras y burlonas, que le caracteriza.

La altísima fama del autor y el mérito singular de sus obras, me han inducido á publicar la traducción de algunas de éstas, empezando por los cuentos, que marcan y definen

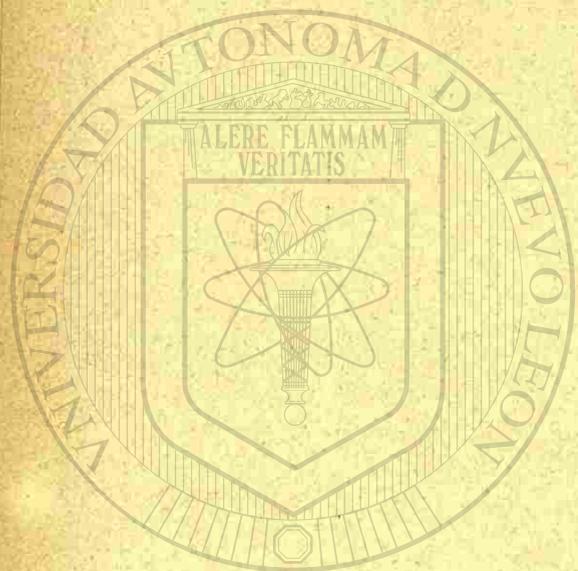
mejor, la personalidad literaria de Rudyard Kipling en aquel que los críticos llaman, su primer período.

No se me ocultaron, al acometer la empresa, lo arduo del empeño y lo débil de mis fuerzas. Fiado en la benevolencia del público español la llevé á término: si esa benevolencia me acompaña, veré colmados mis deseos y recompensado mi trabajo, meramente material.

EL TRADUCTOR



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
 GENERAL DE BIBLIOTECAS

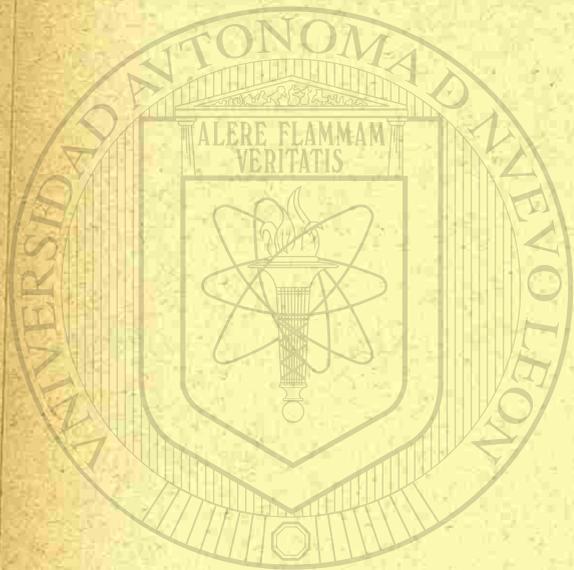


UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

INDICE

	Págs.
PRÓLOGO	v
I.—Lispeth	1
II.—Tres y un Extra	13
III.—La conversión de Aureliano McGoggin.	23
IV.—Las flechas de Cupido	37
V.—Los relojes	49
VI.—Un específico	61
VII.—El arresto del Teniente Golightly	73
VIII.—Consecuencias	85
IX.—La Señora del Subalterno	97
X.—Un Banco engañado	111
XI.—Por pasar la raya	127
XII.—La falsa aurora	141
XIII.—En el esplendor de su juventud.	161
XIV.—Unido á una infiel	175
XV.—Wressley	185
XVI.—Para que conste en su día	199
XVII.—El rescate de Pluffles	217
XVIII.—Nangay Doola	231
XIX.—Secuestrado	257
XX.—La rota de los Húsares Blancos.	269



LISPETH

SRA la hija de Sonoo y de Jadéh, habitantes de las montañas.

Un año la cosecha del maíz faltó y dos osos se pasaron toda una noche devastando la única propiedad que tenían los indios, consistente en un campo de adormideras, sobre el valle de Sutej y cerca de Kotgarh. Por eso en la primera oportunidad se hicieron cristianos y llevaron la pequeñuela á la Misión para que fuera bautizada.

El capellán de Kotgarh le puso por nombre Isabel: Lispeth, según la pronunciación *pahari* (1).

Más tarde el cólera entró en el valle de Kotgarh y se llevó á Sonoo y Jadéh, viéndose

(1) Indio de las montañas del Indostán.

Lispeth reducida á la condición de medio criada, medio compañera de la mujer del capellán.

Esto ocurrió después del reinado de los misioneros moravos, pero cuando ya Kotgarh había olvidado completamente su título de señora de las montañas del Norte.

No sé si el cristianismo favoreció á Lispeth ó si los dioses de su pueblo habrían hecho más por ella en igualdad de circunstancias. Lo único cierto es, que creció haciéndose una muchacha encantadora, y cuando las doncellas de las montañas son hermosas, vale la pena de emprender un penoso viaje de cincuenta millas para verlas.

Lispeth tenía una cara griega; una de esas caras que se pintan amenudo y que rara vez se ven. Era pálida como el marfil, con unos ojos verdaderamente asombrosos, y muy alta, dada su raza.

Si no hubiera estado vestida con uno de aquellos abominables trajes de colores chillones que tanto gustan en las Misiones, y os la hubiérais encontrado de pronto en el repliegue de la montaña, habríais creído que era la Diana de los romanos saliendo á pelear.

Lispeth aceptó el cristianismo fácilmente sin abandonarle al llegar á la edad de la mujer, como hacen muchas muchachas de las montañas. Su pueblo la odiaba porque, según decía, se había vuelto una *memsahib* (1) y se lavaba diariamente: la señora del capellán no sabía qué hacer con ella.

Era imposible pretender que fregara platos y fuentes una diosa altiva que se elevaba más de cinco pies sobre sus zapatos; así que sus ocupaciones se reducían, á jugar con los hijos del capellán, dar lecciones los domingos en la escuela, leer todos los libros que había en la casa y crecer, más y más hermosa, como las Princesas de los cuentos de Hadas.

La mujer del capellán decía que debía irse á Sinla á vivir como doncella ó de otro modo *elegante*; pero Lispeth no se sentía inclinada á hacerlo: era muy feliz donde estaba.

Cuando los viajeros—no había muchos en aquel tiempo—llegaban á Kotgarh, se encerraba en su cuarto, temerosa de que la cogieran y se la llevaran á Sinla ó á cualquiera otra parte de un mundo desconocido.

(1) Señora.—(N. del T.)

Un día, pocos meses después de cumplir los diecisiete años, salió á dar un paseo, que no se parecía ciertamente á los de las señoritas inglesas: una milla ó milla y media, y vuelta en coche á casa. No; sus paseos habituales eran excursiones de 20 á 30 millas entre Kotgarh y Narkunda.

Este día regresó después de anochecido, descendiendo, por el despeñadero de Kotgarh, con algo en los brazos que pesaba mucho.

La esposa del capellán dormitaba en el salón cuando Lispeth entró jadeante bajo el peso de su carga, la dejó sobre el sofá y dijo sencillamente:

—He aquí á mi marido; le he encontrado en Bagi Road. Está herido; le cuidaremos y cuando se restablezca, su esposo de usted le casará conmigo.

Fué aquella la vez primera que habló de proyectos matrimoniales. La mujer del capellán se estremeció de horror; pero lo que por el momento importaba más era el hombre del sofá, necesitado de inmediata asistencia. Era un joven inglés y tenía en la cabeza una herida que dejaba al descubierto el hueso, causada al parecer con un arma mellada.

Lispeth refirió que le había encontrado bajo el Khud y se lo había traído: el hombre respiraba difícilmente y estaba sin conocimiento.

Fué llevado á la cama y curado por la mujer del capellán, algo entendida en medicina, mientras la india esperaba á la puerta de la habitación por si se necesitaba su ayuda.

Al capellán le dijo después que aquel era el hombre con quien había soñado para casarse. El capellán y la esposa de éste la reprendieron severamente por la incorrección de tal conducta, y ella, después de oírles con perfecta tranquilidad, repitió su declaración.

El cristianismo cuida mucho de borrar los salvajes instintos orientales, entre los que descuella el de enamorarse, sólo por una mirada; pero Lispeth, habiendo encontrado el hombre en quien adorar, no vio la razón que le obligase á ocultar sus sentimientos.

Tenía la resolución de no separarse de él; le curaría, y cuando estuviese bueno, se casarían: este era su programa.

Después de quince días de ligeras fiebres, el inglés, mejorado ya, dió las gracias más afectuosas al capellán, á la mujer de éste y á Lispeth—sobre todo á Lispeth—por sus bon-

dades. Dijo que viajaba por el Este (en aquellos días, en los que la flota Peninsular y Oriental estaba en sus comienzos y era pequeña, no se hablaba de viajes por todo el globo); que había venido desde Dehra Dun á buscar plantas y mariposas en las montañas, y que nadie le conocía en Sinla.

Supuso que debió caer sobre el acantilado, cuando cogía un helecho en el tronco podrido de un árbol y entonces sus guías le robaron el equipaje y huyeron.

Pensaba regresar á Sinla cuando estuviera algo más fuerte y renunciar á nuevas correrías por las montañas.

Como demostrara alguna impaciencia por marcharse, al ver lo lentamente que se restablecía, Lispeth formuló observaciones que le valieron consejos y advertencias del capellán y de la mujer.

Esta reveló al inglés lo que pasaba en el corazón de la muchacha, riéndose grandemente el viajero ante aquel hermoso romanticismo que era, según dijo, un idilio del Himalaya. Añadió que estaba ya comprometido con una joven de su país; pero que no acontecería nada, porque sabría proceder discretamente.

Con efecto, lo hizo así, aunque encontraba muy agradable hablar con Lispeth, pasear con ella, decirle las cosas más hermosas y prodigarle los nombres más cariñosos, mientras llegaba el momento en que sus fuerzas le permitieran marcharse.

Cuanto hacía no significaba nada para él, pero significaba mucho para la india, y la doncella fué muy feliz durante quince días, porque había encontrado un hombre á quien amar.

Salvaje de nacimiento, no se preocupaba en ocultar sus impresiones, y esto divertía al inglés.

Cuando éste decidió marcharse, Lispeth le acompañó á la cúspide de la montaña hasta Narkunda, yendo muy turbada y muy triste.

La mujer del capellán, que era una buena cristiana, enemiga de alborotos y escándalos, viendo que la india no le hacía ningún caso, rogó al inglés le dijese que volvería para casarse con ella.—Es una chiquilla—añadió;—ama, y temo mucho á estos salvajes.

Hízolo así el viajero, y las doce millas de cuesta las subieron ciñendo el hombre con su brazo la cintura de la muchacha y jurándole

que volvería y se casarían; juramento que Lispeth le obligaba á repetir á cada paso.

Se separaron y la montañesa permaneció llorando en Narkunda Ridge hasta que le perdió de vista al final del sendero de Mutiani.

Entonces secó sus lágrimas, regresó á Kortgarh y dijo á la mujer del capellán:

—Volverá y se casará conmigo: ha ido á participárselo á su familia.

La mujer del capellán la acarició y dijo también:

—Volverá.

Al cabo de dos meses, Lispeth comenzó á impacientarse, y entonces se le advirtió que el viajero había tenido que cruzar el mar para ir á Inglaterra. La muchacha sabía dónde estaba Inglaterra, porque había aprendido algunas nociones de geografía; pero como hija de las montañas, no tenía ninguna idea de lo que era el mar.

Había en la casa un mapa del mundo muy confuso y muy viejo, con el que jugaba siendo niña. Le desenterró, juntó sus pedazos y por las noches se hacía preguntas á sí misma tratando de averiguar dónde estaba el inglés.

Como no sabía nada ni de las distancias ni de los barcos de vapor, sus conjeturas eran algo erróneas; pero lo mismo hubiera resultado de ser exactas, porque el viajero no pensaba volver para casarse con la doncella de las montañas.

Había olvidado todo lo referente al tiempo en que estuvo cazando mariposas en Assam, hasta el punto de que más tarde escribió un libro de su viaje á Oriente y ni siquiera el nombre de Lispeth aparecía en las páginas.

Durante tres meses la india siguió dando su paseo diario para ver si aparecía su amante en el camino. Esto la consolaba, mientras el pensamiento que más halagaba á la mujer del capellán era que olvidase aquella bárbara y poco delicada locura.

Después los paseos dejaron de alentar á la montañesa, y su genio se volvió muy áspero.

La mujer del capellán creyó que aquella era la mejor ocasión para hacerle conocer el verdadero estado de las cosas, revelándole que el inglés le había hablado de amor para tranquilizarla, sin que jamás hubiera pensado en nada serio, y que era absurdo é impropio de

Lispeth pretender casarse con un hombre superior á ella en clase y que además estaba comprometido con una joven de su misma raza.

Hízolo así, y Lispeth respondió que todo aquello era imposible, porque él le había ofrecido casarse con ella, y la mujer del capellán le había asegurado que volvería.

—¿Cómo puedo pensar—añadió—que él y usted no han dicho la verdad?

—Nosotros lo hacíamos para calmarle.

—¡Entonces ustedes han mentido! ¡Usted y él!

La mujer del capellán inclinó la cabeza sin responder. Lispeth permaneció también silenciosa algunos momentos.

Después descendió al fondo del valle y volvió vestida con su traje de hija de las montañas, horriblemente sucio, pero sin pendientes en las orejas ni anillo en la nariz y con el pelo recogido en larga trenza y sujeto con hilo negro, según la costumbre de las mujeres de las montañas.

—Me marchó con los míos—dijo.—Ustedes han matado á Lispeth; ya no queda más que la hija de la vieja Jadéh: la hija de un

pahari y la sierva de Tarka Devi (1). Los ingleses sois unos embusteros.

Cuando la mujer del capellán se repuso de la sorpresa que la había causado la noticia de que Lispeth se volvía á sus antiguos dioses, la joven había desaparecido para no volver jamás.

Lispeth se arrojó de un modo salvaje entre las costumbres de su desidioso pueblo como para desquitarse del tiempo que había vivido lejos de él, y poco después se casó con un leñador, que le pegaba, según la costumbre de los *paharis*, y su belleza se marchitó pronto.

—No puede uno fiarse de las humoradas de un salvaje—decía la mujer del capellán.—Creo que Lispeth, en el fondo de su corazón, fué siempre hereje.

Recordando que la habían metido en la iglesia de Inglaterra á la tierna edad de cinco semanas, esta observación de la buena señora, no le dió mucho crédito.

Lispeth era muy vieja cuando murió. Siempre conservó un perfecto dominio del inglés, y cuando estaba muy borracha se podía, aun-

(1) Divinidad india.—(N. del T.)

que con trabajo, induciría á que contara la historia de sus primeros amores.

Parecía imposible que aquella criatura la-
gañosa y arrugada, semejante á una escoba
de trapo carbonizado, hubiera sido en otro
tiempo la Lispeth de la Misión de Kotgarh.



TRES Y UN EXTRA

Cuando la cabezada y las trabas
están sueltas, no caces con garrote
sino con gram (1).

(Proverbio indio).

DESPUÉS del matrimonio llega la reacción,
grande unas veces, pequeña otras; pero
más tarde ó más temprano llega y es preciso
que las dos partes salten por encima de ella,
si quieren seguir con la corriente el resto de
la vida.

En el caso de Cusack Bremmil, esta reac-
ción no se declaró hasta el tercer año después
de la boda.

Bremmil era, las más de las veces, algo di-

(1) Especie de semilla que en la India Oriental se
da como pienso á los caballos.—(N. del T.)

que con trabajo, induciría á que contara la historia de sus primeros amores.

Parecía imposible que aquella criatura la-
gañosa y arrugada, semejante á una escoba
de trapo carbonizado, hubiera sido en otro
tiempo la Lispeth de la Misión de Kotgarh.



TRES Y UN EXTRA

Cuando la cabezada y las trabas
están sueltas, no caces con garrote
sino con gram (1).

(Proverbio indio).

DESPUÉS del matrimonio llega la reacción,
grande unas veces, pequeña otras; pero
más tarde ó más temprano llega y es preciso
que las dos partes salten por encima de ella,
si quieren seguir con la corriente el resto de
la vida.

En el caso de Cusack Bremmil, esta reac-
ción no se declaró hasta el tercer año después
de la boda.

Bremmil era, las más de las veces, algo di-

(1) Especie de semilla que en la India Oriental se
da como pienso á los caballos.—(N. del T.)

fácil de aguantar; pero fué un buen marido hasta que el pequeñuelo murió y Mrs. Bremmil se vistió de negro, adelgazó y lloró como si el Universo se hubiera desplomado sobre ella. Acaso el marido debió consolarla: creo que trató de hacerlo; pero cuanto más lo intentaba más se apesadumbraba ella y más desagradable se volvía él.

El hecho es que los dos necesitaban un tónico y le encontraron.

Mrs. Bremmil pudo halagarle con sus sonrisas; pero no se trataba entonces de reír.

En estas circunstancias Mrs. Hauksbee apareció en el horizonte, y donde ella aparecía había grandes probabilidades de perturbación.

En Sinla su apodo era *El Petrel*; el ave tormentosa; calificativo que según mis noticias había ganado cinco veces. Era una mujer pequeña, morena, delgada, casi flaca, con ojos grandes de un azul violeta que le bailaban en las órbitas y con las maneras más suaves del mundo.

Bastaba que se citase su nombre en los tés de la tarde, para que todas las señoras se levantasen y dijese que no era una bendita.

Era inteligente, graciosa, espléndida; bri-

llaba de un modo superior á su especie y poseía la malicia y la picardía de mil demonios. Podía ser buena hasta para su propio sexo, pero esto no viene ahora á cuento.

Bremmil se salió de sus casillas después de la muerte del niño y de la perturbación que le siguió, y Mrs. Hauksbee se le anexionó. No le gustaba á esta señora ocultar sus conquistas: se le anexionó públicamente, viendo que todo el mundo lo advertía.

Bremmil paseó á caballo y á pie con ella, cuchiheó con ella, la acompañó á cacerías, á expediciones de placer, y la llevó á merendar en casa de Peliti hasta que la gente arqueó las cejas diciendo: ¡qué asco!

Mrs. Bremmil permanecía entre tanto en su casa, revolviendo las ropitas del niño muerto y llorando ante la cuna vacía. No se ocupaba de nada más; pero algunas de sus queridas y benévolas amigas, le explicaron lo que pasaba, con la extensión necesaria para que pudiera apurar toda la crema.

Mrs. Bremmil las oyó tranquilamente y les dió las gracias por sus buenos oficios.

No era tan inteligente como Mrs. Hauksbee, pero no era tonta: ocultó sus designios y

no dijo nada á Mr. Bremmil de lo que había oído.

Esto es digno de que se recuerde. Hablando ó gritando jamás hizo hasta ahora un marido nada tan bueno.

Cuando Bremmil estaba en casa, lo que no sucedía muy á menudo, era más cariñoso que de costumbre, pero descubría el juego. Su cariño tendía, en parte, á tranquilizar la propia conciencia, y, en parte, á tranquilizar á su mujer: en ambas cosas fracasó.

Un día, el 26 de Julio, Lord y Lady Lytton invitaron á Mr. y á Mrs. Bremmil á Peterhoff á un baile, á las nueve y media de la noche.

—Yo no puedo ir—dijo Mrs. Bremmil, pensando bien lo que decía—está muy reciente lo del pobre Floro; pero eso no debe detenerte á tí, Tomás.

Mr. Bremmil replicó que no haría más que asomarse un momento. En esto mentía y su mujer lo notó. Adivinó—una mujer adivina con más exactitud que un hombre—que había prometido ir desde el principio y con Mrs. Hauksbee.

Entonces meditó, y el resultado de sus meditaciones fué, que la memoria de un niño

muerto era menos importante que el amor de un marido vivo.

Formó, en vista de esto, su plan arriesgándolo todo en él.

En aquella ocasión reveló que conocía perfectamente á Tomás Bremmil, y con arreglo á este conocimiento procedió.

—Tomás—le dijo—el 26 tengo que ir á comer á casa de Longmores; tú debes irte al Círculo.

Esto le ahorró á Bremmil el trabajo de inventar un pretexto para irse á comer con Mrs. Hauksbee, por lo que se mostró reconocido, tierno y vil, todo á la vez, lo que no deja de ser hermoso.

A las cinco de la tarde salió á caballo, y á las cinco y media una enorme caja con tapa de cuero llegó á casa de Mrs. Bremmil de parte de Phelps.

Mrs. Bremmil sabía vestirse; no necesitaba para nada emplear una semana diseñando y cortando trajes, poniendo ballenas, plegando, guarneciendo ó como esas cosas se llamen.

El traje que había encargado era espléndido y de alivio de luto. Yo no puedo describirlo; era lo que el periódico *The Queen* llama una

creación; una cosa que os deja atónito y con la boca abierta.

Ella se preocupaba poco con lo que estaba haciendo, pero al contemplarse ante el espejo, vió con alegría que jamás había estado tan hermosa. Era una rubia espléndida y cuando quería estaba admirable.

Después de la comida en casa de Longmores se fué al baile, á donde llegó un poco tarde, y lo primero que vió fué á su marido dando el brazo á Mrs. Hauksbee. Aquello la hizo enrojecer, y cuando los hombres se amontonaban á su alrededor rogándole les concediera un baile, estaba realmente hermosísima. Los concedió todos menos tres que dejó en blanco. Una vez su mirada y la de Mrs. Hauksbee se encontraron, y ésta conoció que empezaba la lucha entre ellas.

Mrs. Bremmil inició el combate, no ocupándose al parecer de que existía su marido en el mundo, lo que comenzó á disgustar á éste, que jamás había visto á su mujer tan encantadora.

Colocándose á su paso, la miraba, embobado unas veces, furioso otras, cuando pasaba bailando con una de sus parejas, y cuando

más y con más asombro la contemplaba más afectado se sentía.

Apenas podía creer que aquella fuera la mujer de ojos enrojecidos por el llanto, y que mal ataviada con una bata negra, salpicaba de lágrimas los platos cuando se sentaba á la mesa.

Mrs. Hauksbee hizo cuanto pudo por retenerle; pero, pasado algún tiempo, Mr. Bremmil, se acercó á su mujer y le rogó que le concediera un baile.

—Témome mucho que llega usted tarde Mr. Bremmil, respondió ella, mientras sus ojos centelleaban.

Rogó de nuevo, y por fin, le fué otorgado el quinto vals: afortunadamente no le tenía comprometido.

Bailaron, y al verles, hubo algún movimiento de admiración en la sala.

Mr. Bremmil, sospechaba que su mujer sabía bailar, pero nunca imaginó que lo hiciera tan admirablemente.

Terminado el vals, el marido pidió que le concediera otro, no como un derecho, sino como un favor.

—Enséñame tu programa, querido— dijo

Mrs. Bremmil, y el marido lo presentó temblando, como un chiquillo travieso presenta al maestro las manos llenas de dulces de contrabando. Estaba completamente sembrado de «HH» para bailar y para cenar...

Mrs. Bremmil, no dijo nada; sonrió despreciativamente, borró con su lápiz las haches puestas sobre los números 7 y 9, y puso sobre ellas su propio nombre. No; su nombre no, sino uno muy cariñoso, que sólo ella y su marido usaban en otro tiempo.

Hecho esto le devolvió el programa, mientras amenazándole con un dedo le decía:

—¡Ah! ¡Simple, simple!

Mrs. Hauksbee oyó esto y aunque procuró dominarse comprendió que había perdido la batalla.

Bremmil, aceptó reconocido el baile número 7 y con arreglo al núm. 9, se sentaron bajo una de las pequeñas tiendas del jardín. Lo que el marido dijo y lo que la mujer hizo, no nos importa.

Cuando la banda tocó *The Roast Beef of Old England*, los dos salieron á la galería y Mr. Bremmil fué á buscar el coche de su mujer, mientras ella se dirigía á ponerse el abrigo.

Aprovechando esta coyuntura, Mrs. Hauksbee se le acercó y le dijo:

—¿Supongo que me llevará usted á cenar? Mr. Bremmil se puso rojo, la miró con aire entontecido y respondió:

—¡Ah!... ¡Yo!... Me voy á casa con mi mujer. Esto no ha sido más que una ligera equivocación. Y siguió hablando de suerte que parecía que la única responsable de todo era Mrs. Hauksbee.

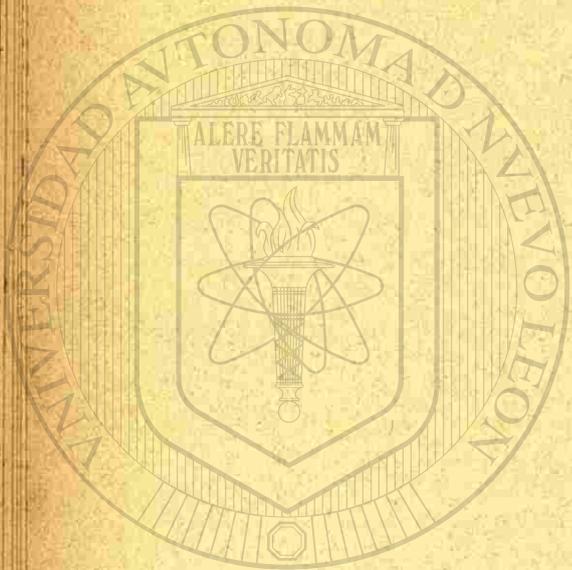
Mrs. Bremmil volvió envuelta en un plumón de cisne, con una nube blanca alrededor de la cabeza. Parecía radiante de alegría y no le faltaba razón para estarlo.

La pareja desapareció en la sombra marchando Bremmil muy arrimado á su mujer en el coche.

Entonces Mrs. Hauksbee, que á la luz de las lámparas me pareció algo mustia y cansada, me dijo:

—Oiga usted y no lo olvide: La mujer más tonta puede gobernar á un hombre inteligente; pero se necesita una mujer muy lista para manejar á un tonto.

Dicho esto nos marchamos á cenar.



LA CONVERSIÓN DE AURELIANO MC. GOGGIN

Cabalga sin espuelas y sin látigo,
pero piensa que al fin llegará el día
en que el potro, rebelde, necesite
el aguzado hierro, que castiga,
el látigo que azota, la cadena
barbada, que sujeta y martiriza.

(La Carrera de la vida.)

ESTO, en realidad, no es un cuento, sino un opúsculo religioso que me enorgullece mucho. Escribirlo es una hazaña.

Todos los hombres tienen derecho a sustentar sus opiniones religiosas, pero ninguno, y menos que nadie un joven, le tiene a hacérselas tragar a los demás.

El Gobierno envía constantemente a la India a hombres civiles muy extraños; pero Mc. Goggin era el ser más original que había exportado hacia mucho tiempo.

Inteligente, muy inteligente, pero estroviado; en vez de dedicarse al estudio de las cosas de su patria, había leído algunos libros escritos por un hombre llamado Comte, si no me engaño; por otro apellidado Spencer, y por el profesor Clifford. (Estos libros los encontrará usted en la Biblioteca).

Las tales obras se ocupan mucho del interior del cuerpo humano, desde el punto de vista de unos hombres que, por su parte, carecen de estómago. Su lectura no está prohibida, pero la madre de Aureliano debía haberle dado algún azote para que no las leyera.

Aquellos libros fermentaron en la cabeza de Mc. Goggin y vino á la India con unas ideas religiosas que no le hacían falta para su trabajo.

No constituían una creencia: únicamente *probaban* que los hombres no tenían alma; que ni había Dios ni vida futura y que debíamos fastidiarnos grandemente sólo por el bien de la humanidad.

Uno de sus más modestos dogmas era que es aún más pecaminoso que dar una orden, cumplirla. Á lo menos esto era lo que Aure-

liano creía, aun cuando sospecho que había leído mal su cartilla.

No combato tales creencias. Estaban hechas para una ciudad donde no hay más que máquinas, asfalto y edificios, todo aprisionado por la niebla y, naturalmente, allí el hombre acaba por creer que no hay nada más grande que él, y que la Junta de Obras de la ciudad lo hace todo. Pero en este país (1), donde se ve á la humanidad—sencilla, atezada, desnuda, humanidad—sin que se interponga nada entre ella y un cielo deslumbrador; teniendo únicamente bajo los pies una tierra agotada y excesivamente trabajada, esa concepción se extingue y la mayor parte de la gente se vuelve hacia teorías mucho más sencillas.

La vida en la India no es lo bastante larga para malgastarla en probar que aquí no hay nadie particularmente colocado á la cabeza de los negocios; pero es así, y he aquí la razón: El Diputado, está sobre el Asistente; el Comisionado, sobre el Diputado; el Teniente gobernador, sobre el Comisionado, y el Virrey, sobre los cuatro, aun cuando bajo las órdenes

(1) La India.—(N. del T.)

del Ministro, que es responsable ante la Emperatriz. Si ésta, á su vez, no lo es ante el Creador, ó no hay Creador que pueda exigir la responsabilidad, todo el sistema de nuestra administración tiene que estar equivocado, cosa á todas luces imposible.

En Inglaterra los hombres pueden tener disculpa, porque están como ganado en establo y su alimento intelectual es excesivo y excitante.

Cuando á un caballo, engordado con habanosa, se le da picadero, cubre hasta tal punto de espuma el bocado, que no deja ver el hierro; pero el hierro existe.

En la India los hombres alimentados intelectualmente con productos excitantes, no sirven: aquí el clima y el trabajo no permiten que se hagan grandes cosas con palabras.

Si Mc. Goggin se hubiera reservado para su propio deleite, todas sus creencias de denominaciones aparatosas y de acabados en *ismo*, nadie se hubiera ocupado en ello; pero descendía de predicadores y el afán de predicar le arrastraba, incitando á todos en el Círculo á pensar como él que no tenían alma y ayudarle á eliminar al Creador.

Cuando muchos le contestaban que *él* indudablemente no la tenía, porque aun era muy muchacho, pero de esto, no podía deducirse que sus mayores estuviesen también poco desarrollados, y que en cuanto á si había otro mundo ó no, les dejara leer tranquilamente sus periódicos en este, Mc. Goggin replicaba siempre:

—No es esa la cuestión, no es esa la cuestión.

Y acababan tirándole á la cabeza los almohadones de los sofás y diciéndole que se fuera al sitio en que creyera.

Como aseguraba que descendía de una familia de las edades pre-históricas, llamada *Blastoderm*, y nacida no sabía dónde, pusieronle por apodo Blastoderm, y con insultos y burlas trataron de hacerle enmudecer, ya porque les aburría soberanamente, ya porque constituía una ofensa para las personas respetables.

El Diputado comisionado, que se hallaba trabajando en la frontera mientras Aureliano daba vueltas en su mullida cama, le dijo, cuando le vió, que para ser un muchacho inteligente se conducía como un idiota. Pero si

hubiera seguido en sus *trabajos*, tal vez en pocos años habría pescado una Secretaria. Era precisamente el tipo más apropiado para eso: todo cabeza, poco físico y muchas teorías.

Nadie tenía interés en averiguar nada referente al alma de Mc. Goggin; les era igual que tuviera una, dos, muchas ó ninguna, y únicamente le recordaban que su obligación era cumplir las órdenes que le dieran, arreglar los legajos y no fastidiar al Casino.

Trabajaba de un modo brillante; pero no podía recibir una orden sin tratar de mejorarla: efecto fatal de sus creencias, que exigen á los hombres excesivas responsabilidades y fian demasiadas cosas al propio honor.

Algunas veces se puede manejar á un caballo viejo con un cabezón de pesebre; pero á un potro, jamás.

Mc. Goggin trabajó, sin necesidad, más que todos aquel año. Se imaginaba tal vez que un dictamen de 20 páginas, para un caso en que sólo se ventilaban 50 rupias (1), y en

(1) La rupia de plata en el Indostán vale 1,65 pesetas.—(N. del T.)

que ambas partes juraban en falso á grito herido, era provechoso al progreso de la humanidad.

En suma, trabajaba demasiado; y además de lo que se fatigaba y consumía con las reprensiones de que era objeto, daba conferencias públicas, después de las horas de oficina, acerca de sus ridículas ideas, hasta que el médico le indicó que no podía soportar tanta fatiga.

Nadie puede en el mes de Junio con un trabajo que represente el valor de 18 annas (1), pero Mc. Goggin seguía siendo intelectualmente un hombre alimentado con excitantes, y orgulloso de sí mismo y de sus fuerzas, no hizo caso de la observación y siguió trabajando tenazmente nueve horas diarias.

—Está bien—le decía el doctor.—Usted reventará; carga usted la máquina más de lo que su resistencia permite.

Mc. Goggin era poquita cosa.

Un día el colapso llegó, y en condiciones tan dramáticas como pudiera desearse para embellecer una narración religiosa.

(1) Moneda de cobre que vale 10 céntos.—(N. del T.)

Fué en la época en que debían comenzar las lluvias.

Muchos estábamos sentados en la galería, asfixiados por un aire calurosísimo, mortal, que apenas permitía respirar; jadeantes y pidiendo al cielo que las ansiadas nubes de azul oscuro, llegasen para refrescar la atmósfera.

Lejos, muy lejos se alzó un débil murmullo, producido por el crujir de las lluvias, desencadenándose sobre el río. Uno de nosotros, al sentir aquel ruido, se levantó de su asiento, avanzó, se puso á escuchar atentamente y dijo, de un modo perfectamente natural:

—¡Gracias á Dios!

Blastoderm se volvió hacia él, y gruñó:

—¡Bah! Puedo asegurar á usted que esto no es más que el resultado de cosas puramente naturales; un sencillo fenómeno atmosférico. ¿Por qué, pues, dar las gracias á un *sér* que no existe ni existió jamás; que es únicamente una ficción?

—Blastoderm—refunfuñó uno que estaba sentado junto á Mc. Goggin—límpiame el sudor y dame *El Pioneer*. Ya estamos enterados de tus ficciones.

Blastoderm se levantó, se dirigió á la mesa, cogió un periódico, dió de pronto un salto como si hubiera sentido una tremenda picadura y le entregó el diario.

—Como iba diciendo—murmuró acercándose lentamente y con visible esfuerzo—eso es debido á causas perfectamente... naturales... á causas... perfectamente... naturales... Quiero decir...

—¡Eh, Blastoderm, que me has dado *El Mercantile Advertiser*, de Calcuta!

El polvo comenzó á levantarse formando remolinos; las copas de los árboles se agitaron y las aves de rapiña comenzaron á lanzar agudos graznidos; pero ninguno de nosotros se fijó en aquel espectáculo. Todos contemplábamos con asombro á Blastoderm, que se había levantado de su silla y pugnaba por hablar.

Al fin dijo, cada vez con mayor lentitud:

—Perfectamente explicable... diccionario... roble rojo... Dependencia... causas... sostenidas... un volante... sólo... que...

—Está borracho—dijo uno.

No, no estaba borracho; nos miraba como si se hallara deslumbrado, y comenzó á hacer

señas con las manos, que se agitaban entre la media luz en que nos habían sumido las nubes amontonadas sobre nuestras cabezas. De pronto dió un grito:

—¿Qué es esto?... No puedo... retener... alcanzar... la plaza... ¡qué obscuridad!

Sus palabras parecía que se negaban á brotar, y á la vez que el rayo, partido en lenguas de fuego, rasgaba en trozos el firmamento, y el agua caía semejando inmensas sábanas que temblaban, Blastoderm se quedó completamente mudo.

Puesto de pie pataleaba y se mordía los labios como un caballo fogoso bien sujeto tasca el freno, á la vez que en sus ojos se retrataba el más profundo terror.

Antes de tres minutos acudió el médico, que, después de enterarse de lo ocurrido, dijo:

—Es un ataque de afasia. Llévadle á su cuarto. ¡Ya sabía yo que la catástrofe vendría!

Horadando las copas de agua que caían le condujimos á su habitación, y el médico le administró una dosis de bromuro de potasio para que durmiera.

Después volvió á reunirse con nosotros y nos dijo que aquella afasia era algo así como

todas las reliquias del Punjab-Head (1) apareciendo de pronto en cantidad enorme, puesto que solamente una vez —se trataba de un cipayo— se había encontrado con un caso tan definido como aquel.

Yo mismo he visto un ataque leve de afasia en un hombre agobiado por el trabajo, pero aquella súbita mudez era muy rara, aun cuando producida por causas perfectamente naturales, como hubiera podido decir el mismo Mc. Goggin.

—Después de esto necesitará una licencia—añadió el doctor—porque no podrá hacer nada lo menos en tres meses. No se trata de un caso de locura, ni de nada parecido á eso, sino únicamente de una completa pérdida de la palabra y de la memoria. Me figuro que con esto se quedará *tranquilo* Blastoderm.

Dos días después Mc. Goggin recobró el uso de la palabra, y su primera pregunta fué:

—¿Qué es lo que he tenido?

El médico se lo explicó.

—No puedo comprenderlo—dijo.—Estoy completamente sano y, sin embargo, parece

(1) Comarca india.—(N. del T.)

que mi inteligencia se me escapa. ¿Y mi memoria?

—Váyase usted á las montañas por tres meses y no piense en esto—replicó el doctor.

—Pero no puedo comprenderlo—repitió Blastoderm.—¿Y mi inteligencia, y mi memoria?

—No puedo ayudarle á usted á hallar la explicación. Hay muchas cosas en el mundo que no le es á usted posible comprender, y durante el tiempo que necesite de mis servicios conocerá perfectamente cuánto puede el hombre atreverse á decir que conoce en la Tierra.

El golpe acobardó á Aureliano: no se lo explicaba.

Marchó á las montañas, aterrado, temblando, preguntándose á cada paso si le sería posible llegar al fin de cualquiera frase que pensaba ó pronunciaba.

Esto le proporcionó un saludable sentimiento de desconfianza.

La legítima explicación que se dió á sí mismo no pudo satisfacerle.

Algo había borrado las palabras de sus labios, como una madre limpia la leche de los

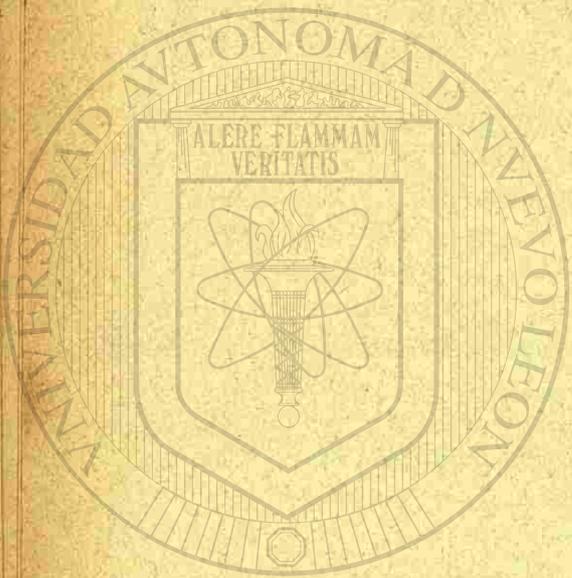
labios de su pequenuelo, y pensando en ello se aterraba horriblemente.

Gracias á esto, el Círculo había descansado, cuando volvió.

Y ahora, si alguna vez, por casualidad, se tropieza usted con él en el instante en que trate de determinar el principio que rige las cosas humanas, las cuales parece que no conoce tanto como creía conocer las divinas, póngase usted, por un momento, el dedo índice sobre los labios y espere á ver lo que ocurre.

No me censure usted si Blastoderm le tira un vaso á la cabeza.





LAS FLECHAS DE CUPIDO

Junto al charco cenagoso,
 dolorido, fatigado,
 y por el sol abrasado,
 busca el búfalo reposo.

O vaga solo escondido
 entre la hierba frondosa,
 ó brinca por la terrosa
 colina que el topo ha hendido.

Allá en abrupta ladera
 que artero torrente roe,
 bajo cúpulas de aloe
 escogió su madriguera.

Monta en el potro salvaje
 que jamás sufrió la brida,
 y empuñate en la batida
 si arde en tu pecho el coraje.

Pero no; que es más galano
 galopar en la llanura:
 vuelve hacia allí tu montura:
 está más seguro el llano.

(La Casa.)

DUES señor: vivió en otro tiempo en Sin-
 la una joven muy guapa, hija de un
 pobre y honrado juez de distrito.

Era una buena muchacha, que ni tenía co-
 nocimiento de su fuerza si usaba de ella.

Su madre, como toda madre que se estima, se preocupaba mucho del porvenir de la chica.

Cuando un hombre es comisionado, soltero, y tiene el derecho de lucir condecoraciones que parecen tortas de frutas y alhajas de oro y esmalte y de que todo el mundo le ceda el paso en todas las puertas, excepto un miembro del Consejo, el Teniente Gobernador y el Virrey, es una buena proporción: á lo menos, eso decían las señoras.

Había en Sinla un comisionado en aquellos días, que usaba y era todo lo que acabo de indicar. Un hombre llanote, feo, el más feo de Asia, salvo dos excepciones; con una cara que daba, á un tiempo mismo, miedo y deseo de ponerla como adorno de una pipa. Se llamaba Saggott; Barr-Saggott—Antonio Barr-Saggott, á lo que había que añadir seis letras (1).

Administrativamente, era uno de los hombres mejores, entre los que gobernaban la India; socialmente, era un gorila afectuoso.

Cuando se fijó en Miss Catalina Beighton, creo que la madre de ésta lloró de júbilo, pen-

(1) Los ingleses designan por letras mayúsculas, puestas después del apellido, sus honores, condecoraciones, etc.—(N. del T.)

sando en la suerte que al final de la vida le otorgaba la Providencia.

El Sr. Beighton no dijo nada: era un hombre muy acomodaticio.

Un comisionado es rico. Su sueldo supera los sueños de la avaricia; es enorme, puesto que se le permite arañar y ahorrar en forma que á un miembro del Consejo le desacreditaría completamente.

Aludo, hablando de ahorrar, á la mayor parte de los comisionados; porque Barr-Saggott era una excepción de la regla: se cuidaba como un rey; tenía hermosos caballos; daba bailes...; era un poder en la tierra y procedía como tal.

Téngase en cuenta que lo que estoy refiriendo es un suceso casi prehistórico en la historia de la India inglesa.

Algunos vivirán todavía que recuerden los tiempos en que, no habiendo nacido el lawn-tennis, todos jugaban al croquet.

Hubo épocas, antes de que el croquet se conociera, en las cuales—créanme ustedes—el juego del arco—resucitado en Inglaterra en 1844—era una calamidad tan grande como el lawn-tennis lo es ahora, y los inteligentes

hablaban de los lances, incidentes y tecnicismos del juego del arco, como ahora hablamos de los del lawn-tennis.

Miss Beighton tiraba tan admirablemente á la distancia de sesenta metros, máxima para las señoras, que se la consideraba la mejor arquera de Sinla y los hombres la llamaban la Diana de Tara-Devi.

Barr-Saggott se fijó mucho en ella y, como ya he dicho, el corazón de la madre hinchóse de orgullo.

La hija tomó la cosa con más tranquilidad. Le agradaba que un comisionado, con varias letras detrás del nombre, la distinguiera entre todas y que las demás muchachas rabiasen, pero esto no impedía que Barr-Saggott siguiera siendo fenomenalmente feo y que cuanto más quería acicalarse más grotesco pareciera. No sin razón le llamaban el *Langur*, es decir, el orangután gris.

A Catalina le divertía tener aquel hombre á los pies; pero pensaba que era mucho mejor huir de él y pasear á caballo con Cubbon, perteneciente al regimiento de dragones de Umballa, chico guapo, aunque sin porvenir, y que le gustaba bastante.

En cuanto á Cubbon, ni por un momento pretendió más que amarla desde los pies á la cabeza: era un mozo honrado.

Catalina huyó, pues, varias veces de los ostentosos galanteos de Barr-Saggott para buscar la compañía de Cubbon, conducta que su madre censuraba agriamente.

—Pero, mamá — decía Miss Beighton — Mr. Saggott ¡es... tan... tan espantosamente feo...!

—Querida mía—replicaba Mrs. Beighton, llena de unción—nadie puede ser sino lo que la Divina Providencia le ha hecho. Además, debes tener en cuenta los precedentes y seguir el ejemplo de tu madre. ¿Entiendes? Vamos, piensa en esto y sé razonable.

Catalina adelantó su linda barbilla haciendo un mohín, y dijo las cosas más irrespetuosas respecto á los precedentes, á los comisionados y al matrimonio.

Mr. Beighton se limitó á rascarse la frente... ¡era un bendito!

Al final de la estación, juzgando que el momento había llegado, Barr-Saggott desenvolvió un plan que dió mucho relieve á sus poderes administrativos. Concertó una partida, en

29157

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO RUIZ"
No. 1625 MONTERREY, MEXICO

la cual las señoras tirarían al blanco con los arcos, siendo el premio de la vencedora un magnífico brazalete con un brillante colosal.

Las condiciones de la lucha las redactó con tal habilidad, que todo el mundo vió que el brazalete era sencillamente un obsequio para Miss Beighton, puesto que la aceptación de la alhaja llevaba consigo la obligación de aceptar también la mano y el corazón de Barr-Saggott.

El lugar designado para tirar al blanco era el hipódromo de San Leonardo; el número de puntos treinta y seis y la distancia sesenta metros, estando encargada de dirigir el combate la Sociedad *Toxophilítica*.

Todo Sinla fué invitado, y en el lugar donde actualmente se levanta la tribuna principal, bajo los cedros de Annandale, se colocaron, adornadas con gusto y riqueza, gran número de mesas, en las cuales habría de servirse el té.

Aparte, solo, brillando esplendoroso bajo los rayos del sol, se destacaba el brazalete, colocado en elegantísimo estuche de terciopelo azul.

Catalina Beighton estaba impaciente, qui-

zá de un modo excesivo, por entrar en liza, y á la hora y en la tarde designadas todo Sinla, unos en coches y otros á caballo, se dirigió al lugar donde iba á celebrarse una especie de juicio de París, vuelto al revés.

Catalina montó á caballo y se encaminó al hipódromo, acompañada por Cubbon, que parecía visiblemente emocionado; pero importa declarar que el pobre chico fué completamente extraño á lo que ocurrió después.

Al llegar, la joven, que estaba pálida y nerviosa, miró con fijeza y durante mucho tiempo al brazalete.

Barr-Saggott, espléndidamente vestido, estaba todavía más nervioso que Miss Beighton y más horrible que nunca.

La señora Beighton sonreía con la protectora dignidad propia de la madre de todo un comisionado; y después de colocarse los espectadores formando un semicírculo, la fiesta comenzó, saliendo unas en pos de otras, las que se disputaban el premio, á colocarse en el lugar señalado para tirar.

Nada hay tan aburrido como estas diversiones. Los que toman parte en la fiesta, disparan y disparan hasta que el sol desaparece

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIV. "SANTANA"
"1915" "1915"
1525 MONTERREY, MEXICO

y una ligera brisa se levanta entre los cedros.

Aquella tarde todo el mundo esperaba que Miss Beighton sería la vencedora.

Allá, en uno de los extremos del semicírculo, detrás de las tiradoras, estaba Cubbon, y en el otro se hallaba Barr-Saggott.

Catalina ocupaba el último lugar en la lista de las tiradoras.

Los puntos que habían hecho las demás eran pocos y parecía seguro que el brazalete y el señor comisionado le pertenecerían.

Barr-Saggott templó el arco de la joven con sus propias sacratísimas manos; aquella adelantó; lanzó una mirada á la alhaja, y su primera flecha dió en la mitad del círculo color de oro, por lo que los jueces le marcaron nueve puntos.

El pobre Cubbon se puso lívido, y el ángel malo de Barr-Saggott excitó á éste á que se sonriera, puesto que cuando sonreía hasta los caballos se espantaban. Catalina vió aquella sonrisa, volvió la vista en la dirección en que estaba Cubbon, hizo á éste una seña que él solo advirtió, y tiró de nuevo.

Desearía saber describir la escena que allí se desarrolló: fué la más extraordinaria é in-

verosímil que puede imaginarse. Miss Beighton apuntó con tan cuidadosa atención, que todo el mundo pudo adivinar perfectamente lo que se proponía.

El tiro fué perfecto; su arco de 46 libras la obedecía con admirable exactitud. Clavó las flechas con exquisito cuidado, no en el círculo color de oro, sino en los pies de madera que sostenían el bastidor, y, por último, colocó una en el remate de aquél.

Todas las señoras se miraban estupefactas, y Catalina, siguiendo su fantástico difícilísimo juego, empezó á disparar, cuidando de no colocar las flechas más que donde sólo ganara un punto.

Cinco flechas puso en el círculo blanco, con tal método, que demostró ser una tiradora admirable; pero como tenía que ponerlas en el dorado para ganar el brazalete y se vió que deliberadamente no lo hacía, Barr-Saggott se puso verde, de un verde delicado como el de las algas marinas.

Catalina siguió tirando sobre el bastidor dos veces más; después clavó otras dos flechas en el lado izquierdo, siempre alardeando de lo que hacía, y un estremecimiento de

frió recorrió el círculo de los atónitos espectadores, á la vez que la respetable Mrs. Beighton sacaba su pañuelo del bolsillo.

En aquel momento Catalina, acaso para demostrar de un modo más patente que hacía con el arco lo que se le antojaba, puso una flecha en el círculo rojo, ganando siete puntos, y concluyó clavando las dos últimas flechas en los pies del bastidor.

Su cuenta fué esta:

Oro.	Rojo.	Azul.	Negro.	Blanco.	Total de blancos	Puntos.
1	1	0	0	5	7	21

Barr-Saggott estaba de tal modo, que parecía que las últimas flechas habían ido á clavar-se en sus pantorrillas, y el sombrío silencio que produjo aquella escena, fué bruscamente roto por la voz chillona de una jovenzuela pequeña, chata y pintarrajeada, que gritó con aire de triunfo:

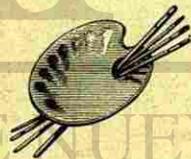
—¡He ganado!

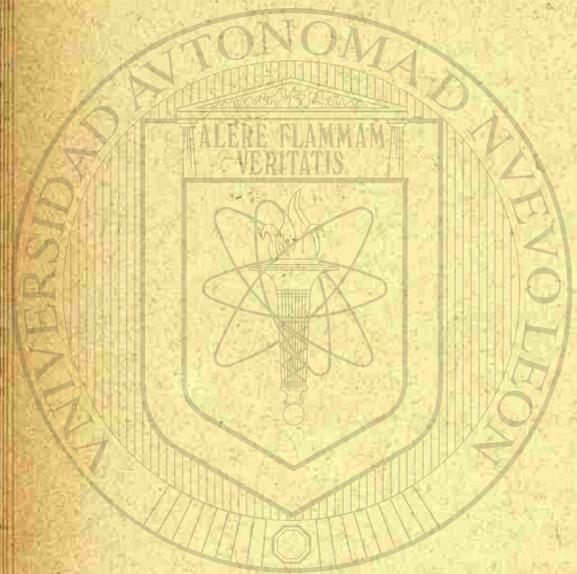
La señora Beighton hizo esfuerzos heroicos para contenerse; pero no le fué posible, y rompió á llorar delante de todo el mundo. ¡No hay educación que resista tan horrible desengaño!

Catalina, por su parte, aflojó el arco, haciendo un gesto algo incorrecto, y se volvió á su puesto.

Barr-Saggott, entre tanto, trataba de demostrar que era feliz, colocando el brazalete en la muñeca flaca y coloradota de la chata.

La escena era embarazosa para todos; muy embarazosa, y cada cual procuró marcharse cuanto antes, dejando á Catalina entregada á las iras de su mamá; pero Cubbon se quedó para acompañar á la joven, y lo que sigue... no vale la pena de imprimirlo.





LOS RELOJES

La que está en los libros de Brahma está en su corazón. Ni tú ni yo sabíamos que hubiera tanto malo en el mundo.

(Proverbio indio).

Esto empezó en broma y concluyó muy en serio.

Platte el subalterno, que era pobre, tenía un reloj de Waterbury, con sencilla cadena de cuero.

El coronel poseía también otro Waterbury y por cadena un pedazo de correa que había pertenecido á una cadenilla barbada: son las mejores, cortas y fuertes.

Entre un pedazo de correa y una cadena de cuero, hay poca diferencia, y entre dos relojes de Waterbury no hay ninguna.

Todo el mundo en el pueblo conocía la cadena del coronel.

No era éste jinete, pero le gustaba hacer creer á la gente que lo había sido, y forjaba las historias más fantásticas, respecto á unas bridas de caza, á las cuales, este resto de cadena había pertenecido.

El coronel era, además, hombre muy religioso.

Subalterno y jefe estaban vistiéndose en el Círculo, con mucha prisa, porque se les había hecho tarde y, ¡lo que es la mala sombra!

Los dos relojes, con las cadenas colgando, estaban colocados en un estante que había debajo de un espejo, ¡qué descuido!

Platte, terminó el primero, cogió un reloj, se miró al espejo, arregló el nudo de la corbata y salió corriendo.

Cuarenta segundos después, el coronel hizo exactamente lo mismo que el subalterno había hecho, y se marcharon ambos, llevando cada cual el reloj del otro.

Habrán ustedes observado, que muchas gentes religiosas son profundamente suspicaces, y aparentan—con un objeto puramente místico; claro está—un conocimiento de

todas las malas acciones superior al de impío. Tal vez fueron muy malos antes de convertirse, pero de todas suertes, es lo cierto, que en imputar cosas malas á otros y convertir en pésimo lo que es en sí inocente, hay entre esta buena clase, unos tipos superiores.

El coronel y su esposa, pertenecían á esta especie de seres; pero la mujer era peor que el marido. Nadie fabricaba el escándalo como ella y por conducto de los criados, con lo que está dicho todo.

Sembró la discordia en casa de Laplace; evitó el casamiento Ferris-Haughtrey é indujo al joven Buxton á abandonar en los llanos á su mujer el primer año de matrimonio, por lo que la pobre señora y el pequeñuelo que tenían, murieron.

Todas estas cosas, se recordarán en daño de la coronela, mientras haya regimientos en el país.

Pero volvamos al coronel y á Platte.

Ambos, al salir, tomaron caminos diferentes.

El coronel fué á comer con dos capellanes, mientras el subalterno se dirigió á tomar parte en un banquete de muchachos solteros, al cual, siguió una partida de whist.

¡A qué causas obedecen á veces las cosas! Si el criado de Platte le hubiera puesto á la yegua los arreos nuevos de camino, los remates de las anillas, no hubieran podido, empujados por la acción de las riendas, oradar el cuero del sillín yendo á clavarse en el lomo del animal, cuando el subalterno volvía á su casa á las dos de la mañana, y la yegua, ni se habría encabritado, ni habría dado una huída, ni habría ido á caer dentro de una zanja, volcando el carruaje y enviando á Platte, como si hubiera sido una pluma, por encima del cercado de aloes, al parque, admirablemente guardado de Mrs. Larkyn; ni este cuento se hubiera escrito jamás.

Pero la yegua hizo todas esas cosas, y mientras Platte daba vueltas en el césped como un conejo herido, el reloj y la cadena, salieron escapados de su bolsillo, como la espada de un miliciano sale de la vaina, cuando se hace fuego en un simulacro, y fueron rodando, alumbrados por la luz de la luna, hasta detenerse al pie de una ventana.

Platte se levantó, metió su pañuelo debajo del sillín, enderezó el carruaje, y prosiguió la marcha.

Admiremos ahora los trabajos de Kis-met (1). ¡Ciertas cosas no ocurren dos veces en un siglo!

Al terminar la comida del coronel con los dos capellanes, aquél se desabrochó el chaleco y se recostó sobre la mesa para echar una ojeada sobre algunas de las narraciones de las Misiones. La llave de la cadena, se salió del ojal, y el reloj... el reloj de Platte, se deslizó tranquilamente sobre la alfombra, donde el criado le halló á la mañana siguiente y se le guardó.

El coronel se encaminó después á su casa en busca de la mujercita de su corazón; pero el cochero estaba borracho y perdió el camino, por lo que, regresó á una hora tan desusada, que las excusas que quiso dar, ni fueron oídas.

Si la coronela hubiera sido una vasija ordinaria llena de ira y destinada á la destrucción, habría sabido, que cuando un hombre se retrasa por motivos que debe callar, sus excusas son siempre originales y convenientes.

(1) El destino.—(N. del T.)

Las estúpidas explicaciones del coronel, prueban esta verdad.

¡Admiremos de nuevo las obras de Kismet!

El reloj del coronel, que con la misma rapidez que Platte penetró en el parque, escogió precisamente para detenerse el pie de la ventana de Mrs. Larkyn, y ésta al verle á la mañana siguiente le reconoció y le recogió.

La noche anterior, había oído el ruido causado por la caída del carruaje y había reconocido la voz de Platte, que por cierto le era simpático, cuando ponía á la yegua como un trapo.

Al verle al otro día, le enseñó el reloj y le contó la historia del dueño. El subalterno, movió la cabeza, guiñó los ojos y dijo:

—¡Qué cosa más repugnante! ¡qué asco de viejo! ¡Y eso con sus mojigaterías! Yo enviaría el reloj á la mujer y pediría explicaciones.

Mrs. Larkyn, pensó por un instante en los Laplace, á quienes había conocido cuando creían el uno en el otro, y respondió:

—Se lo enviaré. Creo que le daré un buen rato, pero,—no lo olvide usted—jamás le diremos á esa mujer la verdad.

Platte sospechó que su reloj debía estar en poder del coronel, y creyó que la devolución, con una carta apaciguadora de Mrs. Larkyn, sólo produciría algún disgusto pasajero.

La señora Larkyn estaba más en lo cierto: sabía que una gota de veneno encontraría terreno muy apropiado para hacer sus efectos en el corazón de la coronela.

El reloj, con la carta, que contenía algunas observaciones respecto á las horas de recogerse el coronel, llegó á poder de la mujer de éste, que lloró encerrada en su cuarto, mientras pensaba lo que debía hacer.

Si había alguna mujer bajo la bóveda del cielo á la cual odiara con santo fervor la coronela, era sin duda Mrs. Larkyn, mujer frívola que llamaba á la señora del coronel la gata vieja.

La coronela decía que en las revelaciones alguien había tan notable como Mrs. Larkyn, y hacía otras citas de las Escrituras, sobre todo, del Antiguo Testamento; pero ella era la única que se atrevía á decir algo contra Mrs. Larkyn, á la que todos tenían por una mujer muy divertida á la par que muy honrada.

¡Pensar que el coronel, su marido, había estado sembrando relojes bajo las ventanas de tal personaje y en horas pecaminosas, mezclado esto con lo tarde que había regresado la última noche, era...!

En este momento de sus reflexiones se levantó y salió en busca del coronel que lo negó todo menos la propiedad del reloj.

Ella le íntimaba por la salvación de su alma que dijera la verdad; él negó de nuevo usando dos palabras feas, y ante tal conducta, la coronela, contuvo el aliento por un espacio de tiempo igual al que un hombre necesitaría para respirar cinco veces.

El discurso que le arrojó después no nos importa. Fué el de una mujer celosa y por añadidura vieja y de mejillas hundidas. Una profunda desconfianza brillaba en él.

Llegó á decir, que hasta el corazón de los niños podían los demás hacerlo malo; y el odio rencoroso á Mrs. Larkyn y las creencias religiosas del coronel, salieron á relucir.

Por encima de todo, para agriar más la cosa, estaba el maldito reloj, con cadena y todo, sonando en la palma de la mano, seca y temblona, de la señora coronela.

En aquel momento creo que experimentó algo semejante á las sospechas implacables que sembró en el pensamiento del viejo Laplace; algo parecido á las amarguras de la pobre Miss Haughtrey, y algo, en fin, igual al cáncer que devoró el corazón de Buxton al ver á su infeliz mujer expirando.

El coronel tartamudeó algunas explicaciones y recordó que su reloj había desaparecido; pero el misterio le iba pareciendo cada vez más grande.

La mujer gritó y rogó alternativamente hasta cansarse, y entonces se marchó pensando en los medios de «castigar el duro corazón de su marido», lo que traducido á nuestra gerga quiere decir; en los medios de *retorcerle la cola*.

Profundamente impresionada con la doctrina del pecado original, no podía creer en la apariencia de las cosas: sabía demasiado y llegaba á saltos á las más extrañas conclusiones.

Se lo merecía: esto destruía su existencia, como ella había destruido la de Laplace.

Perdió la fe en el coronel, las sospechas crecieron.

Acaso—pensaba—había pecado muchas veces antes de que una misericordiosa Providencia hubiera puesto en las manos de un instrumento tan indigno como Mrs. Larkyn, las pruebas de la culpa. ¡Era un infame, un malvado, un viejo libertino!

Esto puede parecer muy exagerado en una mujer casada hacia tantos años, pero es un hecho antiquísimo, que si un hombre ó una mujer, se entretienen con deleite, en pensar mal de las gentes que no les importan y en esparcir lo que piensan, acaban por pensar también mal de los que les tocan más de cerca, y más les interesan.

Hay derecho á pensar, que el mero incidente de perderse un reloj, es demasiado pequeño y trivial para producir tales disensiones, pero otro hecho no menos antiguo, es aquel de que en la vida, como en las carreras de caballos, los peores accidentes acontecen merced á las zanjas más pequeñas y á las empalizadas más bajas.

Del mismo modo se vé algunas veces á una mujer, que en otros tiempos y bajo otros climas, hubiera sido una Juana de Arco, apereada con todas las molestias propias de los

vulgares quehaceres domésticos; mas este es otro cuento.

La opinión que había tenido siempre la coronela, la hacía ahora más desgraciada porque insistía más y más en creer en la villanía de los hombres.

Recordando cuanto había hecho, era divertido verla sufrir y contemplar los inútiles esfuerzos que hacía para ocultar á la vista de todos sus sufrimientos; pero en el pueblo los conocían, riéndose grandemente porque la historia de la pérdida del reloj, había tomado un aspecto muy dramático en los labios de Mrs. Larkyn.

Una ó dos veces Platte, viendo que el coronel no aclaraba el misterio, dijo á Mrs. Larkyn, que la cosa había ido demasiado lejos y debía decirse á la mujer lo que había pasado.

Mrs. Larkyn frunció los labios, sacudió la cabeza y juró que la coronela debía soportar su castigo lo mejor que pudiera. ¡Nadie hubiera sospechado que abrigara odio tan profundo una mujer frívola!

Platte no hizo nada y poco á poco llegó á creer, viendo el silencio del coronel, que éste había corrido aquella noche por terreno veda-

do y prefería sufrir su penitencia, no muy severa á estar en las lenguas de otras gentes respecto á sus horas extraordinarias.

Platte olvidó poco después todo lo referente á los relojes y partió del país con su regimiento. Mrs. Larkyn regresó á Inglaterra con su marido, cuando éste cumplió el tiempo de servicio en la India, pero no olvidó jamás.

El subalterno tuvo razón al decir que la broma había ido demasiado lejos.

Las sospechas y lo trágico de éstas—que nosotros seres superficiales no podemos ni ver ni creer—están matando á la coronela y hacen desgraciado al coronel.

Si cualquiera de ellos lee este cuento, podrá fijarse bien en las enseñanzas que encierra y después besarse los dos y volver á ser amigos.

Shakespeare alude al placer de ver á un ingeniero hecho trizas por su propia batería; lo que prueba que los poetas no deberían escribir de lo que no entienden.

Cualquiera podía haberle dicho que zapadores y artilleros no son una misma cosa; pero si, corrigiendo la frase, se sustituye ingeniero con artillero, la moral viene á ser la misma.



UN ESPECIFICO

Durmiendo Jove pueden triunfar
hasta los dioses más inferiores;
pero pãdecen leves errores
si olvidan la hora del despertar.

EN otro tiempo, y según sabe todo el mundo, cada cinco años contratábamos un Virrey, y cada Virrey importaba, entre otros efectos de su equipaje, un secretario particular, que era ó no el verdadero Virrey, según se dignaba ordenarlo el Destino, deidad que tanto se ocupa del Imperio de la India sin duda porque, gracias á lo grande que es, está desamparado.

Una vez hubo un Virrey que trajo consigo un secretario particular muy turbulento; duro en el fondo, suave en la forma y con una pasión mórvida por el trabajo.

do y prefería sufrir su penitencia, no muy severa á estar en las lenguas de otras gentes respecto á sus horas extraordinarias.

Platte olvidó poco después todo lo referente á los relojes y partió del país con su regimiento. Mrs. Larkyn regresó á Inglaterra con su marido, cuando éste cumplió el tiempo de servicio en la India, pero no olvidó jamás.

El subalterno tuvo razón al decir que la broma había ido demasiado lejos.

Las sospechas y lo trágico de éstas—que nosotros seres superficiales no podemos ni ver ni creer—están matando á la coronela y hacen desgraciado al coronel.

Si cualquiera de ellos lee este cuento, podrá fijarse bien en las enseñanzas que encierra y después besarse los dos y volver á ser amigos.

Shakespeare alude al placer de ver á un ingeniero hecho trizas por su propia batería; lo que prueba que los poetas no deberían escribir de lo que no entienden.

Cualquiera podía haberle dicho que zapadores y artilleros no son una misma cosa; pero si, corrigiendo la frase, se sustituye ingeniero con artillero, la moral viene á ser la misma.



UN ESPECIFICO

Durmiendo Jove pueden triunfar
hasta los dioses más inferiores;
pero pãdecen leves errores
si olvidan la hora del despertar.

EN otro tiempo, y según sabe todo el mundo, cada cinco años contratábamos un Virrey, y cada Virrey importaba, entre otros efectos de su equipaje, un secretario particular, que era ó no el verdadero Virrey, según se dignaba ordenarlo el Destino, deidad que tanto se ocupa del Imperio de la India sin duda porque, gracias á lo grande que es, está desamparado.

Una vez hubo un Virrey que trajo consigo un secretario particular muy turbulento; duro en el fondo, suave en la forma y con una pasión mórvida por el trabajo.

Este secretario se llamaba Wonder Juan Fennil Wonder.

El Virrey, en cambio, no tenía nombre, sino una sarta de condados y las dos terceras partes del alfabeto detrás de ellos.

En confianza solía decir que él era el mascarón plateado que remataba una administración dorada, y se divertía, á la par que dormitaba, viendo los esfuerzos de Wonder por meterse en todo y querer hacerlo todo.

—Cuando seamos los dos serafines — decía S. E. — mi bueno y querido amigo Wonder se pondrá á la cabeza de la conspiración para arrancarle la cola de plumas al arcángel Gabriel y robarle á San Pedro las llaves del cielo. Entonces tendré que delatarle.

Pero como el Virrey no hacía nada para poner coto á las oficiosidades de Wonder, empezaron á decirse cosas poco agradables.

Tal vez la murmuración comenzó entre los miembros del Consejo; el hecho es que bien pronto todo Sinla convino en que en aquel régimen había demasiado Secretario y muy poco Virrey.

Wonder, sin embargo, siempre citaba á S. E. — S. E. dice esto; S. E. piensa aquello;

en opinión de S. E., y así sucesivamente. La Excelencia se contentaba con sonreír, pero sin hacer observación alguna.

Decía que mientras sus consejeros se tiraban los trastos á la cabeza con el bueno y querido secretario, tal vez se sintieran inclinados á dejar en paz el Inmemorial Oriente.

—El hombre prudente no adquiere compromisos — añadía — porque éstos son la contribución impuesta á un tonto por lo imprevisto. Yo no soy lo primero ni creo en lo último.

Confieso que no veo claro lo que quería decir con esto, á menos que no se refiriera más que á la política, á las pólizas de seguros.

Tal vez este fuera el modo que tenía el Virrey de quitarse de enmedio.

En aquella época llegó á Sinla uno de esos seres perturbados que no tienen más que una idea en el cerebro. Esta clase de hombres suelen ser los que realizan ciertas empresas, pero no es muy divertido hablar con ellos.

Se llamaba el tal Mellish y había vivido por espacio de quince años en una finca suya situada en la Bengala inferior, estudiando el cólera.

Sostenía que el cólera era un germen que

se propagaba por sí mismo, volando á través de una atmósfera húmeda, y se pegaba á las ramas de los árboles como si fuera un copo de lana; pero se volvía completamente estéril merced al «Invencible fumigatorio Mellish». ¡Un polvo espeso, de color negro violeta, y «producto de quince años de investigaciones científicas, señores!»

Los inventores parecen seres de una casta especial: charlan mucho y á gritos; especialmente de las conspiraciones y de los monopolizadores; dan puñetazos en la mesa cuando hablan, y parece que de su persona se escapan fragmentos de su invención.

Mellish decía que había en Sinla un círculo de médicos capitaneados por el cirujano general, y que, á juzgar por las apariencias, constituían una liga contra los médicos de los hospitales del Imperio.

No recuerdo bien en qué fundamentaba su creencia, pero había algo de manejos secretos en las montañas... Lo que él necesitaba era que vigilase y descubriese estas cosas el Virrey, «¡Intendente de nuestra muy Graciosa Majestad la Reina, señores!».

Mellish, al venir á Sinla, trajo ochenta y

cuatro libras de su fumigatorio en el baúl á fin de hablar con el Virrey y demostrarle los méritos de su invento.

Pero es más fácil ver á un Virrey que hablarle, como no se tenga la suerte de ser un hombre tan importante como Mellish el de Madras.

Este Mellish era un hombre de seis mil rupias y de tanta importancia, que sus hijas, más que casarse, lo que hacían era *contratar alianzas*. Y él... no se crea que estaba pagado. No: recibía emolumentos por sus viajes, en los cuales recorría el país con el objeto de *observar*.

Su misión consistía en excitar con su vara muy larga, al pueblo de Madras, como se excita á las tencas en un estanque, y el pueblo estaba obligado á abandonar sus antiguas plácidas costumbres, para decir suspirando: «He aquí la civilización y el progreso».

¿No es esto primoroso?

Además, daba á Mellish estatuas y guirnaldas de jazmines, con la esperanza de perderle de vista.

Mellish llegó á Sinla para conferenciar con el Virrey.

Este era uno de sus principales objetos.

S. E. no conocía de vista á Mellishe; sabía tan sólo que era una de aquellas deidades de las clases medias que se juzgan indispensables para el regalo espiritual en el paraíso de esas mismas clases y que, probablemente, había inspirado, designado, fundado y enriquecido todas las instituciones públicas de Madras. Esto prueba que el excelentísimo señor, á pesar de estar dormido, conocía bien los manejos de los hombres de seis mil rupias.

El nombre de este Mellishe era E. Mellishe, y el del fumigatorio se llamaba E. S. Mellish. Vivían ambos en el mismo hotel, y la fatalidad, que preside el Imperio de la India, ordenó que Wonder se equivocara, suprimiera la *e* final como si el *chaprassi* (1) le hubiera ayudado, y pusiera la siguiente carta:

«Querido Mr. Mellish: ¿Podría usted prescindir de cualquiera otra invitación y tomar el lunch con nosotros mañana á las dos? En ese caso, podrá usted conferenciar con S. E. durante una hora.»

Esta carta, destinada al hombre de Ma-

(1) Especie de ordenanza indígena.—(N. del T.)

dras, fué á parar á manos del hombre del fumigatorio, que estuvo á punto de llorar de orgullo y de alegría, y á la hora marcada se dirigió, contoneándose, á Peterhoff, con grandes cartuchos de papel llenos de los famosos polvos y metidos en los bolsillos de atrás de la levita.

La ocasión se había presentado y tenía la resolución de aprovecharla todo lo posible.

Mellishe, el de Madras, había sido tan portentosamente solemne respecto á su futura conferencia con el Virrey, que Wonder lo arregló todo para una merienda íntima, á la que no asistirían ni el ayudante de campo, ni el secretario, ni nadie más que el Virrey, el cual decía lastimeramente, que le daba miedo quedarse solo con un autócrata sin bozal como el gran Mellishe de Madras.

Pero el invitado no fastidió á S. E.: al contrario; le divirtió grandemente.

Mellish estaba nervioso, deseando tratar de su fumigatorio, y habló, sin saber lo que decía, durante la merienda y hasta el momento en que el Virrey le invitó á fumar.

S. E. estaba entusiasmado porque Mellish no hablaba de negocios.

Apenas encendieron los cigarros, Mellish se expresó como un hombre, empezando por sus teorías sobre el cólera, pasando revista á sus quince años de investigaciones científicas y estudiando las maquinaciones del círculo médico de Sinla y las excelencias de su fumigatorio.

El Virrey le contemplaba con los ojos entornados mientras pensaba:

—Evidentemente, este tigre me lo han falsificado: pero, de todos modos, es un animal originalísimo.

Los cabellos del inventor se erizaban, efecto de la creciente excitación que sentía; las palabras se enredaban en los trémulos labios; las manos comenzaron á buscar algo en los bolsillos de la levita, y antes que S. E. pudiera darse cuenta de lo que hacía, uno de los cartuchos llenos de polvos lanzó su contenido sobre un gran cenicero de plata.

—V. E. juzgará por sí mismo —dijo Mellish.—Es preciso que juzgue por sí mismo. ¡El éxito es infalible: palabra de honor!

Y aplicando el fuego de su cigarro á los polvos maravillosos, comenzaron éstos á lanzar humo como un volcán en actividad, ele-

vándose y extendiéndose por toda la habitación densas y grasientas guirnaldas de color de cobre.

En cinco segundos la estancia se llenó completamente del olor más acre y nauseabundo y de un vapor que, penetrando en la garganta, hacía imposible la respiración.

Los polvos, al quemarse, silbaban, produciendo un ruido semejante al de la pólvora húmeda cuando se la enciende, y cubrían el aire de chispas azules y verdes, que matizaban aquel humo cada vez más denso, que hacía imposible ver, respirar, vivir. Pero Mellish estaba acostumbrado.

—Nitrato de estronciana; barita; huesos en polvo, etc., etc. Mil pies cúbicos de humo por pulgada cúbica. ¡No hay germen que resista! Yo lo afirmo, excelentísimo señor.

S. E. había salido huyendo y estaba tosiendo de un modo horrible al pie de la escalera, mientras en el interior del palacio de Peterhoff se oía un zumbido semejante al de una inmensa colmena.

Los lanceros rojos; el jefe de los *chaprassis*, que sabía inglés, y los maceros acudieron, mientras las señoras bajaban desoladas por las

escaleras gritando ¡fuego!, porque el humo se había esparcido por toda la casa, salía por las ventanas, llenaba las galerías y, retorciéndose y enroscándose en densas espirales, llegaba á los jardines.

Nadie pudo entrar en la habitación donde Mellish explicaba las excelencias de su fumigatorio, hasta que aquellos polvos inexplicables acabaron de quemarse. Entonces un ayudante de campo, que ambicionaba la cruz Victoria (1), cruzó rápidamente á través de las agitadas nubes y sacó arrastrando al inventor.

El Virrey se tendía de risa y no tuvo acción más que para agitar débilmente las manos rechazando un nuevo cartucho del fumigatorio, que Mellish agitaba triunfalmente ofreciéndosele.

—¡Admirable, admirable!—suspiró S. E.—
Tiene usted razón: no hay germen que resista. Lo juro. ¡Exito portentoso!

Y volvió á reír de nuevo hasta llorar de risa. En aquel momento Wonder, que había encontrado en el paseo al verdadero Mellish

(1) Orden creada para premiar los hechos distinguidos realizados en campaña.—(N. del T.)

bufando como un caballo indómito, entró y quedó profundamente sorprendido ante aquella escena.

El Virrey, por el contrario, estaba contento, pues vió que el secretario tendría que marcharse inmediatamente; y en cuanto á Mellish, se sintió entusiasmado con su fumigatorio, porque creía que había triturado al círculo médico de Sinla.

Pocos hombres podían contar una historia como S. E., cuando se dignaba tomarse ese trabajo. Su narración del caso del *buen amigo de Wonder*: del hombre de los polvos, corrió por todo Sinla, y las gentes parlanchinas hicieron verdaderamente infeliz al secretario con las observaciones que se permitían.

S. E., sabiendo lo que hacía, contó la cosa más veces de las que á Wonder conviniera, y un día en una gira, precisamente cuando el secretario estaba sentado detrás de él, dijo en tono ofensivo para Wonder:

—Yo, la verdad, creí por un momento que mi queridísimo y buen Wonder había alquilado un asesino para que le dejara libre el camino del trono.

Todo el mundo soltó la carcajada; y como ha-

bía cierto delicado retintín en el tono de S. E. que no pasó inadvertido para el secretario, éste comprendió que... su salud se había resentido, por lo que pidió y obtuvo permiso para regresar á Inglaterra.

El Virrey dijo que el carácter inflamable del secretario era muy bueno para lucir en la Metrópoli entre las personas *finchadas*.

—Mis grandes deficiencias—añadió S. E. más tarde, recordando lo ocurrido y guiñando los ojos,—y mi falta de carácter, debían ser muy desagradables para un hombre tan excepcional.



EL ARRESTO DEL TENIENTE GOLIGHTLY

Y él me dijo: Se me ha olvidado la contraseña.—Y yo le dije: ¿Se le ha olvidado? ¿Se le ha olvidado?—Y él me dijo: ¡Pero soy el coronel!—Y yo le dije: ¿Con que es usted el coronel, eh? Coronel ó no, espere que me releven, y el sargento dará cuenta de la cara feísima que tiene usted. ¡Qué demonio! Eso le dije.

Y... ¡voto al chápito! era de verdad el coronel; pero entonces yo era quinto.

(Autobiografía inédita del soldado Ortheris.)

Si había algo de que realmente estuviera orgulloso Golightly, era de presentarse siempre como cumple á un caballero y á un oficial.

—Por honrar el uniforme—solía decir—es por lo que me visto con tanto esmero.

Los que le conocían bien aseguraban que

bía cierto delicado retintín en el tono de S. E. que no pasó inadvertido para el secretario, éste comprendió que... su salud se había resentido, por lo que pidió y obtuvo permiso para regresar á Inglaterra.

El Virrey dijo que el carácter inflamable del secretario era muy bueno para lucir en la Metrópoli entre las personas *finchadas*.

—Mis grandes deficiencias—añadió S. E. más tarde, recordando lo ocurrido y guiñando los ojos,—y mi falta de carácter, debían ser muy desagradables para un hombre tan excepcional.



EL ARRESTO DEL TENIENTE GOLIGHTLY

Y él me dijo: Se me ha olvidado la contraseña.—Y yo le dije: ¿Se le ha olvidado? ¿Se le ha olvidado?—Y él me dijo: ¡Pero soy el coronel!—Y yo le dije: ¿Con que es usted el coronel, eh? Coronel ó no, espere que me releven, y el sargento dará cuenta de la cara feísima que tiene usted. ¡Qué demonio! Eso le dije.

Y... ¡voto al chápuro! era de verdad el coronel; pero entonces yo era quinto.

(Autobiografía inédita del soldado Ortheris.)

Si había algo de que realmente estuviera orgulloso Golightly, era de presentarse siempre como cumple á un caballero y á un oficial.

—Por honrar el uniforme—solía decir—es por lo que me visto con tanto esmero.

Los que le conocían bien aseguraban que

todo aquello obedecía únicamente á estímulos de la vanidad; pero no perjudicaba á nadie.

Conocía las cualidades de un caballo sólo con verle una vez; sabía hacer algo más que tenerse en la silla; jugaba muy bien al billar, y era un competidor temible al whist.

Todo el mundo le estimaba, y á nadie se le ocurrió jamás que podría verle en el andén de una estación con esposas en las manos por presunto desertor; mas esta desgracia sobrevino.

Bajaba un día á caballo de Dalhousie, á punto de espirar la licencia que disfrutaba. Se había retrasado algo y necesitaba apretar el paso.

Hacia un calor horrible en Dalhousie, y conociendo lo que le esperaba al llegar al llano, iba vestido, con un *khaki* (1) nuevo, muy ajustado al cuerpo y del más delicado color verde aceituna; cinturón azul pavo real; cuello blanco y yelmo de fieltro, que parecía por su blancura, un copo de nieve.

Su orgullo estribaba en ir siempre muy limpio, hasta cuando se veía obligado á correr

(1) Uniforme hecho de dril.—(N. del T.)

la posta; y tanto le preocupó lo referente á su tocado antes de emprender el viaje, que se olvidó completamente de todo lo demás, hasta el punto de que sólo llevaba una insignificante cantidad de dinero suelto: los billetes y todos sus papeles les dejó olvidados en el hotel.

Sus criados le habían precedido á fin de esperarle en Pathankote con un traje nuevo para mudarse: á esto le llamaba Golightly viajar á la ligera, y estaba muy satisfecho de sus condiciones organizadoras.

Cuando se encontraba á unas veintidós millas de Dalhousie, empezó á caer, no uno de esos chaparrones de las montañas, sino un tremendo diluvio propio de los monzones. El teniente apresuró el paso, sintiendo haber olvidado el paraguas.

El polvo del camino se trocó bien pronto en cieno, y la jaca y las polainas del jinete se cubrieron de barro; pero él se mantuvo erguido, haciendo esfuerzos para creer que el remojo era agradable.

La jaca que tomó en el primer relevo, arrancó algo más que brutalmente, y las manos del teniente, escurridizas por efecto de la lluvia,

contribuyeron á que se cayera en una revuelta. Se levantó, salió detrás del caballo, le cogió al fin, montó de nuevo y siguió adelante rápidamente.

La caída no había mejorado ni su humor ni su traje, y, en cambio, le había hecho perder una espuela: usó la otra, y cuando llegó á la posada, el jaco le había hecho saltar tanto con sus endiablados movimientos, que, á pesar de la lluvia, sudaba de un modo terrible.

Siguió la marcha, y transcurrida una miserable media hora, notó que el mundo desaparecía ante sus ojos bajo una pasta pegajosa. La lluvia había convertido la materia que formaba su enorme y blanquísimo yelmo, en una masa que olía á demonios y que se había pegado á su cabeza, afectando la forma de un hongo gigantesco entreabierto. El forro verde comenzaba también á liquidarse.

El teniente no hizo exclamación alguna digna de ser consignada, limitándose á romper, esprimir, separar lo que cerraba el borde de sus ojos, abriendo como un surco en la masa.

La parte posterior del casco azotaba su

cuello, y los costados herían sus orejas; pero la banda de cuero y el forro verde mantenían, aunque con esfuerzos, juntas todas las partes, por lo que no se deslizó completamente derretido del lugar donde estaba pegado.

Por fin, la pasta y la tela verde formaron una especie de pelusilla viscosa, que desde la cabeza resvaló caprichosamente sobre el pecho y la espalda del teniente.

El color del traje comenzó también á desaparecer, formando todo esto el más extraño y abigarrado tinte, pues unas partes del cuerpo de Golightly aparecían de color de pasa, otras de color violeta; aquí se dibujaban contornos de ocre y allá rayas de un rojo muy vivo.

Las manchas de lodo aparecían casi blancas entre los matices del extraño tinte.

Cuando sacó el pañuelo para limpiarse la cara, y el verde del forro del casco y la materia colorante que se había introducido por el cuello llegaron á confundirse y mezclarse, el efecto fué verdaderamente estupendo.

Cerca de Dhar la lluvia cesó; el sol de la tarde brilló en el cielo y secó algo las ropas del teniente, así como dió fijeza á los colores.

A tres millas de Pathankote el caballo cayó reventado, por lo que Golightly se vió obligado á seguir á pie, y entró en el pueblo en busca de sus criados.

No sabía que se habían detenido, apartándose algo del camino, á fin de echar un trago, y que á la mañana siguiente llegarían diciendo que se habían torcido un pie. Por esta razón, cuando entró en Pathankote no pudo encontrarles.

Sucio, muy sucio, con las botas tiesas y pegajosas por la espesa capa de barro; deshecho el cinturón azul tanto como el uniforme, se despojó de éste sin perdonar el cuello, y no sin renegar de los criados, trató de hallar donde colgarle.

Tenía sed y pagó seis *annas* por beber algo, notando entonces que sólo le quedaban otras seis en el bolsillo, y en el mundo, al detenerse á aquella hora.

Se fué á ver al jefe de la estación del ferrocarril á fin de negociar un billete de primera clase hasta Khasa, donde estaba de guarnición. El escribiente habló en voz baja con el jefe; éste hizo lo mismo con el telegrafista, y los tres empezaron á mirarle con gran curio-

sidad, diciéndole al fin que esperase una media hora mientras telegrafaban á Umritsar pidiendo autorización para hacer lo que solicitaba.

Esperó, y á poco cuatro agentes de policía llegaron y se agruparon de un modo muy pintoresco á su alrededor. Lo notó al instante, y cuando se disponía á pedirles que le dejaran en paz, el jefe de estación apareció, diciéndole que si el *sahib* (1) tenía la bondad de entrar en la oficina, le daría el billete hasta Umritsar.

Siguióle el teniente, y lo primero que fué que los polizontes le agarraban por brazos y piernas, mientras el jefe trataba de meterle violentamente en la cabeza una saca de la correspondencia.

Se armó la gran trifulca en la oficina, dando los combatientes vueltas alrededor de la sala, y Golightly se hizo una herida de mal aspecto en un ojo al caer contra una mesa.

Por fin, como los polizontes eran muchos, entre éstos y el jefe de estación le maniataron fuertemente; mas al ver el teniente que ade-

(1) Señor.—(N. del T.)

más le metían en la cabeza la saca, comenzó á protestar en tal forma, que el cabo de policía dijo:

—No hay duda: este es el soldado inglés que andamos buscando. Vean ustedes cómo habla.

Entonces preguntó qué significaba todo aquello, y el jefe de la estación le dijo:

—Tú eres el soldado Juan Binkle del regimiento... *cinco pies, nueve pulgadas, cabello rubio, ojos grises*, de apariencia muy mala, sin ninguna señal especial en el cuerpo y que ha desertado hace quince días.

Golightly comenzó á dar explicaciones, haciéndolo muy extensamente; y cuanto más hablaban menos le creían, diciendo el jefe de estación que un teniente no podía tener aquella facha de rufián, y que sus instrucciones eran mandarlo con escolta á Umritsar.

El teniente, que estaba calado hasta los huesos y muy molesto, comenzó á hablar en una forma que no se puede publicar, ni aunque se la espurgara cuidadosamente; pero los polizontes lo metieron en el departamento central de un coche, para llevarle con más seguridad, y el hombre empleó las horas del

viaje en insultarles con toda la afluencia que su conocimiento del dialecto del país le permitía.

Al llegar á Umritsar fué entregado, liado como un fardo, á un cabo y tres hombres del regimiento.

Golightly se preparó á luchar para deshacer la equivocación rápidamente. El pobre no se encontraba muy gentil con las manos atadas, con los hilos de sangre que, saliendo de la herida, se habían coagulado en la mejilla izquierda y con cuatro polizontes detrás mandados por un cabo que no tenía cara de bromas.

—Esta es una equivocación absurda, amigos míos—se atrevió á decir.

—Silencio y sigue andando—gruñó el cabo.

Pero ni quería seguir ni dejar de explicar la cosa, lo que logró hacer en forma tal, que el cabo le dijo:

—¡Tú un oficial! Sí... ¡Valiente semejanza tienes tú con nosotros! Brillante oficial estás tú. Conozco tu regimiento. *Tu aire de bribón* demuestra de dónde vienes. Eres una gran vergüenza para el servicio.

El teniente supo permanecer tranquilo y volvió á repetir sus explicaciones.

Después, para guarecerse de la lluvia, se metió en el restaurant, pidiendo que le dejaran y no le volvieran loco; pero los soldados insistieron en llevarle al fuerte de Govindghar marchando en una forma tan depresiva como si jugara á «La marcha de la rana» (1).

Golightly estaba furioso al verse confundido con un desertor, maniatado, yerto, y con el dolor de cabeza que la herida le había producido. Ya ni podía explicar lo que le pasaba, y cuando estaba rendido, sin aliento, con la garganta seca, uno de los soldados dijo:

—Yo había oído á algunos miserables en el cepo echar bravatas y mentiras; pero jamás oí á ninguno que se atreviera á decir que era un oficial.

Sus guardianes no estaban irritados con él: al contrario; le admiraban, y como tenían alguna cerveza, le ofrecieron un vaso por lo bien que había jurado y gritado.

Después le pidieron que les contara todas las aventuras que había corrido el *soldado Juan Binkle* mientras estuvo libre fuera del país.

(1) Juego que consiste en correr á saltos con los pies y las manos atados.—(N. del T.)

Los obsequios y aquella petición le encolezaron más y más. Si hubiera conservado la serenidad, habría esperado la llegada de un oficial; pero lo que intentó fué huir.

La culata de un Martini entre los homoplatos hace bastante daño, y el *khaki*, podrido por la lluvia, se rasga pronto si dos hombres tiran del cuello.

Golightly se levantó del suelo sintiéndose muy malo; su cabeza daba vueltas; su camisa estaba rasgada por el pecho y por la espalda.

Afortunadamente, en aquel momento llegó el tren descendente de Lahore, en el cual venía uno de los jefes del pobre teniente.

He aquí el parte íntegro de aquel jefe:

«Oí el ruido de una pelea y entré en la sala de segunda clase, destinada á la venta de licores, encontrándome con el más redomado tunante que había visto jamás. Sus botas y sus calzones desaparecían bajo una plasta de cieno, matizada con chorros de cerveza; cubría su cabeza una cosa informe, especie de montón asqueroso de cieno blanquecino, que se desparramaba sobre sus hombros, lastimosamente arañados; la mitad de su camisa, rota y sucia, se había salido, y el pobre diablo

pedía que le bajasen los faldones, que estaban arremolinados sobre su frente.

«Al principio no pude verle la cara, porque la camisa se la cubría, y supuse que era un galopin en el primer período del *delirium tremens* por la forma en que blasfemaba mientras trataba de desembarazarse de sus harapos; pero cuando se volvió, vi un chichón tan grande como un pastel de puerco sobre un ojo; varios cardenales en la cara, algunas rayas de color violeta alrededor del cuello, y reconocí á Golightly.

«Al verme se puso muy alegre—añadió el comandante—y me rogó que no contase nada de aquello. Así lo hice; pero usted puede, si quiere, contarlo ahora que el teniente ha regresado á Inglaterra.»

Golightly se pasó la mayor parte del verano trabajando para que el cabo y los soldados fueran llevados ante un consejo de guerra por haber detenido á un caballero oficial, á pesar de que ellos, como era natural, demostraron sentir profundamente el error cometido.

La noticia de la aventura llegó á los cuerpos de guardia y desde allí corrió por toda la provincia.



CONSECUENCIAS

De Rosacruz (1) las varias sutilezas
nacieron en Oriente
y al pie de Jacatala, el indio siente
al sectario que canta sus grandezas.
Busca, lector á Paracelso; admira
como Flood ha descrito
aquel Poder ignoto é infinito
que en cielo eterno con los soles gira...
Lee después esta historia, pues desco
que admires á la luna en su apogeo.

SAY en Sinla comisiones por un año, por dos, por cinco; y las hay también ó las había vitalicias, con las cuales se vive el término natural de la vida, asegurándose unos buenos mofletes y una buena renta.

Es inútil añadir que durante los meses de

(1) Secta que se jactaba de conocer todas las ciencias.—(N. del T.)

pedía que le bajasen los faldones, que estaban arremolinados sobre su frente.

«Al principio no pude verle la cara, porque la camisa se la cubría, y supuse que era un galopin en el primer período del *delirium tremens* por la forma en que blasfemaba mientras trataba de desembarazarse de sus harapos; pero cuando se volvió, vi un chichón tan grande como un pastel de puerco sobre un ojo; varios cardenales en la cara, algunas rayas de color violeta alrededor del cuello, y reconocí á Golightly.

«Al verme se puso muy alegre—añadió el comandante—y me rogó que no contase nada de aquello. Así lo hice; pero usted puede, si quiere, contarle ahora que el teniente ha regresado á Inglaterra.»

Golightly se pasó la mayor parte del verano trabajando para que el cabo y los soldados fueran llevados ante un consejo de guerra por haber detenido á un caballero oficial, á pesar de que ellos, como era natural, demostraron sentir profundamente el error cometido.

La noticia de la aventura llegó á los cuerpos de guardia y desde allí corrió por toda la provincia.



CONSECUENCIAS

De Rosacruz (1) las varias sutilezas
nacieron en Oriente
y al pie de Jacatala, el indio siente
al sectario que canta sus grandezas.
Busca, lector á Paracelso; admira
como Flood ha descrito
aquel Poder ignoto é infinito
que en cielo eterno con los soles gira...
Lee después esta historia, pues desco
que admires á la luna en su apogeo.

SAY en Sinla comisiones por un año, por dos, por cinco; y las hay también ó las había vitalicias, con las cuales se vive el término natural de la vida, asegurándose unos buenos mofletes y una buena renta.

Es inútil añadir que durante los meses de

(1) Secta que se jactaba de conocer todas las ciencias.—(N. del T.)

invierno, se puede abandonar la ciudad, que está entonces algo tristonía.

Tarrion llegó, sabe Dios cómo, de algún lugar apartado de la India Central, donde á Pachmari (1) le consideraban como un sanatorio, y donde se viajaba en carreta.

Pertenecía á un regimiento; pero lo que deseaba ardientemente, era salir de él y venirse á vivir para siempre á Sinla.

No tenía preferencia por nada en particular, aparte un buen caballo y una buena compañera, porque creía que era apto para todo; creencia que cuando está profundamente arraigada, es una bendición de Dios.

Entendía de muchas cosas, tenía buena presencia y se hacía simpático á todos hasta en la India Central.

Subió á Sinla, y como era inteligente y divertido, gravitó hacia Mrs. Hauksbee, que podía permitirlo todo menos la estupidez.

Una vez le hizo á esta señora un inmenso servicio, cambiándole la fecha de la invitación para un gran baile al que quería asistir y no podía, porque habiéndose peleado con el ayu-

(1) Pueblo indio.—(N. del T.)

dante de campo que era hombre mezquino, éste en venganza la invitó á la fiesta pequeña y no á la grande del día 26.

El trabajo fué obra maestra de falsificación, y cuando Mrs. Hauksbee enseñó al ayudante su invitación, y le regañó suavemente por no saber preparar las *vendettas*, él creyó que en efecto había cometido un error y juzgó además —pensando prudentemente,—que no se debía luchar con aquella señora, la cual agradecida, preguntó á Tarrion qué podía hacer por él.

Éste respondió sin titubear.

—Soy un escotero que está con licencia á fin de ver lo que puede pescar. No tengo en Sinla interés de ninguna clase; no conozco á ninguno de los que pueden dar empleos y necesito un sueldo bueno y saneado. Creo que usted es capaz de hacer todo lo que se le antoje. ¿Quiere usted ayudarme?

Mrs. Hauksbee se quedó pensativa durante un minuto; pasó por sus labios la extremidad del látigo de montar, como solía hacer cuando reflexionaba, sus ojos centellearon y al fin dijo:

—Sí, quiero—y alargándole la mano, se la estrechó.

Tarrion tenía tan absoluta confianza en esta gran mujer, que ya no volvió á ocuparse de aquello: lo único que le preocupaba era qué clase de nombramiento lograría.

Mrs. Hauksbee, comenzó calculando el valor de los jefes de los Departamentos y de los miembros del Consejo á quienes conocía, y cuanto más pensaba en ellos más se reía porque su corazón tenía que entrar en juego y esto le gustaba.

Después cogió una lista de empleos civiles y comenzó á examinarla. Hay algunos destinos muy hermosos.

Provisionalmente decidió que aunque Tarrion era demasiado *bueno* para el departamento de política, sería lo mejor empezar por tratar de meterle allí. ¿Qué plan era el suyo al intentar esto? No nos importa.

La suerte ó la desgracia trabajaron por ella, así que no tuvo que hacer más que esperar el curso de los acontecimientos y aprovecharle.

Los virreyes cuando lo son por primera vez sufren la monomanía de los *misterios diplomáticos*. Esto pasa con el tiempo, pero todos lo atrapan al principio porque no conocen el país.

El Virrey que en aquel momento sufría tal enfermedad (hace de esto mucho tiempo: antes de que Lord Dufferin viniera del Canadá y Lord Ripon del seno de la iglesia de Inglaterra), estaba muy malo y el resultado fué que cuantos eran novatos en guardar los secretos oficiales, estuvieron á punto de considerarse desgraciados, mientras él se vanagloriaba creyendo que había introducido nociones de prudencia en su Estado mayor.

El gobierno supremo tiene la irreflexiva costumbre de confiar lo que hace, á documentos impresos, en los que se consignan las cosas más variadas. Desde la orden de pago de 200 rupias á la policía secreta del país, hasta las sofamas administrativas á Vakils y Motamids de los diversos Estados, y las cartas un tanto ásperas dirigidas á los príncipes indios, encargándoles que pongan orden en sus casas; que se refrenen en lo de robar mujeres y no incurran en la manía de atracar de pimienta roja á los prisioneros ó en otras excentricidades de esta clase.

Por supuesto, estas cosas jamás pueden hacerse públicas, porque los príncipes indígenas nunca yerran *oficialmente*, y sus Estados,

—¡Oh, excelente persona! y con una plegadera rompió el sobre cayendo al suelo y esparciéndose por él todos los pliegos oficiales.

Inmediatamente les recogió y comenzó á leerles.

Ya he dicho que la remesa era importante y con esto basta. Se trataba de alguna correspondencia, dos disposiciones, una orden perentoria á cierto jefe indígena y algunas otras cosas más.

Mrs. Hauksbee se quedó con la boca abierta cuando comenzó á leer.

Uno solo de aquellos rasgos que ponían al desnudo la máquina que gobierna la India; de aquellos legajos, saliendo de sus sobres amarillos, verdosos y pintarrajeados, habría asombrado al hombre más estúpido ¿qué no sucedería á mujer tan inteligente?

Al principio, se asustó como si un rayo hubiera caído á sus pies y no sabía qué podía hacer con aquello.

Al margen de uno de los documentos había iniciales y hasta observaciones algo más severas que la misma orden. Las iniciales pertenecían á hombres que, unos han muerto,

otros se han ido, pero todos eran importantes en aquel tiempo.

Siguió Mrs. Hauksbee leyendo y pensando con calma á medida que leía, hasta que acabó por apreciar el valor de su hallazgo y discurrir los medios de aprovecharse mejor de él.

En aquel momento Tarrion llegó como llovido del cielo, y los dos juntos leyeron todos los documentos de cabo á rabo.

Como Tarrion no sabía la forma en que habían llegado á poder de su protectora, la creyó desde aquel instante la mujer más grande de la tierra, lo que era verdad ó casi verdad.

—El camino recto es siempre el mejor— dijo Tarrion después de hora y media de estudio y de conversación.

—Bien considerado todo, la Sección de noticias, está apropiada á mis condiciones tanto como la de Negocios Extranjeros. Voy á poner sitio á los dioses superiores en sus templos.

Y no buscó á un cualquiera, ni á un hombre de pequeña importancia; ni siquiera al jefe sin prestigios de algún departamento importante, sino que se fué á ver al hombre más grande, más influyente que el gobierno tenía,

y le dijo que necesitaba en Sinla un destino con buen sueldo.

La tranquila insolencia de la petición hizo gracia al personaje y como por el momento no tenía nada que hacer, oyó las proposiciones del audaz Tarrion.

—Supongo—le dijo—que además del mérito de su propia afirmación, tendrá usted otras cualidades que justifiquen sus pretensiones.

—Estas, señor; júzuelas usted.—Y como tenía buena memoria, comenzó á citar las notas más importantes consignadas en los documentos; haciéndolo lentamente, y una por una, como si estuviera echando gotas de ácido clorhídrico en un vaso. Cuando llegó á la *orden perentoria*, que lo era mucho, el gran personaje se turbó.

—Supongo—añadió Tarrion, con tono insolente—que el conocimiento especial de casos como este, vale por lo menos tanto,—digámoslo claramente—para ser empleado en el Departamento de Negocios Extranjeros, como el hecho de ser sobrino de la mujer de un oficial distinguido.

La alusión dió en el blanco porque el últi-

mo nombramiento había sido un acto de nepotismo y Tarrion lo sabía.

—Ya veré lo que puedo hacer por usted—dijo el personaje.

—Muchas gracias—respondió el escotero y se retiró mientras el otro fué á ver como podía poner sitio al nombramiento pedido.

Transcurrieron unos días con truenos, relámpagos y sendos telegramas.

No se trataba de un nombramiento importante, sino de uno de 500 á 700 rupias mensuales; pero, según decía el Virrey, lo que había que mantener era el principio del *secreto diplomático*, aunque fuera más que probable que á un mozo tan bien provisto de informaciones especiales se le creyera digno de cambiar de puesto.

Cambió, pues, y eso que debieron sospechar de él, á pesar de decir que aquellas noticias las había adquirido por méritos de su singular talento.

Debo advertir, que mucha parte de esta historia, incluso lo que siguió á la pérdida del pliego, debe imaginársela el lector porque hay poderosas razones que no permiten que se escriba, aun cuando si no está enterado de las

cosas del Olimpo no sabrá completarla y hasta dirá que es imposible.

Cuando Tarrion fué presentado al Virrey, S. E. dijo:

—¿Con que este es el mozo que atacó violentamente al gobierno de la India? No olvide usted caballerito, que esto no se hace dos veces.

Sin duda sabía algo.

Al ver Tarrion su nombramiento publicado exclamó:

—Si Mrs. Hauksbee tuviera veinte años menos y me casara con ella, antes de quince, llegaba á ser Virrey de la India.

Mrs. Hauksbee por su parte, al darle el escotero las gracias casi con las lágrimas en los ojos, exclamó:

—Ya se lo había dicho á usted,—y al quedarse sola añadió:

—¡Qué tontos son los hombres!



LA SEÑORA DEL SUBALTERNO

¡Si gritas, ¡vil asesino!,
en medio á la multitud,
todos, con gran inquietud,
mirarán á su vecino;
¡ porque desde que á Cain
acosamos con fiereza,
el miedo á nuestra vileza
ni mengua, ni tiene fin!

(*Moralejas de Vibart.*)

SHAKESPEARE dice algo respecto á los gusanos, ya sean gigantes, ya como escarabajos, que, si se les pisa, se revuelven furiosos.

Lo más prudente es no pisarlos jamás, aunque se trate del último subalterno procedente de Inglaterra, que apenas haya sacado los pies del plato y que aún conserve en las mejillas los colores producidos por la succulenta vaca inglesa.

cosas del Olimpo no sabrá completarla y hasta dirá que es imposible.

Cuando Tarrion fué presentado al Virrey, S. E. dijo:

—¿Con que este es el mozo que atacó violentamente al gobierno de la India? No olvide usted caballerito, que esto no se hace dos veces.

Sin duda sabía algo.

Al ver Tarrion su nombramiento publicado exclamó:

—Si Mrs. Hauksbee tuviera veinte años menos y me casara con ella, antes de quince, llegaba á ser Virrey de la India.

Mrs. Hauksbee por su parte, al darle el escotero las gracias casi con las lágrimas en los ojos, exclamó:

—Ya se lo había dicho á usted,—y al quedarse sola añadió:

—¡Qué tontos son los hombres!



LA SEÑORA DEL SUBALTERNO

¡Si gritas, ¡vil asesino!,
en medio á la multitud,
todos, con gran inquietud,
mirarán á su vecino;
¡ porque desde que á Cain
acosamos con fiereza,
el miedo á nuestra vileza
ni mengua, ni tiene fin!

(*Moralejas de Vibart.*)

SHAKESPEARE dice algo respecto á los gusanos, ya sean gigantes, ya como escarabajos, que, si se les pisa, se revuelven furiosos.

Lo más prudente es no pisarlos jamás, aunque se trate del último subalterno procedente de Inglaterra, que apenas haya sacado los pies del plato y que aún conserve en las mejillas los colores producidos por la succulenta vaca inglesa.

Esta historia es la de un gusano que se revolvió. En obsequio á la brevedad le llamaremos Enrique Augusto Ransay Faizanne, el *Gusano*, aunque, en realidad, cuando ingresó en el segundo de Shikarris, donde por varios conceptos fué muy desgraciado, era un chico guapo, barbilampiño y con una cintura como la de una señorita.

Los Shikarris forman un regimiento de preferencia, y para poder vivir con ellos hay que saber hacer bien muchas cosas: tocar el banjo (1), montar y guiar con perfección, cantar y representar.

El *Gusano* no sabía más que caerse del caballo ó levantar astillas con la lanza de su coche en la puerta de la Administración de Correos, cosas que, al cabo de cierto tiempo, llegaron á ser monotonas. Además se peleaba en el whist, rompía el paño de la mesa de billar, desentonaba cantando, se cuidaba mucho y escribía á Inglaterra á su madre y á sus hermanas.

(1) Instrumento de cuerda con caja redonda de la forma de un tamboril y mástil como el de la guitarra.
—(N. del T.)

Cuatro de estas cinco cosas eran vicios, que los Shikarris censuraban consagrándose á extirparles.

Todo el mundo sabe lo que los subalternos son con los compañeros: amables y sin permitirse actos de crueldad; costumbres muy buenas y muy hermosas, puesto que no hacen daño á nadie, á no ser que algunos pierdan la cabeza, en cuyo caso se producen perturbaciones. Una vez había uno... pero esta es otra historia.

Los Shikarris, *shikarriaban* demasiado al *Gusano*, y él lo soportaba todo sin pestañear; pero era tan bondadoso, tenía tantas ganas de aprender y se ruborizaba tan fácilmente, que su *educación* duró poco, y todos le dejaron que hiciera su santa voluntad, menos el subalterno más antiguo, que continuó siendo para él un verdadero castigo.

Y no es que el tal subalterno quisiera hacerle daño, no; mas sus burlas eran groseras y no sabía cuando pasaban de la raya.

Había esperado por mucho tiempo un ascenso, y esto siempre agría á los hombres.

Además estaba enamorado, y el amor le empeoraba.

Un día se llevó el coche del *Gusano* para una señorita que no existía; le ocupó toda la tarde, fingió una carta de gracias de la supuesta señorita, y después, cuando lo estaba contando todo en el Casino de oficiales, el *Gusano* se levantó, y con su vocecita de mujer, dijo tranquilamente:

—Fué una buena *trastada*, pero apuesto la paga de un mes contra la de usted, cuando usted ascienda, á que he de jugarle á usted otra, de la que se acordará durante toda su vida y se acordará el regimiento después que usted muera ó reviente.

Dijo esto sin incomodarse, y todos los demás aplaudieron riendo. El subalterno, por su parte, miró dos veces al *Gusano* de pies á cabeza, y respondió:

—Hecho, niño.

El niño puso á los compañeros por testigos de que la apuesta había sido aceptada, y sonriendo dulcemente comenzó á leer en un libro.

Pasaron los meses, y el subalterno siguió *educando* al *Gusano*, que empezó á cobrar más vida á medida que el tiempo caluroso se aproximaba.

Ya he dicho que el subalterno estaba enamorado; pero lo verdaderamente curioso es que la muchacha le correspondía, y aunque el coronel decía cosas terribles y el comandante refunfuñaba y los capitanes casados tomaban un aspecto de majestuosa sabiduría y los oficiales más jóvenes se burlaban, las relaciones siguieron.

El subalterno se puso tan contento al lograr el mando de una compañía, lo que coincidió con que la chica aceptara su amor, que hasta se le olvidó que debía fastidiar al *Gusano*.

Una noche, al principio del verano, todos los oficiales, menos el *Gusano*, que se había retirado á sus habitaciones para escribir á la familia, estábamos sentados en la galería, delante de la casa del Círculo. La banda había cesado de tocar, pero nadie pensaba en irse; las señoras de los capitanes estaban también allí.

La locura de un enamorado es ilimitada. El subalterno estaba ensalzando los méritos de su prometida; las señoras hacían señales de asentimiento y los hombres bostezaban, cuando de pronto se oyó el crujir de unas faldas en

la obscuridad, y una voz débil y cansada gritó:
—¿Dónde está mi marido?

No pretendo en lo más mínimo hacer reflexiones respecto á la moralidad de los Shikarris; mas debo consignar que cuatro hombres dieron un salto como si les hubieran pegado un tiro. Tres de ellos estaban casados, y tal vez se aterraran ante la idea de que su mujer hubiera venido de Inglaterra sin avisarles; el cuarto dijo que había cedido al primer impulso, dando después más amplias explicaciones.

--Lionel—gritó la voz.—Lionel era el nombre del subalterno,—y una mujer penetró en el pequeño círculo de luz de las bujías colocadas en las mesas de whist, extendiendo sus manos en la obscuridad hacia donde estaba el subalterno, á la vez que sollozaba.

Todos nos pusimos en pie, comprendiendo que algo iba á pasar, y dispuestos á creer lo peor.

En este pequeño y desgraciado mundo, sabe uno tan poco de la vida del hombre que tiene al lado, aunque después de todo á éste es al único que eso le interesa, que cuando un gran escándalo llega no nos sorprende.

Cada día puede ocurrir una cosa que cambie la suerte de uno.

Acaso el subalterno había sido pescado en su juventud.

Á los hombres, á lo mejor, suelen sucederles estos percances.

No sabíamos nada, necesitábamos oír, y las señoras capitanas estaban tan ansiosas como nosotros.

Si había sido atrapado, tenía excusa, porque aquella mujer desconocida, con los zapatos llenos de polvo y con un traje gris de viaje, estaba encantadora: negro el cabello y negros los espléndidos ojos llenos de lágrimas.

Era alta, de hermosa presencia y su voz suspiraba de tal suerte, que daba verdadera compasión.

Apenas el subalterno se levantó le echó los brazos al cuello; le llamó querido mío, le dijo que no podía estar lejos de él y sola en Inglaterra aguardando; que sus cartas eran cortas y frías, que le seguiría hasta el fin del mundo y que si era posible que él la hubiera olvidado.

Todo esto estaba hecho y dicho de un modo que no era propio de una señora: ¡había demasiada expresión!

La cosa iba poniéndose fea: las señoras capitanas miraban de reojo y por encima del hombro al subalterno; la cara del coronel era la de un ángel exterminador, cubierta de herizadas cerdas grises y durante algunos momentos nadie habló.

Al fin el coronel dijo secamente:

—Muy bien, señor mío.

La mujer volvió á sollozar.

El subalterno estaba medio ahogado por aquellos brazos que rodeaban su cuello, y aunque con voz sofocada pudo decir:

—Eso es una mentira, indecente, ¡yo no he tenido mujer en mi vida!

—No lo jure usted—gritó el coronel.—Entremos en el Círculo. Es preciso aclarar esto de algún modo. Y suspiró en silencio porque creía en sus *Shikarris*...

Nos precipitamos atropelladamente en la antecámara, y allí con mucha mejor luz pudimos ver cuán bella era aquella mujer.

Ella se detuvo en medio de nosotros; ya parecía ahogarse gritando, ya se mostraba dura y altiva, ya oprimía entre sus brazos al subalterno: aquello parecía el cuarto acto de una tragedia.

La desconocida nos refirió que Lionel se había casado con ella cuando estuvo con licencia en Inglaterra hacía dieciocho meses, y demostró que sabía lo que todos sabíamos de la familia del subalterno y de la vida de éste.

Él estaba del color de la ceniza, tratando inútilmente de interrumpir aquel torrente de palabras, y nosotros, viendo lo guapa que era ella y lo criminal que era él, le contemplamos como á una fiera de la peor especie, aun cuando nos inspiraba cierta lástima.

Jamás olvidaré la acusación de la mujer del subalterno contra éste: *ni él* la olvidará.

¡Fué tan inexperada, surgió de la obscuridad tan súbitamente para caer en el centro de nuestra monotonía vida!...

Las capitanas, se quedaron un poco atrás; sus ojos estaban encendidos y se podía advertir que habían declarado ya convicto y habían sentenciado al pobre Lionel. El coronel parecía que había envejecido cinco años; un comandante, se tapaba los ojos con las manos y por debajo de éstas miraba á la mujer, otro se mordía el bigote y sonreía tranquilamente como si estuviera asistiendo á una comedia; y en el espacio que quedaba abierto en el centro

ocupado por las mesas de whist, el perro de Lionel se mataba las pulgas.

Recuerdo todo esto como si tuviera delante una fotografía y no olvido tampoco el sello de horror impreso en la cara del subalterno.

Aquella cara parecía la de un hombre ahogado, salvo que era mucho más interesante.

Finalmente, la mujer, dió el golpe de gracia diciendo que Lionel tenía grabadas en el hombro izquierdo una F y una M entrelazadas.

Todos sabíamos esto, y para nuestras inocentes inteligencias, aquello remachaba el clavo; pero uno de los comandantes solteros, dijo con mucha finura:

—Supongo que el enseñarnos vuestra partida de casamiento sería mejor para el objeto.

Aquello la irritó; hirguióse, miró al subalterno despreciativamente como se mira á un ser miserable, é insultó al comandante, al coronel, á todos. Después, lloró, metió la mano en su pecho, sacó un papel y dijo con imperio:

—Tomad y que mi marido, mi legal y legítimo marido lea esto en voz alta si se atreve.

Reinó un silencio profundo; los hombres nos miramos los unos á los otros, y el su-

balterno, adelantando aturdido, vacilante, cogió el papel.

Los demás, á la vez que mirábamos asombrados, estábamos pensando si al final resultaría algo en contra de alguno de nosotros.

El subalterno, tenía la garganta seca; pero apenas sus ojos recorrieron el papel, lanzó un rugido de satisfacción y dijo dirigiéndose á la mujer:

—¡Ah, pilló!

La mujer había huído por una puerta. El papel decía: «Este papel certifica, que yo el *Gusano*, he pagado cumplidamente todas mis deudas al señor subalterno y además que éste me debe, con arreglo á lo estipulado el 23 de Febrero, siendo testigos los socios del Círculo, la paga de capitán, correspondiente á un mes, en moneda corriente en el Imperio de la India.»

Inmediatamente una comisión fué á buscar á su casa al *Gusano*, y le encontró ocupado en desembarazarse de sus disfraces; con el sombrero, la peluca, la falda de lana y demás prendas sobre la cama.

Volvió el *Gusano* al Círculo, como estaba cuando le hallaron, y al verle los *Shikarris*,

gritaron y aplaudieron tanto, que los artilleros desde su Casino, mandaron á preguntar si se les permitiría tomar parte en la broma.

Creo que todos nosotros exceptuando al coronel y al subalterno, estábamos algo disgustados viendo que el escándalo había quedado reducido á nada: tal es la naturaleza humana.

No se podía decir nada respecto á la conducta del *Gusano*, la cual prueba, lo cerca que están á veces una tragedia de un sainete.

Cuando la mayor parte de sus compañeros sentados alrededor de él, como si fueran jueces, le preguntaban por qué no les había dicho que su fuerte era representar, contestaba tranquilamente:

— Nunca pensé que á ustedes pudiera interesarles. Acostumbraba á hacer comedias en casa con mis hermanas.

Mas esto de trabajar con señoritas, no podía relacionarse con lo hecho aquella noche. Personalmente, creo que fué de mal gusto y además peligroso: no se debe jugar con fuego.

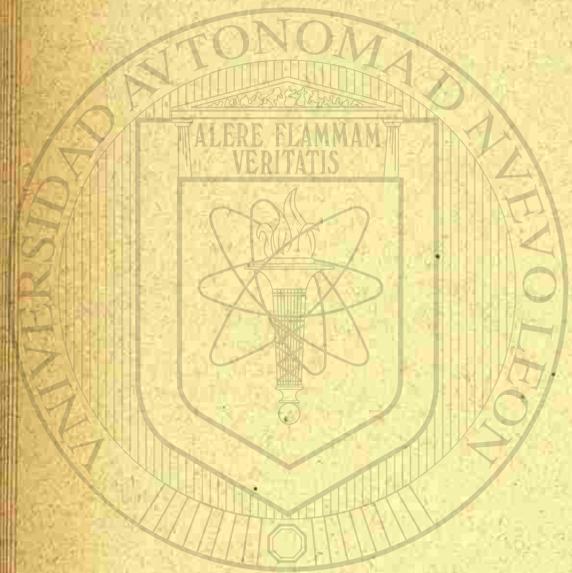
Los *Shikarris* le nombraron presidente del Centro dramático del regimiento, y cuando el subalterno pagó su deuda, lo que hizo en el

acto el *Gusano*, gastó el dinero en decoraciones y trajes: era un buen *Gusano* y sus compañeros estaban orgullosos de él.

Lo único malo fué que le pusieron por mote *La señora del subalterno* y como ahora hay dos señoras del subalterno en la guarnición, esto confunde un poco á los extranjeros.

Después les contaré á ustedes un caso algo semejante á éste, pero en el cual no hubo bromas sino verdaderas desgracias.





UN BANCO ENGAÑADO

Bebía sólo ajeno; hablaba rudamente,
era en comprar constante, pero en pagar infiel;
corriendo su caballo atropellaba gente
y siempre que ganaba se murmuraba de él.
Entre tontuna y vicios el bien ejecutaba;
paciente y generoso, sin tasa le sembró,
y cuando las más nobles acciones realizaba,
ansioso de ocultarlas hasta el mentir llegó!

(En el comedor del Círculo.)

Si Reggie Burke estuviera ahora en la India, le molestaría que este cuento se publicara; pero como se halla en Hong-Kong y no le leerá, se salva el cuento.

Reggie Burke, engañó del modo más tremendo al Banco de Sind y Sialkote, siendo director de una sucursal en la parte montañosa del país. Era hombre muy práctico; de gran experiencia en los empréstitos y en las operaciones de seguros, y que podía combinar

las frivolidades de la vida ordinaria con el trabajo, haciéndolo todo bien.

Montaba admirablemente, bailaba con la misma limpieza que montaba, y era indispensable para toda clase de diversiones en el pueblo.

Como él mismo decía y muchos observaban sorprendidos, había dos Burkes en él y los dos muy dispuestos á serviros. Desde las cuatro á las diez Reggie Burke propicio para todo género de fiestas, y desde las diez á las cuatro Mr. Reggie Burke director de la sucursal del Banco de Sind y Sialkote.

Podía usted jugar al polo con él por la tarde oyendo su opinión respecto á cualquiera de los otros jugadores, y á la mañana siguiente ir á verle para levantar un empréstito de 2.000 rupias ó comprar una póliza de seguros de 500 libras con prima de ochenta. Él le reconocería á usted, pero sería muy difícil que usted le reconociera.

Los jefes del Banco, cuya central estaba en Calcuta y cuyo director general tenía gran influencia con el Gobierno, escogían bien á sus hombres.

Habían probado á Reggie con ocasión de

una quiebra muy grave, y desde entonces confiaron en él como pocos directores confían en sus empleados.

Ya veremos si esta confianza fué inmerecida.

La sucursal de Reggie estaba en un pueblo grande y funcionaba con el ordinario cuadro de personal: un director, un contador,—ambos ingleses—un cajero, una banda de escribientes indígenas y un cuerpo de policía encargado de vigilar por las noches en los alrededores del edificio.

Como se hallaban en un distrito muy floreciente, lo principal del trabajo consistía en préstamos y contratos de todas clases, para los cuales, un hombre poco inteligente no sirve, y si, teniendo mucha inteligencia, no vive entre sus clientes y conoce poco los asuntos de éstos, es aún más inútil que un tonto.

Reggie era hombre de aspecto juvenil; correctamente afeitado, con ojos brillantes y con cabeza tan sólida que no lograba turbarla un galón de vino de madera.

Cierto día, en un gran banquete, anunció que le habían enviado de Inglaterra una ver-

dadera curiosidad de la especie de contadores; y tenía completa razón.

Mr. Silas Riley, el contador, era en efecto, un animal curiosísimo. Del condado de York; alto, seco, torpe y lleno de esa salvaje vanidad que únicamente florece en el mejor condado de Inglaterra. Arrogancia es una palabra muy suave para definir la mental actitud de Mr. Riley.

Se había elevado por propio esfuerzo, después de siete años de trabajo, hasta la posición de cajero de un banco de Huddersfield, y toda su experiencia se desarrolló entre las factorías del Norte.

Tal vez le hubiera ido mejor por la parte de Bombay, donde son felices con un medio por ciento de beneficios y donde la moneda es barata; pero era inútil para la India superior, y sobre todo, para una provincia productora de trigo, en la que el hombre necesita tener una gran cabeza y una imaginación viva si quiere llevar al corriente la hoja de balance.

Era asombrosamente limitado para los negocios, y como nuevo en el país, no tenía ni la más ligera idea de que los trabajos de ban-

ca en la India, son radicalmente distintos de los de Inglaterra.

Como la mayor parte de los hombres inteligentes que se han formado por sí mismos, era verdaderamente cándido y muchas veces había visto en la natural cortesía de las cartas en que se le anunciaba un nombramiento, la prueba de que los directores le escogían, teniendo en cuenta que sus singulares aptitudes hacían subir las ganancias.

Esta convicción creció y se cristalizó aumentándose el concepto que de sí mismo tenía, como producto natural de su tierra.

Finalmente, era un hombre enfermizo, con principios de una afección al pecho, y de temperamento débil.

Hay que convenir en que Reggie tenía razón cuando decía que su nuevo contador era un tipo curioso.

Aquellos dos hombres no podían entenderse.

Riley, consideraba al director como un atolondrado, ligero de cascos é idiota, que sólo Dios podía saber hasta dónde había llevado sus desórdenes en los inmundos lugares llamados casinos y le creía, además, completa-

mente nulo para el desempeño de la grave y solemne misión de banquero.

Jamás pudo el contador soportar aquel aspecto juvenil, aquel aire de aparente frivolidad de Reggie, ni pudo tampoco comprender á los amigos del director, militares alegres y buenos mozos que acudían á caballo á los almuerzos del domingo en el Banco, y contaban anécdotas picantes, hasta obligarle á salir de la habitación.

Riley estaba siempre diciendo á Reggie cómo debían tratarse los negocios, y el director de vez en cuando le advertía que siete años de experiencias limitadas por Huddersfield y Beverley, no capacitaban á un hombre para dirigir los negocios de un gran país. Al oír esto el contador se incomodaba y respondía que él era la piedra angular sobre la cual descansaba el Banco y el amigo predilecto de los directores: Reggie se tiraba de los pelos.

Si los ingleses que están á las órdenes de uno en este país no responden á lo que espera de ellos, llega el tal á verse en una situación difícilísima porque el apoyo de los naturales tiene estrictas limitaciones.

En el invierno Riley se pasaba semanas

enteras enfermo con su afección pulmonar, lo que aumentaba el trabajo del director, pero éste lo prefería todo á los rozamientos con el contador cuando el contador estaba bueno.

Uno de los inspectores del Banco, descubrió, al hacer su visita, estos colapsos de Riley y lo puso en conocimiento de los directores; pero el contador debía su destino á un diputado que necesitaba el apoyo de Riley padre, el cual á su vez ansiaba que el hijo viviera en un clima cálido por el estado delicado de sus pulmones, y como el diputado era además accionista del Banco no pasó nada por lo pronto. Mas como quiera que uno de los directores deseaba ascender á cierto empleado suyo, cuando el padre de Riley murió, hizo aquel director ver al Consejo que un contador que estaba malo la mitad del año, debía dejar el puesto á otro de mejor salud.

Si Riley hubiera conocido la verdadera causa de su nombramiento, se habría conducido mejor; pero como no sabía nada, sus luchas con la enfermedad alternaban con la incesante, persistente, inaguantable provocación de Reggie, y con las cien dificultades que la va-

nidad colocada en una posición subalterna puede encontrar.

Reggie, acostumbraba á prodigarle, cuando no podía oírle, los más mortificantes motes como para desquitarse de sus rabietas; pero delante de él jamás decía nada porque pensaba:

«Riley es un animal tan débil que la mitad de su fastidiosísimo amor propio lo produce la enfermedad del pecho».

En Abril el contador se puso muy malo. El médico le auscultó, le dió algunos *golpes* y le dijo que pasado algún tiempo estaría mejor. Después buscó al director y le preguntó:

—¿Sabe usted lo grave que está el contador?

—No; lo peor de lo más malo le confunda. Cuando está bueno no hay quien le aguante. Le dejo á usted llevarse todo el Banco si puede hacer que esté callado durante estos tiempos de calor.

El médico no se rió.

—No se trata de bromas—dijo.—Pasará tres meses en la cama, y después, semana más ó menos, morirá. Por mi honor y por mi reputación juro que esto es lo único que puede

esperar del mundo: la consunción se ha apoderado de él hasta los mismos tuétanos.

La cara de Reggie, cambió apareciendo la de Mr. Reggie Burke.

—¿Qué puedo hacer?—Preguntó.

—Nada.—Para todo remedio humano el hombre está ya muerto. Que viva tranquilo y contento, y que se le diga que pronto se restablecerá: es cuanto puede hacerse por él. Yo, claro está, le visitaré hasta el fin.

El médico salió y Reggie se sentó á leer el correo de la tarde.

La primera carta que abrió fué una de los directores participándole, que un mes después Riley sería separado de su destino, y que la carta al contador comunicándose lo llegaría en el otro correo.

A la vez le anunciaban la salida del nuevo empleado, que era un hombre á quien Reggie conocía y estimaba.

El director encendió un cigarro y antes que hubiera acabado de fumar, ya había bosquejado los perfiles de una superchería.

Guardó la carta de los directores y fué á hablar con Riley que estuvo tan desagradable como siempre, y mostrándose afligido por lo

que podía ocurrirle al Banco mientras él se viera enfermo.

Jamás pensaba en el aumento de trabajo que sus dolencias arrojaban sobre los hombres de Reggie, sino en lo que aquello podía contrariar sus proyectos de ascender.

Reggie le aseguró que todo marcharía bien y que diariamente conferenciarían respecto á los asuntos del Banco.

Esto tranquilizó un tanto al contador, pero en algunas palabras dió claramente á entender que contaba poco con la capacidad del director para los negocios. Reggie era humilde y calló aunque tenía en sus cajones cartas de los directores, con las cuales un Gilbarte ó un Hardie se hubieran sentido orgullosos.

Los días pasaban en aquel caserón sombrío: la carta de los directores sustituyendo á Riley llegó; Reggie la guardó y todas las noches llevaba los libros á la habitación del contador para darle cuenta de lo que se había hecho: el contador oía y refunfuñaba.

El director hizo cuanto pudo por comunicarle noticias agradables; pero Riley estaba seguro de que sin él el Banco iba derecho á la más espantosa ruina.

En Junio, como la permanencia en el lecho comenzara á preocuparle, preguntó si su ausencia había sido notada por los directores, y Reggie le contestó que sí, y que le habían escrito las cartas más cariñosas hablándole de él y abrigando la esperanza de que pronto podría volver á prestarles sus valiosísimos servicios. Le enseñó esas cartas y el contador gruñó que debían haberle escrito á él directamente.

Algunos días después, Reggie abrió la correspondencia de Riley á la media luz que reinaba en la estancia y le dió el pliego, no el sobre, de una carta que los directores le dirigían.

El contador le manifestó que le estimaría mucho, no anduviera con sus cartas privadas aunque creyese que estaba tan débil que ni podía abrirlas. Reggie pidió que le dispensara.

Entonces el estado de ánimo del contador cambió y empezó á darle consejos respecto á sus malos hábitos, sus caballos y sus *non sanctas* amistades.

—Desgraciadamente, tendido aquí no puedo, Mr. Burke, hacerle á usted andar derecho; pero cuando esté bueno, confío en que prestará alguna atención á mis palabras.

Reggie que había abandonado el polo, las comidas y el tennis por cuidarle, contestó que estaba arrepentido; arregló la cabeza del enfermo en la almohada y oyó sus frases ásperas, contradictorias, secas, entrecortadas, sin el menor signo de impaciencia. ¡Esto, al final de un día de abrumador trabajo, teniendo que desempeñar las funciones de dos y en la última mitad de Junio!

Cuando el nuevo contador llegó, Reggie le participó lo que ocurría y al pobre enfermo le dijo que había recibido un huésped.

Riley, repuso que podía haberle guardado más consideración, no dando hospedaje en aquellas circunstancias á uno de sus *singulares* amigos, y Burke, en vista de esto, hizo que Carron, el nuevo contador, durmiera en el círculo.

Como quiera que Carron le libró de una parte de la carga que pesaba sobre él, pudo Reggie consagrar más tiempo á las imperiosas exigencias de Riley, á darle explicaciones de todo, á tranquilizarle, á arreglar su lecho y á fingir cartas cariñosas de Calcuta.

Al final del primer mes, el enfermo quiso enviar algún dinero á su madre y el director

puso la letra; al terminar el segundo, tuvo igual exigencia y la letra también salió, sólo que el dinero le sacó Reggie de su bolsillo á la vez que seguía inventando cartas cariñosísimas de los directores.

Riley estaba en verdad muy malo, pero la luz de su existencia seguía brillando aunque débilmente, y de vez en cuando se volvía alegre, mostraba confianza en lo porvenir y trazaba planes para ir á Inglaterra y ver á su madre.

Reggie le oía pacientemente, cuando el trabajo le permitía acompañarle, y le animaba.

Otras veces, exigía que Burke le leyera la Biblia y los severos tratados Metodistas.

Aparte estos opúsculos religiosos, discutía varios puntos de moral dirigiéndose á su director, sin que nunca le faltara tiempo para molestarle hablándole de los trabajos del Banco y señalando las deficiencias de éste.

Aquella vida de encierro en la habitación de un enfermo y en tensión constante, consumía mucho á Reggie; excitaba sus nervios y le había hecho perder la mitad de su habilidad en el juego de billar; pero los negocios

del Banco y los de la alcoba de Riley marchaban bien aun cuando el termómetro marcaba 47 grados á la sombra.

En los últimos días del tercer mes, el enfermo decayó mucho y comenzó á comprender la gravedad de su estado; mas aquella presunción, que tanto había desesperado á Reggie, no le dejó ver toda la verdad.

—Si se quiere que vaya tirando, dijo el doctor—hay que proporcionarle algún estimulante que levante su espíritu y le haga amar la vida.

En vista de esto, Riley recibió, contra todas las leyes que regulan los asuntos económicos, un aumento de 25 por 100 en el sueldo, otorgado por... los directores.

Este estimulante mental dió excelentes resultados: el enfermo fué feliz; se volvió alegre, y como ocurre á menudo en enfermedades como la que le consumía, se creyó tanto mejor cuanto más iban debilitándose sus fuerzas.

Logró vivir un mes más, riñendo y enfadándose por los trabajos del Banco; hablando de lo porvenir, oyendo la lectura de la Biblia, dando consejos á Reggie respecto al pecado

y forjando planes para cuando le fuera posible salir.

En los últimos días de Septiembre, en una tarde de calor horrible, se levantó y con voz ahogada y hablando rápidamente dijo:

—Mr. Burke, me muero; lo conozco. Mi pecho es por dentro una caverna y en él no hay nada que aliente. Desde que tengo uso de razón...

Comenzaba á hablar como hablara en su infancia:

—¡No he hecho nada que agobie mi conciencia! Gracias á Dios me he visto libre de todas las formas graves del pecado y aconsejo á usted...

Su voz se apagó y Reggie se precipitó sobre él.

—Envíe usted mi sueldo de Septiembre á mi madre... habría hecho grandes cosas en el Banco si hubiera tenido tiempo... su marcha es mala... ¡yo no tengo la culpa!

Al pronunciar estas últimas palabras se volvió hacia la pared y murió.

Reggie le tapó el rostro con la sábana y se dirigió á la galería, llevando el último estimulante mental en el bolsillo: una carta de

simpatía y sentimiento *escrita* por los directores, que no tuvo tiempo de usar.

—Si llego siquiera diez minutos antes, murmuró—podría haberle dado alientos para vivir un día más.



POR PASAR LA RAYA

Ni el amor repara en castas ni descansa en lecho roto.
Corrí en busca del amor y labré mi perdición.

(*Proverbios indios.*)

EL hombre está obligado, ocurra lo que ocurra, á mantenerse dentro de su propia raza, de su propia progenie, de su propia casta (1): el blanco con el blanco; el negro con el negro. De ese modo, cualquiera desgracia que sobrevenga no es, en el curso ordinario de las cosas, ni sorprendente, ni extraña, ni inesperada.

Esta es la historia de un hombre que traspasó premeditadamente los límites trazados á la sociedad en que vivía y le costó caro.

(1) Se trata de las castas entre los indios.—(*Nota del traductor.*)

simpatía y sentimiento *escrita* por los directores, que no tuvo tiempo de usar.

—Si llego siquiera diez minutos antes, murmuró—podría haberle dado alientos para vivir un día más.



POR PASAR LA RAYA

Ni el amor repara en castas ni descansa en lecho roto.
Corrí en busca del amor y labré mi perdición.

(*Proverbios indios.*)

EL hombre está obligado, ocurra lo que ocurra, á mantenerse dentro de su propia raza, de su propia progenie, de su propia casta (1): el blanco con el blanco; el negro con el negro. De ese modo, cualquiera desgracia que sobrevenga no es, en el curso ordinario de las cosas, ni sorprendente, ni extraña, ni inesperada.

Esta es la historia de un hombre que traspasó premeditadamente los límites trazados á la sociedad en que vivía y le costó caro.

(1) Se trata de las castas entre los indios.—(*Nota del traductor.*)

Bien lo advirtió al principio y lo vió después: se interesó demasiado por la vida indígena, pero no volverá á hacerlo.

En una hondonada, en el centro de la ciudad y detrás de los *bustee* (1) de Jitha y Megji, se ve la zanja de Amir Nath, terminada por una pared sombría, en la que se abre una ventana con reja.

A la entrada de la zanja hay un gran establo, y en las paredes del lado opuesto no existe ventana ninguna, porque ni Suchet Singh ni Gaur Chand consentían que sus mujeres vieran el mundo.

Si Durga Charan hubiera compartido aquella opinión, sería hoy el hombre más feliz y la pequeña Bisesa habría podido vivir tranquila.

La ventana de la habitación de Bisesa daba á la estrecha y oscura zanja, á la que el sol no bajaba jamás, y en el negro cielo de la hondonada se revolcaban los búfalos.

Bisesa era una viuda de quince años, y día y noche estaba pidiendo á los dioses que le

(1) Jardines.—(N. del T.)

enviaran un galán, porque no podía acostumbrarse á vivir sola.

Un día el galán, llamado Trejago, llegó á la zanja de Amir Nath, vagando á la ventura, y después de haber pasado junto á los búfalos, tropezó en un gran montón de hierba.

Entonces vió que la zanja terminaba en un muro de roca verdosa y oyó una carcajada, muy argentina, que partía de la reja.

Trejago, sabiendo que para todas las cosas prácticas *Las mil y una noches* son un buen guía, se dirigió á la ventana y recitó en voz baja estos versos del canto de amor de Har Dyal:

¿Puede un hombre, cara á cara,
contemplar la luz del sol
ó mirar, sin deslumbrarse,
al objeto de su amor!
Si resbalo, si vacilo,
ángel de mi corazón,
no me acuses: tu belleza
refulgente me cegó!

Al terminar, oyó el débil ruido que producían los brazaletes de una mujer, detrás de

los hierros, y una voz dulce y suave comenzó á recitar la quinta estrofa:

¡No es posible que la luna
hable al loto de su amor
cuando el cielo está cerrado
y las nubes, en montón,
lanzan la lluvia á la tierra!
Ellas, en giro veloz,
se llevaron á mi amado:
por el Norte se perdió!
Las cadenas que oprimían
mi amoroso corazón
mis pies ligan; llama, llama
al arquero que me hirió...!

La voz calló de pronto y Trejago salió de la zanja de Amir Nath pensando quién podría ser la que había recitado el canto de amor con tanta delicadeza.

A la mañana siguiente, cuando se dirigía á la oficina, una vieja arrojó un paquete en el fondo del carruaje de caza.

En el paquete había la mitad de un brazalete de vidrio; una flor de color de sangre, llamada *dhak*; una pequeña cantidad de *bhusa*, que sirve para alimento de los animales, y once cardamonos.

Aquello era una carta, no de las ordinarias y comprometedoras, sino una inocente é ininteligible epístola de amor.

Ningún inglés sería capaz de traducir estas misivas simbólicas; pero Trejago, que, como ya he dicho, sabía mucho de estas cosas, extendió todas aquellas bagatelas sobre su mesa de la oficina y empezó á descrifrarlas.

Un trozo de vidrio, perteneciente á un brazalete roto, le tiene toda india viuda, en el Indostán, porque, cuando el marido muere, los brazaletes de su mujer se hacen pedazos en la misma muñeca de ésta.

Trejago comprendió lo que quería decir aquel pedacito de vidrio.

La flor del *dhak* significa «deseo», «ven», «escribe», ó «peligro», conforme exijan las cosas, á que se une para formar la frase.

Un cardamono expresa «celos»; pero cuando en estas cartas los objetos están duplicados, pierden su significación simbólica y son tan sólo números que indican «tiempo»; salvo el caso en que en la carta figuren incienso, requesones ó azafrán, porque entonces se traduce por lugar.

La epístola decía: «Una viuda — la flor del *dhak* y la *bhusa* — á las once.»

El puñado de *bhusa* iluminó á Trejago; vió (esta clase de misivas dejan mucho espacio al conocimiento intuitivo) que la *bhusa* se refería al gran montón de hierba donde había tropezado y caído en la zanja de Amir Nath, por lo tanto, la *carta* debía ser de la mujer que estaba detrás de la reja, una viuda, y decía así: «Una viuda, la de la zanja donde está el montón de hierba, desea que vengas á las once.»

Trejago arrojó aquellas cosas en la chimenea y soltó la carcajada.

Sabía que en el Oriente los hombres no hacen el amor bajo las ventanas á las once de la mañana, ni las mujeres fijan sus citas con una semana de anticipación, y por eso aquella misma noche, á las once, se dirigió á la zanja envuelto en un *boorka*, y el cual sirve lo mismo para los hombres que para las mujeres.

En aquel momento los *gongs* (1) de la ciu-

(1) Instrumento músico de forma circular hecho con una aleación de cobre y estaño, y sobre el que se golpea con un martillo ó un mazo. — (N. del T.)

dad dieron la hora, y una vocecita detrás de la reja entonó el canto de amor de Har Dyal, empezándole en aquellos versos donde la doncella de Panthan ruega á Har Dyal que vuelva.

El canto es muy hermoso en indio, y su traducción puede hacerse en esta forma:

Sola, sobre el terrado de mi casa
miro al Norte, y escucho; siempre espero
tus pisadas oír y el tiempo pasa:
vuelve pronto, mi bien, ó yo me muero!

Bajo mis pies tranquilo todo yace,
y allá en el triste y apartado otero
duerme el esclavo y el camello paze:
vuelve pronto, mi bien, ó yo me muero!

La compañera de mi padre, en tanto,
vieja indomable, de carácter fiero,
me hace vivir entre el dolor y el llanto:
vuelve pronto, mi bien, ó yo me muero!

Cuando el canto cesó, Trejago se dirigió á la ventana, y dijo en voz baja:

—Aquí estoy.

Bisesa era digna de que se la viera.

Aquella noche marcó el principio de muchas cosas extrañas y de una vida doble, tan singular, que Trejago duda algunas veces si fué realidad ó sueño.

Bisesa ó su criada (la vieja que arrojó la carta simbólica en el carruaje) habían arrancado algunos de los pesados barrotes de la reja, de suerte que, al abrir la ventana, quedó espacio bastante para que un hombre pudiera trepar por él.

Al día siguiente Trejago reanudó su sistema de ir á la oficina, vestirse con elegancia y visitar á las señoras de la colonia, pensando cuánto tiempo le tratarían desde el momento en que supieran algo de la pobrecilla Bisesa.

Todas las noches, cuando la ciudad estaba dormida, envuelto en el mal oliente *boorka*, hacía su ronda de un extremo á otro del *bustee* de Jitha y Megji, volvía después rápidamente hacia la zanja de Amir Nath, se deslizaba entre los búfalos dormidos y los sombríos muros y llegaba al lado de Bisesa, oyendo el respirar profundo de las viejas, que dormían á la parte afuera de la desnuda estancia que Durga Charan tenía señalada á la hija de su hermana.

Quién ó qué era Durga Charan, jamás lo averiguó Trejago, y por qué no le descubrieran y le acuchillaban tampoco se le ocurrió, hasta que, pasada la locura, Bisesa... Pero esto llegó más tarde.

La india constituía una delicia eterna para Trejago: era ignorante como un pájaro, y la forma en que interpretaba los leves rumores que de un mundo exterior desconocido llegaban hasta ella, le divertía casi tanto como el esfuerzo que hacía para pronunciar su nombre: Cristóbal.

Ni balbucir la primera sílaba podía y con sus manos, semejantes á hojas de rosa, hacía los gestos más cómicos, como si quisiera arrancarse el nombre de los labios, hasta que concluía por arrodillarse ante él y preguntarle, como cualquiera inglesa haría, si estaba seguro de que la amaba.

—Más que á todo en el mundo—respondía Trejago, y era verdad.

Después de un mes de locura, las exigencias de su otra vida obligaron á Cristóbal á mostrarse muy especialmente atento con una señorita del círculo de sus relaciones.

Es un hecho que cosas de esta naturaleza son contadas y comentadas, no sólo por los hombres de la propia raza, sino por centenares de indígenas.

Trejago tenía que pasear con aquella señorita; hablar con ella en el Bond y algunas ve-

ces acompañarla en coche, sin que jamás se le ocurriera que esto podría afectar á su queridísima Bisesa, alejada del mundo aquel.

Pero las noticias volaron de boca en boca en la forma usual y misteriosa, hasta que la criada de la india las oyó y se las refirió á su ama.

La pobre niña se turbó tanto, que hizo mal todos los trabajos domésticos, y la mujer de Durga Charan le pegó.

Una semana después, Bisesa acusó á Trejago por sus veleidades, planteándole la cuestión resueltamente.

Cristóbal se echó á reir; la india golpeó el suelo con un piecico, tan pequeño como los claveles de la India, y que podía esconderse en la palma de la mano de un hombre.

Mucho de cuanto se ha escrito respecto á la violencia de las pasiones orientales es exagerado, como recogido de referencias, pero hay también algo de verdad, y cuando un inglés tropieza con ese algo, es tan asombroso como cualquier sentimiento de su vida propia.

Bisesa rabió, se puso furiosa y acabó por amenazarle con que se mataría si no se aparta-

ba de aquella extranjera, de aquella *Memsahib* que había ido á interponerse entre los dos.

El trató de darle explicaciones y de probarle que no comprendía ciertas cosas como en el Occidente se comprenden: la india se levantó y dijo sencillamente:

—No las comprendo. Lo que únicamente sé es que he hecho mal en adorarte más que á mi vida, *Sahib*. Tú eres un inglés. Yo una negra y la viuda de un negro.

Esto decía, cuando era más hermosa que el oro en barras.

Después gimió, añadiendo:

—Mas por mi alma y por el alma de mi madre juro que te adoro, y que nada malo te sucederá, cualquiera que sea la suerte mía.

Trejago discutió con la pobre niña; tratando de tranquilizarla; pero estaba fuera de sí y nada le satisfacía más que poner término á toda relación entre ellos.

Llegó la hora en que tenían que separarse, y cuando Cristóbal se marchó, Bisesa le besó dos veces en la frente.

Trejago volvió á su casa pensativo.

Una, dos, tres semanas pasaron sin que lograra saber nada de ella.

No pudo más; creyó que la ruptura había durado demasiado, y por la quinta vez en aquel espacio de tiempo bajó á la zanja de Amir Nath, confiando en que sus golpes en el marco de la movable reja obtendrían alguna respuesta: no se engañó.

La luna nueva enviaba sus rayos al fondo de la zanja y hería con ellos los hierros de la ventana, que se abrió á los golpes dados por Cristóbal.

Del fondo de la obscuridad que en la habitación reinaba, surgieron á bañarse en la luz de la luna los brazos de Bisesa.

Ambas manos habían sido cortadas, y las horribles heridas apenas estaban cicatrizadas.

La india inclinó la cabeza conservando los brazos extendidos, y sollozó.

Al mismo tiempo, alguien, detrás de ella, rugió como una fiera, y algo agudo, cuchillo, espada ó lanza, hirió á Trejago á través de su *boorka*. El golpe no alcanzó al cuerpo, pero cortó uno de los músculos de la pierna, lo que le hizo cojear ligeramente todo el resto de su vida.

La ventana se cerró sin que ninguna señal partiera del interior de la casa; sólo se veían

los rayos de la luna rompiéndose en el alto muro, y detrás la negrura sombría de la profunda zanja.

Lo único que Trejago recuerda es que después de enfurecerse y gritar como un loco ante aquellas paredes insensibles, se encontró al romper el día á la margen del río; arrojó allí el *boorka* y regresó á su casa con la cabeza desnuda.

¿Qué había pasado? ¿Bisesa, en un raptó de infundada desesperación, lo había contado todo? ¿Se había descubierto la intriga y la habían torturado para que confesara? ¿Conocía Durga Charan á Trejago? ¿Qué fué de Bisesa?

Nada de esto ha logrado saber Cristóbal; pero algo muy horrible debió ocurrir, y este pensamiento atormenta sus noches, acompañándole hasta que amanece.

Una de las singularidades de este caso, es que ni ha podido saber dónde cae el frente de la casa de Durga Charan. Ignora si está en un patio común á otras dos ó tres casas, ó detrás de alguna de las puertas del *bustee* de Jitha y Migji.

La ventana fué tapiada, y á la pobre Bise-

sa no ha vuelto á verla más: la ha perdido en una ciudad donde las casas están tan guardadas y silenciosas como una tumba.

Pero Trejago cumple sus deberes sociales con perfecta regularidad y pasa por un perfecto caballero.

Nada singular hay en él, salvo una ligera rigidez de la pierna derecha, causada por un esfuerzo que hizo yendo á caballo.



LA FALSA AURORA

¿Qué ocurrirá esta noche? Dios lo sabe.
La tierra se estremece anonadada
y todos con atónita mirada
vemos su conmoción profunda y grave.
Muerta tu madre fué; justo es que llores
y compartas con ella sus dolores.

(En la prisión.)

NINGÚN hombre conocerá nunca la verdad exacta de esta historia, porque aun cuando las mujeres se la refieren algunas veces al oído las unas á las otras mientras, al terminar la noche de un baile, están desatan-do sus cabellos y comparando las listas de las víctimas, como el hombre no puede asistir á estas operaciones, el relato tiene que hacerse desde afuera; de oídas, y es, por lo tanto, obscuro é incierto.

Jamás elogiéis á una hermana ausente de-

sa no ha vuelto á verla más: la ha perdido en una ciudad donde las casas están tan guardadas y silenciosas como una tumba.

Pero Trejago cumple sus deberes sociales con perfecta regularidad y pasa por un perfecto caballero.

Nada singular hay en él, salvo una ligera rigidez de la pierna derecha, causada por un esfuerzo que hizo yendo á caballo.



LA FALSA AURORA

¿Qué ocurrirá esta noche? Dios lo sabe.
La tierra se estremece anonadada
y todos con atónita mirada
vemos su conmoción profunda y grave.
Muerta tu madre fué; justo es que llores
y compartas con ella sus dolores.

(En la prisión.)

NINGÚN hombre conocerá nunca la verdad exacta de esta historia, porque aun cuando las mujeres se la refieren algunas veces al oído las unas á las otras mientras, al terminar la noche de un baile, están desatan-do sus cabellos y comparando las listas de las víctimas, como el hombre no puede asistir á estas operaciones, el relato tiene que hacerse desde afuera; de oídas, y es, por lo tanto, obscuro é incierto.

Jamás elogiéis á una hermana ausente de-

lante de otra hermana con la esperanza de que vuestros elogios lleguen á los oídos de la ensalzada y os preparen el camino para lo futuro.

Las hermanas son mujeres primero, hermanas después; y si no seguís mi consejo, trabajaréis en vuestro propio daño.

Saumarez sabía esto cuando se resolvió á pedir la mano de la mayor de las hermanas Copleigh.

Era un hombre raro y con pocos méritos, en opinión de los hombres, aunque popular entre las mujeres; pero había sabido adquirir un concepto, que le permitía dar fuerza al Consejo del Virrey y reservar alguna para beneficio del estado mayor del general en jefe.

Era hombre civil.

Muchas mujeres se interesaban por él, acaso porque los modales que empleaba las ofendían.

Si le da usted un puñetazo en las narices á un caballo la vez primera que tropieza con él, probablemente no le querrá á usted nunca, pero desde aquel día se fijará siempre en los movimientos que usted haga.

La mayor, Miss Copleigh, era buena, regordeta, simpática y bella: la menor, en opi-

nión de los hombres, no era tan bonita, y aunque no compartamos este juicio, hay que declarar que su carácter tenía mucho de repulsivo y desagradable.

Las dos jóvenes parecían en su exterior idénticas; tenían una inmensa semejanza así en la figura como en la voz, pero nadie podía dudar ni por un instante respecto á cuál de las dos era más linda.

Saumarez formó su resolución de casarse con la mayor, tan pronto como llegó al pueblo, procedente de Behar. A lo menos, todos asegurábamos que quería hacerlo, lo que viene á ser lo mismo.

Ella tenía veintidós años y él treinta y tres, á más de un sueldo y unas obvenciones que se aproximaban á la cantidad de cuatrocientas rupias mensuales, de suerte que la boda que arreglábamos era, por muchos conceptos, excelente.

Como ya he dicho, el galán se llamaba Saumarez, y, según algunos afirmaban, con esto estaba dicho todo lo que podía decirse de él.

Disñado ya su plan, le consultó consigo mismo, y resolvió aprovechar una coyuntura,

En nuestra jerga desagradable se decía que las jóvenes Copleigh cazaban en parejas; es decir, que no se podía hacer nada con una sino en presencia de la otra.

Eran dos hermanas que se querían mucho; pero este mutuo cariño tenía, á veces, sus inconvenientes.

Saumarez, colocado entre ambas, mantenía en el fiel la balanza, y nadie más que él mismo podía decir de qué lado se inclinaba su corazón, aunque cada una de ellas se lo imaginase.

Paseó á caballo con las dos y bailó con las dos, pero nunca logró separar á la una de la otra, ni siquiera por un momento.

Las mujeres sostenían que estaban siempre juntas por mutua desconfianza, temiendo cada cual que la otra se le adelantara: los hombres no decían nada.

Saumarez callaba, con gusto ó sin él, y estaba lo más cuidadosamente atento que podía, teniendo como tenía dos que le observaran.

Sin duda alguna, las dos se habían enamorado de él.

Como el tiempo caluroso se iba aproximando y el hombre no se explicaba, las señoras

dijeron que podía advertirse en los ojos de las hermanas la impaciencia que sentían, y que estaban á punto de estallar, ansiosas é irritadas.

Los hombres no ven estas cosas como no tengan más de mujer que de hombre, y, en tal caso, importa poco lo que digan ó piensen.

En cuanto á mí, sostengo que los calurosos días de Abril habían robado el color á las mejillas de las señoritas Copleigh y debían enviarlas inmediatamente á las montañas, pues nadie, hombre ó mujer, es angelical cuando los grandes calores se aproximan. La más joven se volvió arisca, por no decir agria, y los encantos de la mayor disminuyeron, cosa algo más difícil.

El lugar donde estas escenas ocurrían, aunque no era pequeño, estaba separado de la línea férrea y llamaba poco la atención.

No había jardines, ni músicas, ni diversiones dignas de este nombre, y se necesitaba hacer un viaje de veinticuatro horas para ir á Lahore á bailar, por lo que las gentes se entusiasman mucho con estas cosas pequeñas, que les interesaban grandemente.

En los comienzos de Mayo, poco antes del

exodo final de las excursiones á las montañas, cuando el tiempo era muy caluroso y apenas si quedaban veinte personas en el lugar, Saumarez ideó una expedición á una antigua tumba situada á seis millas de distancia junto al lecho del río; expedición que debía hacerse á la luz de la luna.

Fué una partida á escote de las llamadas *Arcas de Noé*, en las cuales cada pareja debe marchar con intervalos de media milla, á causa del polvo. Las parejas fueron seis, incluyendo los rodrigones.

Estas excursiones son convenientes al final de la estación y antes, por tanto, de que las jóvenes se marchen á las montañas, porque se prestan á varias inteligencias, y deben ser estimuladas por los rodrigones, sobre todo por aquellos cuyas señoritas casaderas están encantadoras con traje de amazona.

Esto lo ví una vez, pero no se relaciona con el presente cuento.

Aquella expedición se la llamaba la del gran sopetón, porque todo el mundo sabía que Saumarez se iba á declarar á la mayor de las Copleigh, y además de este asunto había otro que podía muy bien arreglarse felizmente.

La atmósfera social estaba muy cargada: era preciso despejarla.

A las diez nos reunimos en el lugar de la cita. La noche se presentaba horriblemente calurosa y los caballos sudaban, aun yendo al paso; pero todo era preferible á permanecer en nuestras sombrías casas.

Cuando partimos bajo los rayos de la luna llena, éramos cuatro parejas y un terceto, puesto que Saumarez marchaba con las dos hermanas Copleigh.

Yo caminaba perezosamente á la cola de la expedición, pensando con cuál de las dos volvería el hombre á su casa.

Todos éramos felices y estábamos contentos; pero presentíamos que algo iba á ocurrir.

Caminábamos lentamente y era ya cerca de media noche cuando aún no habíamos llegado á la antigua tumba, cubierta por una cisterna derruida y situada en los destrozados jardines donde íbamos á comer y beber.

Llegué el último, y antes de entrar en el jardín, ví que en el horizonte, hacia el Norte, corría, en forma de pluma, una nube oscura y sombría; pero como nadie me hubiera agradecido que estropeará fiesta tan bien prepara-

da y entretenida, y como una tempestad de polvo más ó menos no causa mucho daño, me callé.

Nos reunimos en la cisterna; alguien trajo un *banjo*, que es el instrumento más dulce, y tres ó cuatro cantaron.

No se rían ustedes: ¡nuestras diversiones en las localidades apartadas son, en verdad, muy pocas!

Después nos pusimos á charlar en grupos ó juntos, tendidos bajo los árboles, cubiertos los pies por los pétalos de las rosas que el sol había abrasado y esperando que la cena estuviera dispuesta. Fué una cena espléndida; tan fría, tan helada como podíamos desear, y estuvimos largo tiempo saboreándola.

Noté que el aire se volvía más y más caliente; pero nadie pareció fijarse en esto hasta que la luna se ocultó y un viento, tan abrasador que quemaba, comenzó á azotar los naranjos, produciendo un ruido semejante al del mar.

Antes de que supiéramos dónde estábamos, la tormenta de polvo cayó sobre nosotros, viéndonos envueltos por ruidos, torbellinos y tinieblas.

La mesa fué lanzada á la cisterna; y como temíamos permanecer junto á la derruida tumba por miedo á que el huracán la derribara, tomamos á tientas el camino de los naranjos, donde los caballos estaban trabados, para esperar que la tempestad pasara.

En aquel momento, la escasa luz que había se desvaneció hasta el punto de que no podíamos ver nuestras manos ni aun poniéndolas cerca de los ojos.

El aire estaba cargado de polvo, y la arena del lecho del río, llenaba nuestras botas y nuestros bolsillos, se nos entraba por el cuello; cubría nuestros ojos y nuestros bigotes. ¡Fué una de las más tremendas tempestades de polvo de aquel año!

Todos estábamos acurrucados en montón junto á los caballos, que temblaban. El trueno retumbaba sin cesar sobre nuestras cabezas, y el relámpago brotaba en todas direcciones del seno de las nubes como el agua de una esclusa.

No había, en rigor, peligro, si los caballos no se soltaban.

Yo estaba con la cara vuelta al viento, tapándome la boca con las manos, oyendo el

golpear de los árboles unos con otros y sin poder distinguir nada, cuando no me alumbraba el rayo.

A su luz ví que me hallaba materialmente adherido á Saumarez y á la mayor de las hermanas Copleigh, teniendo mi caballo frente á mí.

Reconoci á Mrs. Copleigh porque llevaba alrededor de su sombrero un *pagri* (1) y su hermana no.

La electricidad de la atmósfera había penetrado en mi cuerpo y temblaba y me estremecía de pies á cabeza, como el trigo se inclina y estremece antes de la lluvia.

La tormenta era horrible. Podía creerse que el viento iba á levantar el globo en peso para arrojarle después hecho pedazos, y el calor aumentó tanto, que hería la tierra con un fuego semejante al del día del Juicio final.

Al cabo de media hora, la tempestad se calmó y entonces oí sonar junto á mi oído una voz débil que con acento desconsolado,

(1) Adorno de tela blanca que se pone alrededor del sombrero, parecido al *yelmo* que usan los hombres, y le da apariencias de turbante.—(N. del T.)

pero dulce y suave como el quejido de un alma que, perdida, gira con el viento, suspiraba:

— ¡Oh, Dios mío!

En aquel momento, la más joven de las hermanas Copleigh tropezó conmigo y cayó en mis brazos, diciendo:

— ¿Dónde está mi caballo? Démele usted. Necesito marcharme. Lléveme usted á casa.

Creí que los relámpagos y la negra obscuridad la habían aterrado, y procurando tranquilizarla, le dije que no había peligro, pero que era preciso esperar á que la tormenta pasara.

— No es eso, no es eso— me respondió.— Quiero irme: ¡sáqueme usted de aquí!

Le repliqué que no podíamos marchar hasta que la luz reapareciera: pero noté que se separaba de mí y se alejaba: estaba demasiado obscuro para poder saber hacia dónde.

En aquel momento, un espantoso relámpago rasgó el cielo, estalló el trueno, como si hubiese llegado el fin del mundo, y las mujeres gritaron horrorizadas.

En este mismo instante, sentí que la mano de un hombre se posaba sobre mi hombro, y oí á Saumarez que gritaba á mi oído:

Aunque el ruido de los árboles, en su incesante lucha, y los aullidos del viento no me dejaban percibir bien sus frases, al fin entendí que me decía:

—Me he equivocado al declararme. ¿Qué debo hacer?

Saumarez no me había hecho jamás ninguna confianza. Nunca fui su amigo, ni aun ahora lo soy, y sospecho que él tampoco lo era ni lo es.

Cuando se puso en pie temblaba lleno de excitación; y yo que experimentaba sensaciones muy raras, efecto de la electricidad, no acerté á decirle más que esto:

—Se necesita estar loco para pedir la mano de una mujer en medio de una tormenta como ésta. Pero no veía la forma de enmendar el error.

—¿Dónde está Edith—me preguntó, dando un grito.

Edith era la menor de las hermanas.

Lleno de asombro exclamé:

—¿Qué le importa á usted esa?

Por espacio de algunos minutos estuvimos gritando los dos como unos locos: él jurando que á quien había querido declararse era á la

menor, y yo respondiendo, hasta enronquecer, que debía haberse equivocado.

No puedo explicarme esta escena más que pensando que ninguno de los dos sabíamos lo que hacíamos.

Todo aquello me parecía un sueño; desde el manoteo de los caballos en la obscuridad hasta el hecho de contarme Saumarez la historia de sus amores con Edith Copleigh.

Aún seguía desgarrando mi hombro con la mano y pidiéndome le dijera dónde estaba Edith, cuando la tempestad volvió á calmarse; la obscuridad se iluminó algo y ví la nube de polvo formarse en la llanura, frente á nosotros: lo peor había pasado.

La luna se había escondido y comenzó á brillar con luz muy tenue la falsa aurora que aparece una hora antes que la real; pero aquella luz era muy débil y la sombría nube seguía mugiendo como un toro.

Traté de averiguar hacia dónde se había dirigido Edith, y cuando estaba pensando en esto ví tres cosas á la vez: ví la cara de Magdalena Copleigh, la hermana mayor, que surgía sonriendo del seno de la obscuridad y se

encaminaba en busca de Saumarez, puesto de pie junto á mi.

La joven suspiraba un «Jorge», á la vez que su brazo se deslizaba á través del brazo libre de Saumarez, y en su rostro se reflejaba esa alegría que se siente rara vez en la vida; demostración plena de que la mujer es totalmente feliz; de que para ella el aire está lleno de armonías y la tierra aparece envuelta en espléndidas nubes de color de fuego, porque ama y es amada.

Ví... la cara de Saumarez cuando oyó la voz de Magdalena; y ví, por último, á unos quinientos pasos del grupo de naranjos, una figura envuelta en amplio y oscuro traje de Holanda, lanzarse sobre un caballo.

A causa, sin duda, de la sobreexcitación en que la tempestad me tenía, sentí una inclinación deplorable á mezclarme en lo que no me importaba, y cuando Saumarez se disponía á escapar en seguimiento de la que había montado á caballo, echándole hacia atrás, le dije:

—Espere usted aquí y dé explicaciones. A la otra yo le haré volver.

Y corrí en busca de mi caballo.

He profesado siempre la opinión, perfecta-

mente inútil, de que todas las cosas deben hacerse con decencia y orden, por lo que creí que el primer deber de Saumarez era borrar suavemente del rostro de Magdalena el sello de ventura que le cubría.

Todo el tiempo que invertí en ajustar la cadena barbada de mi caballo, estuve pensando en qué forma saldría el hombre del paso.

Monté, y entendiendo que debíamos retrasar un poco la vuelta, me limité á poner el caballo á un paso algo vivo al encaminarme en busca de Miss Edith; pero ésta, apenas me vió, partió á galope, lo que me obligó á imitarla, y, mientras corría, volvía la cara y gritaba:

—Déjeme usted. Voy á mi casa. Vuélvase usted.

Mi deber era alcanzarla primero y discutir después.

La carrera fué digna de aquel que seguía pareciéndome un mal sueño.

El terreno era muy malo, la tempestad volaba rápida delante de nosotros, y á cada paso penetrábamos violentamente en medio de los torbellinos que surgían de sus bordes, y sembrando demonios de polvo nos ahogaban.

Un viento abrasador, saturado del olor insoportable de los hornos de ladrillos, soplaba con fuerza, y entre la débil luz de la falsa aurora y los demonios de polvo, á través de aquella llanura desolada, aleteaba el traje de Holanda obscura sobre el caballo castaño.

Primero tomó Miss Edith el camino del pueblo; después giró dirigiéndose hacia el río á través de los juncales quemados y abatidos por la tempestad, malos hasta para una carrera montados en puercos.

A sangre fría jamás se me hubiera ocurrido atravesar aquellos sitios de noche; pero cuando el rayo estalla sobre nuestras cabezas y un vapor, semejante al que exhalan los sepulcros, se mete en las narices, esto llega á parecer natural y hasta lógico.

Yo corría y corría gritando; ella, inclinándose hacia adelante, daba tremendos latigazos á su caballo, y en esto, un nuevo remolino de la tempestad nos alcanzó, empujándonos el viento hacia adelante como si hubiéramos sido pedazos de papel.

No sé cuánto tiempo duró la carrera; el golpear de los cascos de los caballos, el rugir del huracán y el paso rápido de aquella luna

de color de sangre y de apagada luz á través de una niebla amarilla, me hacían pensar que duraba años y años.

Estaba literalmente bañado en sudor de pies á cabeza, cuando el castaño tropezó, y, aunque logró dominarse, se alzó completamente cojo. Mi caballo estaba inutilizado.

Miss Edith, cubierta de polvo y sin sombrero, daba lástima.

—¿Por qué no me deja usted sola? — gritó rudamente. — ¡Yo no deseo más que irme á mi casa!

—Es necesario que vuelva usted, Miss Copleigh; Saumarez tiene que decirle algo.

Era este un modo un tanto imbécil de plantear la cuestión, pero apenas conocía á Miss Copleigh y aun cuando estaba desempeñando el papel de Providencia, á costa de mi caballo, no podía explicarle en pocas palabras lo que Saumarez me había dicho, y él seguramente explicarla mucho mejor que yo.

Los pretendidos deseos de volverse á su casa, el cansancio... todo, desapareció en un momento: no hacía más que moverse en la silla y sollozar, mientras el viento sacudía su negra cabellera.

No refiero lo que me dijo, porque estaba completamente *deshecha*.

He aquí lo que en realidad era la arisca Miss Edith.

¡Un hombre completamente extraño para ella, tratando de explicarle que Saumarez la amaba y que debía volver para oírlo de sus propios labios!

Creo que me hice comprender, porque aproximó su caballo al mío, y aunque cojeaba, le hizo avivar el paso encaminándonos hacia la derruida tumba, mientras la tormenta seguía retumbando en el valle de Unballa y algunas gotas enormes de agua caliente comenzaban á caer.

Supe en el camino que Miss Edith estaba al lado de Saumarez cuando éste se declaró á su hermana, y al oírlo, quiso volverse á su casa para rabiarse libremente, como cumple á una señorita inglesa.

Varias veces durante la marcha se enjugó los ojos con el pañuelo, y su charla me demostró plenamente á dónde llegan la inconstancia del corazón y los efectos del histerismo.

Todo esto era sencillamente absurdo, pero

parecía muy natural, dados el lugar y el tiempo.

El mundo estaba este día reducido á las dos hermanas Copleigh, á Saumarez y á mí, formando corro, ya iluminados por el rayo, ya envueltos en la obscuridad, y el hilo que había de guiar á este mundo extraviado parecía que se hallaba en mis manos.

Cuando regresamos á la tumba, en medio de esa tranquilidad parecida á la muerte que sigue á las tempestades, comenzaba á brillar la aurora y encontramos á todos nuestros compañeros esperándonos.

Saumarez parecía el más impaciente: su cara estaba de cien mil colores, y cuando Miss Copleigh y yo llegamos con los caballos cojeando, salió á nuestro encuentro, ayudó á Edith á desmontar y la besó delante de todos.

Fué una escena verdaderamente teatral, aumentando la semejanza el polvo blanco con que todos estábamos cubiertos.

Hombres y mujeres parecían espectros que, agrupados bajo los naranjos, se disponían á aplaudir la elección de Saumarez, como si se tratara de la representación de un

sainete. Jamás he visto nada más anti-inglés.

Por fin, Saumarez dijo que debíamos regresar, porque si no vendrían del pueblo á buscarnos, y me preguntó si tendría la bondad de ser el compañero de Magdalena. ¡Contesté que nada podía serme más grato!

Formamos, pues, seis parejas y regresamos de dos en dos.

Saumarez acompañaba á Miss Edith, á la que había cedido su caballo.

El cielo estaba despejado y cuando el sol salió, noté que todos, poco á poco, íbamos entrando en la categoría de seres vulgares.

También aprendí que la tal *Arca de Noé* era una cosa completamente distinta de todas las demás de este mundo, y pedí á Dios que no se repitiera jamás. ¡La habíamos hecho acariciados por una tempestad de polvo y por los bramidos de un viento abrasador!

Me sentía cansado, magullado y un tanto avergonzado de mí mismo, y me fui primero al baño y luego á la cama.

He aquí la historia, según la versión de una mujer.

Escrita no se verá jamás, como Magdalena Copleigh no se encargue de ello.



EN EL ESPLENDOR DE SU JUVENTUD

¡Detenido en mitad de la carrera
cuando ya estaba el triunfo conseguido!
¡Ved cómo la ha cortado y ha perdido
el premio que anhelante persiguiera!

Mas hay que preguntar, antes de hacerle
objeto de castigo ó de censura,
quién en un trance tal pudo ponerle;
quién preparó, alevoso, la montura.

¡Quizá el destino lo arregló de modo
que al impulso violento de salida
vió su fuerza agotada, destruida
y roto el corazón, renunció á todo!

(*La carrera de la vida.*)

CUANDO referí la broma que el *Gusano* dió al subalterno, prometí un cuento algo parecido á aquél, pero en el cual, toda burla quedaría descartada: el cuento es este.

Ricardito Hatt, fué seducido en su más tierna juventud, no por la hija de una patrona, ni por una doncella, ni por una camarera

sainete. Jamás he visto nada más anti-inglés.

Por fin, Saumarez dijo que debíamos regresar, porque si no vendrían del pueblo á buscarnos, y me preguntó si tendría la bondad de ser el compañero de Magdalena. ¡Contesté que nada podía serme más grato!

Formamos, pues, seis parejas y regresamos de dos en dos.

Saumarez acompañaba á Miss Edith, á la que había cedido su caballo.

El cielo estaba despejado y cuando el sol salió, noté que todos, poco á poco, íbamos entrando en la categoría de seres vulgares.

También aprendí que la tal *Arca de Noé* era una cosa completamente distinta de todas las demás de este mundo, y pedí á Dios que no se repitiera jamás. ¡La habíamos hecho acariciados por una tempestad de polvo y por los bramidos de un viento abrasador!

Me sentía cansado, magullado y un tanto avergonzado de mí mismo, y me fui primero al baño y luego á la cama.

He aquí la historia, según la versión de una mujer.

Escrita no se verá jamás, como Magdalena Copleigh no se encargue de ello.



EN EL ESPLENDOR DE SU JUVENTUD

¡Detenido en mitad de la carrera
cuando ya estaba el triunfo conseguido!
¡Ved cómo la ha cortado y ha perdido
el premio que anhelante persiguiera!

Mas hay que preguntar, antes de hacerle
objeto de castigo ó de censura,
quién en un trance tal pudo ponerle;
quién preparó, alevoso, la montura.

¡Quizá el destino lo arregló de modo
que al impulso violento de salida
vió su fuerza agotada, destruida
y roto el corazón, renunció á todo!

(*La carrera de la vida.*)

CUANDO referí la broma que el *Gusano* dió al subalterno, prometí un cuento algo parecido á aquél, pero en el cual, toda burla quedaría descartada: el cuento es este.

Ricardito Hatt, fué seducido en su más tierna juventud, no por la hija de una patrona, ni por una doncella, ni por una camarera

de café, ni por una cocinera, sino por una joven tan de su misma clase, que sólo una mujer podría haber dicho que la muchacha era algo inferior á él.

Esto le sucedió un mes antes de salir para la India, y cinco días después de haber cumplido los veintiún años.

La joven tenía diecinueve primaveras, por lo que puede afirmarse que era seis años más vieja que él en las cosas de este mundo, y en aquella ocasión dos veces más loca.

Si se exceptúa el hecho de caerse de un caballo, no hay nada más fatalmente fácil que casarse civilmente.

La operación cuesta menos de cincuenta chelines y es tan notable como una visita á la casa de empeños.

Una vez hecha la declaración de residencia, bastan cuatro minutos para poner fin á la ceremonia, incluyendo, identificaciones, derechos... todo.

Después el oficial del registro, pasa el rodete de papel secante sobre los nombres y, poniéndose la pluma entre los dientes, dice con aspereza:

—¡Ea! Ya sois marido y mujer.

Y la pareja sale á la calle pensando que algo horriblemente ilegal acaba de hacerse en alguna parte. Pero aquella ceremonia vale y puede conducirle á uno á la ruina, lo mismo que el maldito *mientras vivís* dicho al pie del altar, con las amigas de la novia cuchicheando por detrás de ella, y los ecos del himno nupcial.

La santa voz que truena en las alturas,
haciendo saltar el techo.

Por modo tan sencillo, fué Ricardito secuestrado y halló la cosa muy bella porque había recibido una credencial para la India con magnífico sueldo, según opinaban en Inglaterra.

El matrimonio debía tenerse secreto durante un año. Pasado éste, la señora Hatt marcharía á reunirse con su marido y todo el resto de la vida sería para ellos esplendoroso como una nube de oro.

Tal era el porvenir que ambos trazaban bajo las lámparas de la estación de Addison Road; y al finalizar un mes que les pareció muy corto, partieron para Gravesend, donde Ricardito se embarcó en demanda de una nueva vida, mientras ella se quedaba lloran-

do, en un cuarto de treinta chelines por semana, situado en una callejuela cerca de la plaza de Montpellier é inmediata á los cuarteles de Knightsbridge.

El país á donde Hatt se dirigía era uno en el que los hombres de veintiún años, son considerados como mozalvetes y la vida es cara. Su sueldo, que parecía tan grande desde seis mil millas de distancia, no servía para mucho, sobre todo, cuando lo dividía en dos, mandando más de la mitad al cambio de $1-6 \frac{7}{8}$ á la plaza de Montpellier.

Ciento treinta y cinco rupias desquitadas de trescientas treinta no dan facilidades para vivir, pero como era absurdo suponer que Mrs. Hatt pudiera pasarse siempre con veinte libras esterlinas que Ricardito le había dejado de lo que le dieron para gastos de viaje, y él lo comprendió así, le remitió desde luego las ciento noventa y cinco, pensando siempre en que había que pagar setecientas rupias por un pasaje de primera clase para la señora.

Si se añade á estos detalles nimios, el natural instinto de un muchacho que empieza una nueva vida en un nuevo país, que está ansioso de divertirse y se vé obligado á afe-

rrarse á un trabajo que desconoce y que en verdad, necesita toda su atención, se comprenderá que Hatt comenzara su carrera *distanciado*.

¡No dejó el pobre chico de comprenderlo, pero no adivinó todo lo hermoso de su porvenir!

Cuando los calores llegaron, el cansancio le agobió y le adelgazó.

Al principio recibía cartas de su mujer, largas, cruzadas, de ocho carillas; diciéndole que se le hacía muy largo el tiempo lejos de él, y que cuando se reuniesen la tierra sería para ellos un paraíso.

Alguno de los compañeros de pupilaje le aburría incesantemente llamando á la puerta de su destartada habitación, para pedirle que le acompañara á ver un caballo, única cosa que le hacía falta; pero Ricardito no podía permitirse tales lujos y tuvo que confesarlo, como tuvo también que declarar que le era imposible seguir en la casa en donde estaba, á pesar de ser muy modesta, mudándose á una habitación amueblada próxima á la oficina donde trabajaba todo el día.

Su nuevo mobiliario consistía en una mesa

cubierta con tapete de hule verde, una silla, un canapé, un cromo, un espejo pequeño, fuerte y ordinario y un filtro que valía siete rupias y ocho annas.

La comida le importaba al mes treinta y siete rupias, gasto verdaderamente insoportable.

Punkah (1) no tenía porque costaba quince rupias al mes; y por eso dormía en la azotea de la oficina, con todas las cartas de su mujer debajo de la almohada.

De vez en cuando le convidaban á comer, con lo que disfrutaba del *punkah* y saboreaba bebidas heladas; pero esto sucedía muy de tarde en tarde, porque la gente no quería trato con un mozo de instintos semejantes á los de un rapavelas escocés y que vivía tan miserablemente.

Tampoco le era posible suscribirse para ninguna diversión, así que no contaba con más distracciones que las que le proporcionaba su libro de banca, en el cual, leía cuanto se ha dicho respecto á empréstitos sobre seguro y no le costaba nada.

(1) Especie de abanico ó ventilador grande hecho de lona, sujeto al techo, y que se mueve por medio de una cuerda.—(N. del T.)

Debo añadir, entre paréntesis, que las remesas de dinero las hacía por medio del Banco de Bombay, con lo cual, en el pueblo se ignoraba todo lo referente á su vida privada.

Todos los meses enviaba á su casa lo que podía ahorrar, por otra razón que esperaba explicarse muy pronto, y que reclamaba mayor suma de dinero.

En aquel tiempo Hatt, comenzó á sentirse nervioso, experimentando frecuentemente esa conmoción miedosa que asalta á los hombres casados, cuando están fuera de ciertas condiciones.

No tenía derecho á pensión. ¡Qué sería de su mujer si él muriera de pronto! Este pensamiento le atormentaba durante las noches silenciosas y abrasadoras pasadas en la azotea, y á veces los latidos de su corazón, le hacían pensar que acaso la muerte fuera producida por una enfermedad cardíaca.

Tales preocupaciones, eran impropias de un mozo, pues solamente á un hombre ya maduro le perturban; ¡pero al pobre chico, siempre asfixiado por el calor, gracias á la falta de *punkah*, casi le enloquecían!

¡Y no poder contarle á nadie sus penas!

Cierta fuerza de elasticidad es tan necesaria al hombre como á una bola de billar: con ella hacen ambas cosas asombrosas.

Ricardito necesitaba fatalmente dinero y trabajaba como una bestia; pero, ¡es claro! los jefes sabían que un muchacho puede vivir muy desahogadamente con cierto sueldo (la paga en la India es cuestión de edad no de mérito), y si aquel mozo singular quería trabajar como dos, los *negocios* ni permitían que se lo impidieran ni que le aumentaran los emolumentos en una edad verdaderamente ridícula por lo temprana.

Por eso Hatt logró sólo unos aumentos de salario, bastantes para un mozalbete, pero no para una esposa y un hijo, y mucho menos para ahorrar las setecientas rupias del pasaje que él y Mrs. Hatt habían discutido tan ligeramente en otro tiempo. ¡Sin embargo de todo esto, debía estar contento!

El dinero parecía que se iba desvaneciendo entre las letras mandadas á su casa y lo aplastante del cambio, y las cartas que recibía cambiaron volviéndose ásperas. «¿Por qué no se llevaba á la mujer y al hijo?» Seguramente tenía un sueldo hermoso y procedía

muy mal gastándosele alegremente en la India. «¿Querría, podría hacer la próxima letra un poco más elástica?»

A esto seguía una lista de lo que necesitaba el pequeñuelo, tan larga como una cuenta de persa (1).

En vista de esto Ricardito, cuyo corazón suspiraba por la mujer y el hijo, al que no conocía, sentimientos algo raros en un muchacho, giraba mayor cantidad y escribía unas cartas extrañas, ni propias de un mozuelo, ni de un hombre, diciendo que, en medio de todo, la vida no era divertida y rogando que tuvieran un poco de paciencia la madre y el niño.

La mujercita, aprobaba el aumento del envío, hacía observaciones respecto á la necesidad de esperar y usaba en las respuestas unos giros extraños y duros que él no comprendía. ¡Pobre chico!

Más tarde y precisamente cuando á propósito de otro jovenzuelo que había cometido la misma locura que él, le dijeron que el matrimonio no sólo destruiría sus esperanzas de futuros progresos, sino que le haría perder su

(1) En la India, la mayor parte de las casas de comercio son persas.—(N. del T.)

destino, llegó la horrible noticia de que el niño, su adorado pequeñín, había muerto y tras ésta venían cuarenta renglones garrapateados por una mujer irritada, diciendo que la muerte podía haberse evitado si ciertas cosas—que costaban dinero—se hubieran hecho, y si el hijo y la madre hubieran ido á reunirse con el padre.

La carta fué un golpe terrible para el pobre corazón de Hatt, pero como *oficialmente* no tenía derecho á tener hijos, no pudo hacer público su dolor.

¡Las cosas que el desdichado emprendió durante los cuatro meses que siguieron á esto, y las esperanzas que le alentaron para trabajar, nadie osaría precisarlas!

Ahorró, pero las setecientas rupias del pasaje estaban tan lejos como siempre, y eso que siguió haciendo la misma vida excepto cuando se veía forzado á comprar un nuevo filtro.

Los esfuerzos en el trabajo, las luchas para mandar dinero, la noticia de la muerte del niño, y sobre todo, las constantes exigencias que le imponía su existencia cotidiana, consumieron al pobre chico, más tal vez que hubieran consumido á un hombre.

Los compañeros de edad madura que admiraban sus economías y su costumbre de apartarse de toda diversión, le recordaban aquel proverbio que dice:

El que quiera labrar su posición
no entregue á una mujer su corazón.

Ricardo, que había experimentado todos los dolores que el hombre puede sentir, tenía que irse y darles la razón mientras en su cabeza se revolvía constantemente la última línea de su libro de banca.

¡Pero aún debía sufrir más!

Llegó una nueva carta de su mujercita: natural continuación de las anteriores, si Hatt hubiera pensado en ello.

El estrambote de aquella epístola era este: «Me voy con un hombre más generoso que tú.»

El documento no podía ser más curioso. Sin circunloquios decía lo siguiente: «Que ella no iba á estar esperando siempre; que el niño había muerto; que él era otro niño; que no volvería á verla más; que por qué no había agitado el pañuelo cuando se separaron en Gravesend; que Dios la juzgaría; que ella era mala, pero él era peor divirtiéndose en la In-

dia; que aquel otro hombre adoraba el terreno que ella pisaba; que ni él la perdonaría, ni ella le perdonaba». Y aquí daba fin la tal cartita, que no tenía indicación alguna para poder contestarla.

En vez de bendecir su estrella porque estaba libre, Ricardo sintió todas las impresiones de un marido ultrajado—cosas impropias de un niño—y volviendo la vista á lo pasado, vió á su mujer con el traje de treinta chelines en la plaza de Montpellier; recordó el alborar de la última mañana que pasara en Inglaterra, cuando ella estaba llorando en el lecho; y dió vueltas en su cama y se mordió las manos sin pararse ni por un momento á pensar ¡el desdichado! que si hubiera vuelto á ver á Mrs. Hatt después de aquellos dos años, habría descubierto que ella y él habían crecido de un modo tan distinto que eran en realidad personas completamente incompatibles.

Teóricamente, esto era lo que debía hacer, pero aquella noche la pasó en medio de la pena más horrible.

A la mañana siguiente experimentó repugnancia hacia el trabajo, y comenzó á pensar

que había desdeñado los placeres de la juventud.

¡Se sentía cansado, había gustado todas las amarguras de la vida antes de cumplir veintitrés años, y estaba deshonrado!

Aquí pensaba el hombre.

Él también se iría... ¡con el demonio!

¡Aquí enjuiciaba el niño!

Inclinó la cabeza sobre el tapete verde de su mesa, y antes de renunciar el destino y todo lo que este prometía, lloró.

En tales circunstancias, la recompensa debida á sus servicios llegó, y se le dieron tres días para reflexionar.

El jefe de la casa—después de cruzarse algunos telegramas—dijo que aunque aquello no se hacía jamás, teniendo en cuenta la habilidad que Mr. Hatt había desplegado en tal y tal tiempo y en tal y cual ocasión, podía ofrecerle un puesto infinitamente mejor; primero como interino y luego, en un orden regular de cosas como definitivo.

—¿Y cuánto ganaré?—preguntó Hatt.

—Seiscientos cincuenta rupias—contestó el jefe marcando las palabras, y esperando que el joven al oírlas se quedaría anonadado de gratitud y alegría.

¡Ah! ¡cuándo llegaban!

¡Las setecientas rupias del pasaje; lo bastante para salvar á la mujer y al niño y permitirle hacer público su matrimonio!... ¡Todo llegaba entonces!

Ricardito lanzó una carcajada salvaje que no pudo dominar; hégubre, turbulenta explosión de alegría, que pareció que iba á matarle.

Cuando logró dominarse, dijo secamente:

—Estoy cansado de trabajar.—Ya soy viejo; es tiempo de que me retire, y me retiro.

—Este chico está loco—murmuró el jefe. Creo que tenía razón; pero como Ricardo no volvió jamás, la duda sigue en pie.



UNIDO Á UNA INFIEL

Yo me muerdo por tí, y tú te mueres por otro.

(Proverbio indio.)

CUANDO el vaporcito el *Gravesend* se alejó dulcemente del trasatlántico de la Compañía Peninsular y Oriental que marchaba á Bombáy y retrocedió á la ciudad, muchos lloraban en él; pero quien más ruidosamente lo hacía era Miss Agnes Laiter.

Y tenía razón, porque el único hombre que había amado y que, según afirmaba, podría amar, salía para la India; país que, como todo el mundo sabe, se divide por igual entre bosques, tigres, culebras, cólera y cipayos.

Phil Garron, recostado sobre la amura del barco, y aguantando la lluvia, era también muy desgraciado; pero no lloraba.

¡Ah! ¡cuándo llegaban!

¡Las setecientas rupias del pasaje; lo bastante para salvar á la mujer y al niño y permitirle hacer público su matrimonio!... ¡Todo llegaba entonces!

Ricardito lanzó una carcajada salvaje que no pudo dominar; hégubre, turbulenta explosión de alegría, que pareció que iba á matarle.

Cuando logró dominarse, dijo secamente:

—Estoy cansado de trabajar.—Ya soy viejo; es tiempo de que me retire, y me retiro.

—Este chico está loco—murmuró el jefe. Creo que tenía razón; pero como Ricardo no volvió jamás, la duda sigue en pie.



UNIDO Á UNA INFIEL

Yo me muerdo por tí, y tú te mueres por otro.

(Proverbio indio.)

CUANDO el vaporcito el *Gravesend* se alejó dulcemente del trasatlántico de la Compañía Peninsular y Oriental que marchaba á Bombáy y retrocedió á la ciudad, muchos lloraban en él; pero quien más ruidosamente lo hacía era Miss Agnes Laiter.

Y tenía razón, porque el único hombre que había amado y que, según afirmaba, podría amar, salía para la India; país que, como todo el mundo sabe, se divide por igual entre bosques, tigres, culebras, cólera y cipayos.

Phil Garron, recostado sobre la amura del barco, y aguantando la lluvia, era también muy desgraciado; pero no lloraba.

Le enviaban *al té*, y aunque no tenía ni la más remota idea de lo que esto quería decir, se imaginaba que iba á pasear jinete en un soberbio caballo, cruzando las colinas cubiertas con el árbol del té, y que por eso tendría un espléndido sueldo.

¡Cuánto agradecía á su tío que le hubiera proporcionado aquel empleo!

Iba á reformar sus costumbres relajadas y ruinosas, á economizar, á ahorrar todos los años una parte de su espléndido sueldo, á fin de volver al poco tiempo á casarse con Agnes Laiter.

Garron había estado durante tres años hecho un perdido en unión con sus amigos, y, ¡naturalmente! como no tenía nada que hacer, se enamoró.

Era muy amable, pero sin firmeza de opiniones ni de principios, y aunque jamás tuvo rozamientos con sus amigos, éstos se alegraron mucho cuando se despidió de ellos para ir á su misterioso trabajo del té, cerca de Darjiling.

—Dios te bendiga, querido, y que no volvamos á verte más—le dijeron—ó por lo menos supone Garron que quisieron decirle.

Cuando se embarcó, llevaba formado un plan para demostrarse á sí mismo que era cien veces mejor de lo que las gentes creían: trabajar como un caballo y casarse ostentosamente con Miss Laiter.

Tenía muchas cosas buenas además de su buena presencia; su única falta consistía en ser débil, defecto muy insignificante en este bajo mundo.

Poseía tantas nociones de economía como el *Morning Sun*, y no se podía decir que fuera en nada un sér extravagante ó vicioso.

Nadie podía acusarle de ningún vicio, pero era antipático y tan dúctil como una pella de pasta.

Agnes, cuya familia no estaba contenta con el noviazgo, volvió á sus obligaciones caseras, con los ojos encendidos, mientras Phil navegaba hacia Darjiling, «un puerto del océano de Bengala», según decía la señora Garron á sus amigos.

Phil se hizo bastante popular á bordo, trabó muchas amistades, gastó moderadamente en bebidas espirituosas, y desde todos los puntos de escala escribió cartas inacabables á su prometida.

Por fin cayó en la plantación situada entre Darjiling y Kangra, y aunque el sueldo, el caballo y el trabajo no eran en absoluto lo que se había imaginado, logró salir adelante bastante bien, y se concedió á sí mismo un crédito, quizá excesivo, por su perseverancia.

Con el transcurso del tiempo, y á medida que iba ajustándosele el yugo, y el trabajo se aseguraba, y crecía, el recuerdo de Agnes se borraba de la memoria. Sólo cuando estaba descansado, reaparecía en ella, y el hombre descansaba rara vez.

Durante semanas enteras se olvidó de cuanto tenía relación con Miss Laiter, y, cuando la recordaba, se estremecía, como un muchacho de la escuela que ha olvidado estudiar la lección.

Ella, en cambio, pensaba siempre en él; era de esos seres que jamás olvidan.

Pero otro hombre, joven y apetecible, se presentó.

Las probabilidades de casamiento con Garron seguían siendo muy escasas; las cartas de éste no resultaban completamente satisfactorias; las presiones domésticas pesaban sobre la muchacha; el joven presentado era real-

mente una persona aceptable por sus rentas, y el resultado de todas estas cosas fué que Agnes... se casó, y escribió á Garron una carta tempestuosa como un torbellino, diciéndole que ya no tendría un momento de felicidad en la vida: fué profeta.

Phil recibió aquella carta y la juzgó injusta. Hacía entonces dos años que había salido de Inglaterra.

Recordando la intensidad de sus pensamientos amorosos consagrados á Agnes Laiter; contemplando la fotografía que ella le regaló; dándose golpes, aunque con suavidad, en la nuca, por ser uno de los más constantes amadores de la historia, y pensando en el ardor con que se lanzó al trabajo, creyó que, en realidad, había sido infamemente engañado, y se sentó y escribió su última carta.

Carta patética; de esas que parece que anuncian el fin del mundo, diciendo que sería fiel hasta la eternidad, que todas las mujeres eran iguales, que ocultaría los pesares de su destrozado corazón, pero si en lo porvenir... etc., etc.

Ofrecía esperar... etc., etc.

Su amor era invariable. Si ella se acordaba

alguna vez de su antigua pasión... etc., etc. Y en esta forma llenó hasta ocho carillas de renglones muy apretados.

Desde el punto de vista artístico era un buen trabajo, pero cierto vulgar *Filisteo* (1) que conocía el verdadero estado de los sentimientos de Garron, muy otros de los que en su carta aparecían, dijo que aquella era la labor más falaz y más refinadamente egoísta que podía realizar un hombre débil.

La carta hizo muy desgraciada á Agnes Laiter: lloró, la guardó después en su pupitre y... fué la señora de otro por complacer á su familia, cumpliendo así la primera obligación de toda doncella cristiana.

Phil siguió en sus trabajos y no pensó en la carta más que como un artista contento de su obra.

Sus cosas no iban mal, pero no fueron bien del todo hasta que le llevaron á tropezar con Dunmaya, la hija de Rajput, ex-*Subadar-Major* (2) del ejército indígena. La muchacha

(1) Los estudiantes alemanes é ingleses llaman filisteos á los que en España suelen llamarse camastros y hombres de gramática parda.—(N. del T.)

(2) Comandante indígena.—(N. del T.)

tenía algo de sangre de las montañas en sus venas.

Donde tropezó Garron con ella y cuando oyó hablar de ella, son cosas que nos importan poco.

Dunmaya era una chica buena, hermosa, muy inteligente y astuta, aunque un poco áspera.

Conviene recordar que Phil vivía con muchas comodidades, pero sin permitirse el más pequeño lujo y sin jugar ni un *anna*.

Estaba satisfecho de sí mismo y de sus buenas intenciones, é iba abandonando paulatinamente á todos sus correspondientes ingleses, considerando más y más cada día aquella tierra como si hubiera nacido en ella.

Á muchos les acontece lo propio y después no se ocupan de tal cosa.

El clima del punto donde estaba era bueno, y esto hacía que no sintiera la necesidad de volver á Inglaterra.

Llegó por fin á lo que muchos plantadores habían llegado antes que él: á acostumbrarse á la idea de tomar por esposa una montañesa.

Tenía entonces 27 años, con el porvenir,

por lo tanto, de una vida larga, pero con falta de alientos para trabajar hasta el fin.

Se casó, pues, con Dunmaya, según los ritos de la iglesia anglicana, y unos plantadores le llamaron tonto y otros sabio.

La montañesa era una muchacha honrada, y, á pesar de su respeto reverente por un inglés, valuaba de un modo bastante razonable las debilidades de su marido.

Le manejó dulcemente, y en menos de un año llegó á ser una imitación muy aceptable de las señoritas inglesas, en trajes y carruaje.

Es verdaderamente curioso el hecho de que un hombre de las montañas, después de educado, sigue siendo lo que era, mientras una muchacha, en seis meses, logra adaptarse á todos los usos y costumbres de sus hermanas inglesas.

Una vez había una mujer indígena... pero este es otro cuento.

Dunmaya se vestía preferentemente de negro y amarillo, colores que le sentaban muy bien.

Mientras ocurrían todas estas cosas la carta seguía durmiendo en el pupitre de Agnes, y ésta pensaba siempre en el pobre y constante

Phil, que estaba soportando rudos trabajos entre serpientes y tigres en Darjiling, alentado sin duda por la vana esperanza de que acaso algún día pudiera ser suya.

El marido de Agnes valía por diez Garron, pero tenía reuma al corazón.

Tres años después del casamiento y de haber ido á Niza y Argelia, buscando alivio á sus dolencias, llegó á Bombay y murió allí, dejando á Agnes libre.

Esta, á fuer de mujer devota, vió en aquella muerte, y en el lugar en que había ocurrido, una directa intervención de la Providencia.

Por eso, cuando se repuso del golpe, cogió la carta de Phil, leyó de nuevo aquellas... etc., etc., y aquellos atrevimientos grandes y chicos, y la besó repetidas veces.

Nadie la conocía en Bombay.

El marido la había nombrado heredera de su caudal, por cierto muy bueno.

Phil Garron estaba muy cerca de allí, y aun cuando la cosa era incorrecta é impropia, decidió, como las heroínas de las novelas, buscar á su antiguo amor, ofrecerle su mano y su dinero y pasar con él el resto de la vida

en cualquier rincón, lejos de la antipática sociedad.

Dos meses permaneció en el hotel Watson elaborando su proyecto, y el cuadro le resultaba muy bello.

Partió, al fin, en busca de Phil, empleado en una plantación de té cuyo nombre era difícilísimo de pronunciar.

Le encontró al cabo de un mes, porque la plantación no estaba en el distrito de Darjiling, sino muy cerca de Kangra.

Garron se conmovió poco, y Dunmaya fué muy buena para ella.

La vergüenza y el pecado de esto están en que Phil, que no se merece á ninguna de las dos, era y es amado por Dunmaya, y más todavía que amado, adorado por Agnes, que parece reconcentra en él toda su vida.

Y lo peor de todo estriba en que Dunmaya está haciendo de él un hombre decente, y, gracias al tratamiento que emplea, acabará por evitar su perdición.

Cosa evidentemente injusta.



WRESSLEY

Todo por su amor lo hice
y ella ¡falsa! me olvidó.
Libré á Dumeny; di muerte
al jefe del Tarrant Moss,
aun cuando por ellos tuve
provecho y reputación.
¡Cuánto lamento el fracaso!
Di el rudo golpe en honor
de aquella que me engañaba;
no de los hombres del Moss.
(Tarrant Moss.)

UNA de las muchas desgracias de nuestra vida en la India es la falta de atmósfera para la pintura. Las medias tintas no pueden tomarse en cuenta: apenas existen.

Los hombres se destacan en crudo, descarnados, sin matices que les rebajen ó eleven. Trabajan, concluyendo por creer que no hay nada más que su trabajo ni nada que á ese trabajo se iguale, y que ellos son realmente

en cualquier rincón, lejos de la antipática sociedad.

Dos meses permaneció en el hotel Watson elaborando su proyecto, y el cuadro le resultaba muy bello.

Partió, al fin, en busca de Phil, empleado en una plantación de té cuyo nombre era difícilísimo de pronunciar.

Le encontró al cabo de un mes, porque la plantación no estaba en el distrito de Darjiling, sino muy cerca de Kangra.

Garron se conmovió poco, y Dunmaya fué muy buena para ella.

La vergüenza y el pecado de esto están en que Phil, que no se merece á ninguna de las dos, era y es amado por Dunmaya, y más todavía que amado, adorado por Agnes, que parece reconcentra en él toda su vida.

Y lo peor de todo estriba en que Dunmaya está haciendo de él un hombre decente, y, gracias al tratamiento que emplea, acabará por evitar su perdición.

Cosa evidentemente injusta.



WRESSLEY

Todo por su amor lo hice
y ella ¡falsa! me olvidó.
Libré á Dumeny; di muerte
al jefe del Tarrant Moss,
aun cuando por ellos tuve
provecho y reputación.
¡Cuánto lamento el fracaso!
Di el rudo golpe en honor
de aquella que me engañaba;
no de los hombres del Moss.
(Tarrant Moss.)

UNA de las muchas desgracias de nuestra vida en la India es la falta de atmósfera para la pintura. Las medias tintas no pueden tomarse en cuenta: apenas existen.

Los hombres se destacan en crudo, descarnados, sin matices que les rebajen ó eleven. Trabajan, concluyendo por creer que no hay nada más que su trabajo ni nada que á ese trabajo se iguale, y que ellos son realmente

los ejes sobre que gira toda la administración.

He aquí un ejemplo de estas opiniones. Un escribiente mestizo estaba encargado de ciertas formalidades en la Pagaduría, y un día me dijo:

—¿Sabe usted lo que sucedería si yo añadiera ó quitara una sola línea de esta hoja?

Y con aire de conspirador añadió:

—Se desorganizarían los pagos del Tesoro, en toda la jurisdicción del Círculo Presidencial.—¡Medite usted en ello!

Si los hombres no abrigaran estas ilusiones respecto á la importancia capital de sus propias obras, supongo que acabarían por suicidarse: pero tales debilidades fastidian, sobre todo si el que las oye es reo del mismo pecado.

La secretaría, por su parte, cree que procede bien cuando á un empleado del ejecutivo, recargado de trabajo, le pide que haga un censo de los gorgojos del trigo en un distrito de cinco millas cuadradas.

En otro tiempo servía en el Departamento de Negocios Extranjeros un hombre que había consumido la mitad de su vida en él, y era corriente oír decir á los empleados más

modernos y menos respetuosos que le juzgaban capaz de relatar al revés, mientras dormía, el libro de Aitchison *Tratados y contratos de donación*.

Lo que este hombre lograba con sus acumulados conocimientos, sólo el secretario lo sabía y, naturalmente, no iba á publicarlo.

El nombre del empleado era Wressley y había entonces un *Schibboleth* (1) en Sinla que afirmaba que Wressley conocía más que ningún ser viviente todo lo que relacionaba con los Estados Centrales de la India: el que no participaba de esta opinión era considerado como hombre corto de alcances.

En nuestros días, hallar quien se jacte de conocer los misterios de la vida íntima de las tribus establecidas más allá de la frontera, es cosa corriente; pero en los tiempos á que vengo haciendo referencia, se miraban con mucha atención los Estados Centrales; se les llamaba *focos*, *factores* y otras cosas no menos imponentes que éstas.

(1) Se designa con este nombre á los que no pueden pronunciar la *ch*, recordando lo ocurrido en las guerras entre galaaditas y ephrateos, de que habla el *Libro de los Jueces*, capítulo XII.—(N. del T.)

¡Las maldiciones de la vida en la India agobian mucho!

¡Cuando Wressley alzaba la voz tronando contra tal ó cual error, el Departamento de Negocios Extranjeros enmudecía! Sólo los jefes de negociado se permitían repetir las dos últimas palabras de sus juicios, acogiéndoles con un ¡Sí...! ¡sí...! y creyendo que de esa suerte ayudaban al Imperio á hacer frente á contingencias políticas muy serias.

En las mayores empresas uno ó dos hombres lo hacen todo, mientras los demás, sentados cerca de ellos, charlan y charlan hasta que la cosa está madura y á punto de poder comérsela.

Unicamente Wressley trabajaba en la oficina de Negocios Extranjeros, y si advertían en él signos de flaqueza, entonces, para mantener sus energías y á fin de que pudiera cumplir sus deberes, los jefes le elogiaban grandemente, poniendo por las nubes su compañerismo.

No necesitaba adulaciones porque era de buena pasta; mas las que recibía le afirmaban en su creencia de que nada era tan absoluta é imperativamente necesario para la conser-

vación de la India como Wressley, el *hombre* del Departamento de Negocios Extranjeros.

Acaso hubiera otros de valía; pero el más conocido, más ensalzado y que más confianza inspiraba era él.

Había en aquel entonces un Virrey que sabía amansar á los grandes y animar á los chicos, manteniendo así bien niveladas las filas. Este Virrey hizo llegar hasta Wressley la opinión que tenía formada de él, que era la de todos, á pesar de que los hombres están hechos de tal forma que los elogios de un Virrey les descomponen, como aconteció una vez que ahora no viene á cuento.

Toda la India conocía á Wressley de nombre y sabía que estaba empleado en el Directorio de Thacker y Spink, pero escasamente cincuenta personas le conocían personalmente ó se preocupaban de lo que hacía y de sus especiales méritos.

El trabajo le absorbía de tal modo, que no tenía tiempo de cultivar más amistades que las de los árboles genealógicos de los difuntos *Ragput* (1) en cuyos escudos había manchas

(1) Hijos de reyes.—(N. del T.)

de Ahir (1). Wressley habría sido un buen ayudante del colegio de heráldica si no hubiera tenido la desgracia de ser un bengalés del orden civil.

Un día, durante el tiempo que abandonaba la oficina para irse á almorzar, una tremenda perturbación se apoderó de él, le avasalló, le entonteció, le dejó estático, como si se tratara de un chico de la escuela.

Contra toda razón, con loca imprudencia, por verla un solo instante, se enamoró de una muchacha rubia y frívola que acostumbraba á correr por el paseo de Sinla en un potro listado, noble y fogoso, llevando una gorra de terciopelo azul, igual á la de los *jockeys*, encasquetada hasta los ojos.

Se llamaba la chica Tillie Venner; era deliciosa, y se apoderó del corazón de Wressley al galope corto.

El alma del Departamento de Negocios Extranjeros comprendió al verla que no le conviene á un hombre vivir solo, aun cuando tenga en los cajones, para hacerle compañía, la mitad del archivo de su oficina.

(1) Vaquero indio.—(N. del T.)

Todo Sinla se rió al saber la noticia, porque Wressley enamorado resultaba algo ridículo.

El hombre hizo cuanto pudo porque la joven se interesase por él, ó, mejor dicho, por sus trabajos, y ella, con la maña de las mujeres, se esforzó en aparecer entusiasmada con lo que, á espaldas de su amante, llamaba los *gajahs* de Mr. Wressley: ¡la chica pronunciaba las erres de un modo encantador!

Tillie no entendía una jota de todo aquello, pero hacía como si lo entendiera. ¡Cuántos hombres se han casado víctimas de errores como el de Wressley!

La Providencia, sin embargo, protegía al empleado, que estaba verdaderamente atónito al ver la inteligencia de Miss Venner.

Más se hubiera asombrado todavía de haber oído las observaciones privadas y confidenciales de la joven respecto á las visitas que le hacía.

Wressley tenía unas ideas particulares acerca del modo de galantear á las muchachas: decía que el hombre debe poner á los pies de ellas, en forma reverente, los mejores productos de su ingenio y de su carrera.

Si no estoy equivocado, Ruskin ha escrito algo parecido á esto en alguna parte: pero en la vida ordinaria algunos besos son la mejor medicina y ahorran tiempo.

Un mes después de haberle entregado el corazón á Miss Venner y cuando, como consecuencia natural de esto, trabajaba más activamente que nunca, la idea de escribir *El Gobierno indígena en la India Central* surgió en su cerebro y le llenó de júbilo. Esto debía ser, según el plan que había trazado, una gran cosa; la obra de su vida, el más real y más comprensivo examen del asunto más interesante, escrito con todo el conocimiento especial y sabiamente adquirido por él en el Departamento de Negocios Extranjeros. Un regalo digno de una emperatriz.

Pensando en ello, dijo á Miss Venner que iba á pedir una licencia, y que, á su regreso, esperaba traerle un presente proporcionado al mérito de ella.

¿Le esperaría? Ciertamente: Wressley ganaba mil setecientas rupias al mes, y *por eso* se puede esperar un año. Además, la madre de la joven le ayudaría á que esperara.

En vista de esto, el empleado obtuvo licen-

cia por un año, y con todos los documentos de importancia que pudo coger rellenó un baúl y partió para la India Central, abrasada la cabeza con su gigantesco pensamiento.

Empezó la obra en el país que trataba de describir.

El despacho de tanta correspondencia oficial habíale convertido en un trabajador frío, insulso, helado, y no vió que hacía falta en su paleta la brillante luz del espléndido color local, color que los simples aficionados no pueden manejar sin peligro.

¡Dios mío, cuánto trabajó! Cogió á los Rajahs, los estudió á través de las nieblas del tiempo, y aun más allá de esas nieblas, con sus mujeres y sus concubinas; trazó fechas y contrafechas, genealogías dobles y triples; comparó, anotó, enlazó, mezcló, ensartó, ordenó, seleccionó, dedujo, hizo calendarios y les deshizo durante diez horas al día, y por méritos de la inesperada y nueva luz del amor que le iluminaba, convirtió á su antojo aquellos huesos ya calcinados de la historia y aquellos asquerosos recuerdos de crímenes, en cosas propias para llorar ó para reír.

Su corazón y su alma estaban en los pun-

tos de la pluma y penetraban con ella en el fondo del tintero.

Durante doscientos treinta días, con sus respectivas noches, se vió dotado de una penetración tal con sus personajes; de una clarividencia, de un humorismo y de un estilo, que su libro fué todo un libro.

Puede decirse que había depositado hasta la última esencia de sus vastos conocimientos en él; pero la poesía, el tejido apropiado para despertar el sentimiento humano, son ajenos á todo conocimiento especial!

Dudo mucho de que si Wressley hubiera soñado entonces la recompensa que le esperaba, hubiera visto morir sus ilusiones: trabajaba no por él sino por Tillie Venner.

Frecuentemente los hombres realizan sus mejores y más ignoradas obras en beneficio ajeno.

Además, y aunque esto nada tenga que ver con el presente cuento, en la India, donde todos nos conocemos, se puede ver á los hombres, arrastrados fuera de las filas por las mujeres que les dominan y enviados á buscárselas solos como puedan.

El hombre juicioso, una vez que ha parti-

do, sigue adelante; pero el de poco valer, tan pronto como la mujer deja de interesarse en sus éxitos y de considerarles como un tributo rendido al poder que ella ejerce, ingresa de nuevo en la filas y ya no vuelve á hablarse de él.

Wressley regresó á Sinla cargado con el primer ejemplar de su libro, y ruborizándose y tartamudeando se le presentó á Miss Venner. La joven leyó algunas páginas, y he aquí su *juicio verbal*:

—¡Oh! ¡el libro de usted...! ¡el libro...! Todo él se refiere á aquellos *hogibles Gajahs*. No lo he entendido.

El pobre autor se quedó hecho pedazos, triturado—no exagero—ante la frivolidad de aquella muchacha, y todo lo que con voz muy débil pudo decir, fué:

—Pero esta es mi *magnum opus*, el trabajo de toda mi vida.

Miss Venner, que no sabía lo que significaba *magnum opus*, sabía, en cambio, que el capitán Kerrington había sido el vencedor en tres carreras durante la última Gymkhana (1).

(1) Nombre dado á una reunión para carreras de caballos.—(N. del T.)

Wressley no pidió ya que le aguardase por más tiempo. Tenía el hombre bastante sentido común para no llegar á tanto.

La reacción vino, después de las tensiones de un año, y el empleado volvió á su oficina y á sus *Gajahs*, á sus compilaciones, á sus anuncios, y á sus informes escritos, que hubieran sido caros, dando por ellos trescientas rupias al mes.

Se atuvo á la crítica de Miss Tillie Venner, lo cual prueba que la inspiración creadora del libro era puramente transitoria é independiente de la voluntad.

Sin embargo, no tenía derecho á arrojar en uno de los pantanos de la montaña cinco enormes cajones traídos, con grandes gastos, desde Bombay y llenos del mejor libro de la historia de la India que se haya escrito jamás.

Cuando algunos años después y antes de retirarse hizo almoneda, estaba yo revolviendo su biblioteca y, por casualidad, tropecé con el único ejemplar que había de *El Gobierno indígena de la India Central*; el mismo que Miss Venner no pudo entender.

Estuve leyendo en él, sentado sobre un baúl de piel de mula, hasta que la luz se extinguió, y

entonces le dije que pidiese por el libro lo que quisiera.

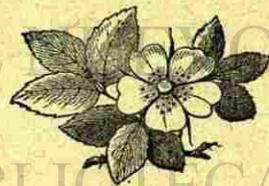
Leyó por encima de mi hombro algunas páginas, y como hablando consigo, dijo tristemente:

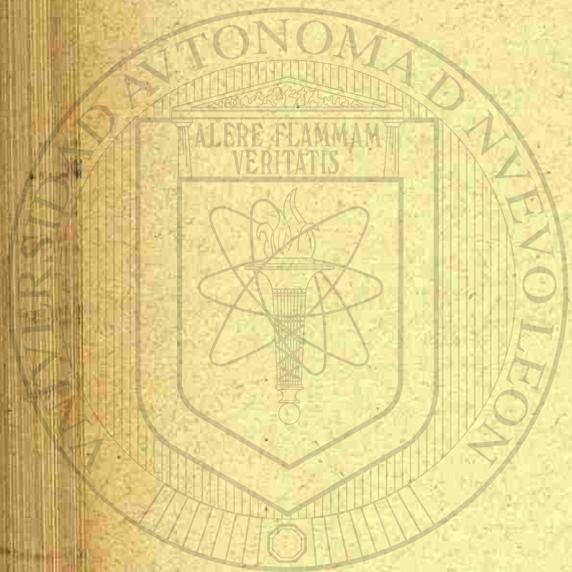
—¿Cómo demonios pude yo escribir una cosa tan buena!

Y dirigiéndose á mí, añadió:

—Tómele usted y guárdelo. Forje uno de sus cuentecillos sobre el origen de ese libro. Acaso, acaso, no se escribió más que para darle á usted asunto para un cuento!

Recordando lo que Wressley había sido en otro tiempo, aquella frase me conmovió, creyéndola la más amarga que un autor haya podido emplear al juzgar sus propias obras.





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



PARA QUE CONSTE EN SU DÍA

¡Por la cabra montés empujada
pobre piedra, en la cima clavada,
saltando rodó!

¡Del lugar donde el sol la envolvía
al pantano, do no baja el día,
lanzada se vió!

¡Fue decreto del fiero destino!
¡Con la altura y la cabra el camino
gozóse en abrir!

Y la piedra, ¿qué sabe de todo?
¡que está maldecida; que cae en el lodo;
que debe sufrir!

Tú, que cielos y tierra has creado;
Tú, que distes al sol resplandores
y al abismo tinieblas y horrores,
¡Señor! juzgarás.

¡Si la mísera piedra ha pecado
al rodar de la espléndida altura,
al pantano de cieno y negrura
do va por instantes hundiéndose más!
*(De los papeles inéditos de McVintosh
Jellaludin.)*

¿Amanece ó anochece
en tu plácido retiro?
Pues suspiras cual suspiro,
si es de noche ó si...

Antes de terminar el verso cayó sobre un
camello joven que estaba durmiendo en el

serai (1), asilo de los tratantes de caballos y de lo más sobresaliente de la granjería del Asia Central; y como estaba muy borracho y la noche era obscurísima, no pudo levantarse hasta que le ayudé.

Así comenzó mi amistad con McYntosh Jellaludin. Cuando un pelafustán entona, estando borracho, el *Canto de la enramada*, es digno de que se cultive su trato.

Al levantarle del lomo del camello, dijo con voz penosa y enredándosele en la lengua las palabras:

—Estoy... un poco... magullado, pero... un traguito en Loggerhead me pondrá bueno. Y... diga usted: ¿ha hablado usted algo con Symonds respecto á las rodilleras de la yegua?

Loggerhead estaba á unas seis mil millas de áspero camino del lugar donde nos hallábamos, (cerca de Mesopotamia, en un sitio donde no se debe pescar y donde cazar furtivamente es imposible) y la cuadra de Symonds se hallaba media milla más allá, pasados los bosques.

Era, en verdad, extraño oír todos aquellos

(1) Posada.—(N. del T.)

nombres tan conocidos, en una noche de Mayo y entre caballos y camellos del sultán de Caravanserai.

En aquel momento pareció que el hombre volvía en sí y desechaba la borrachera. Nos apoyamos en el camello, y señalando á una esquina del *serai*, en la que ardía una lámpara, masculló:

—Vivo allá, y agradecería á usted muchísimo tuviera la bondad de ayudar á mis amotinados pies para que puedan llevarme hasta mi casa porque... estoy... más borracho de lo acostumbrado... Mucho... mucho... fenomenalmente cogido... Pero... ¡no de la cabeza...! ¡Mi cerebro protesta contra...! ¿Cómo... va esto...? La cabeza da vueltas en el... sí... en el muladar... ¡debo decirlo...! pero domina las náuseas...

Le ayudé á salir de entre los grupos de caballos que estaban atados, y en la esquina del cobertizo, frente á los barrios indígenas, se desplomó falto de fuerzas.

—Gracias... mil gracias—farfulló.—¡Oh, luna! ¡oh, estrellitas...! Pensar que un hombre está... así... tan asquerosamente... ¡Maldito brebaje...! Ovidio... en su destierro no le

bebió peor... Pero... ¡bah...! me alegro... ¡Y estaba helado...! ¡Qué lástima! No tengo hielo... Buenas noches... Le presentaría á usted á mi mujer... si yo no estuviera borracho y ella... estuviera civilizada.

Una mujer indígena surgió de la obscuridad y comenzó á llamarle. Me marché.

Aquel hombre era el perdido más interesante que había tenido el gusto de conocer hacía mucho tiempo... Más tarde llegó á ser amigo mío.

Era alto, bien formado, guapo; pero estaba tan espantosamente destruído por la embriaguez, que teniendo sólo treinta y cinco años, según decía, representaba más de cincuenta.

Cuando un hombre empieza á degradarse en la India, si sus amigos no le envían lo más pronto posible á Inglaterra, la caída es horrible.

Y si además abandona sus creencias, como le ocurrió á McYntosh, ya no hay para él redención posible.

En la mayor parte de las grandes ciudades, los indígenas os hablan de dos ó tres *sahibs*, generalmente de las clases inferiores, que se han hecho indios ó musulmanes y viven más

ó menos como tales; pero es muy raro que uno llegue á conocerles.

McYntosh acostumbraba á decir:

—Si por cuestión de estómago llego á cambiar de religión, no trataré de convertirme en un mártir para los misioneros, porque no siento ansias de notoriedad.

Al empezar á tratarnos, me dijo:

—Advierto á usted que no soy un mendigo. No necesito ni el dinero de usted, ni su comida, ni sus trajes de desecho. Soy un animal raro; un borracho que se paga el vino. Si usted quiere, me dará tabaco, porque el de los bazares no me agrada. Eso lo admito por satisfacer este gusto, y tomaré, además, prestados los libros que usted no aprecie mucho, porque es más que probable que les cambie por botellas de los asquerosos licores de este país. En cambio, usted puede participar de la hospitalidad que mi casa está en condiciones de ofrecerle. Aquí hay un canapé en el que pueden sentarse dos, y es posible que de vez en cuando haya algo que comer en aquella cazuela. En cuanto á bebida, desgraciadamente, la encontrará usted en la casa á cualquier hora; y dicho esto, pongo á su

disposición con mucho gusto mi cochitril.

Fuí admitido en la casa, á la vez que lo fué mi buen tabaco; pero sólo los dos.

Desgraciadamente, no puede uno permitirse visitar á tales pelafustanes en el *serai* durante el día. Esto acaso no lo comprendan los amigos que compran caballos; pero es exacto, y por respeto á semejante preocupación no veía á McYntosh hasta después de anocheido. El se rió al notarlo, y exclamó:

—Hace usted muy bien. Cuando yo disfrutaba de posición social, muy superior á la de usted, habría hecho exactamente lo mismo. ¡Santo Dios! En otro tiempo pertencí á la Universidad de Oxford.

Dijo esto como si hablara de que había mandado un regimiento, y su manifestación vino á explicarme la referencia que había hecho antes á las cuadras de Carlos Symonds.

—Usted—siguió diciendo con acentuada lentitud—no ha tenido esta ventaja, pero, en cambio, y á juzgar por las apariencias, no está dominado por la irresistible afición á la bebida; así que, en resumen, creo que es usted el más feliz de los dos. No estoy completamente seguro de ello porque—permitame

que se lo diga, á pesar de estar fumando su excelente tabaco—tiene usted una ignorancia dolorosísima respecto á muchas cosas.

Estábamos sentados en la orilla de la desnuda cama,—allí no había sillas,—viendo á los caballos que tomaban su baño de la noche, mientras la india preparaba la comida.

No me agradaba que me mantuviera patrón tan pelafustán como aquel, pero era entonces su huésped; aunque el pobre diablo no tenía más que una chaqueta de alpaca muy rota y un par de pantalones hechos de lona grosera.

Se quitó la pipa de la boca y con aire reflexivo dijo:

—Bien consideradas las cosas, dudo que sea usted el más feliz de los dos. No me refiero ahora á sus limitadísimos conocimientos clásicos ni á las penas que pueda usted tener, sino á su profunda ignorancia de las cosas que están al alcance de su vista y de su mano: por ejemplo.

Y señalando á una mujer que estaba limpiando una vasija cerca del pozo en el centro de la posada, y haciendo salir el agua de ella con cadenciosos movimientos, añadió:

—Hay mil medios de limpiar las vasijas, mas si usted sabe por qué esa mujer lo hace de ese modo, sabrá lo que el monje español quiso dar á entender cuando dijo:

Ensalzo á la Trinidad
bebiendo mi naranjada
á sorbos, mientras que Arrio
burlado, de un trago acaba.

y otras muchas cosas que ahora se ocultan á la vista de usted... Pero la señora McYntosh está preparando la comida; comamos, pues, al uso de las gentes del país, de las cuales, tampoco sabe usted nada.

La india metía las manos en la fuente lo mismo que nosotros, lo que estaba mal hecho, porque la mujer siempre debe esperar á que el marido acabe de comer. Elogiando esta costumbre, dijo McYntosh:

—Es un prejuicio inglés que no me ha sido posible dominar, pero á pesar de eso, me ama sin que jamás haya yo logrado saber por qué. Me reuní con ella en Jullundur, hace tres años, y desde entonces permanece conmigo. Creo que es una mujer honrada y sé que guisa muy bien.

Al decir esto, comenzó á acariciar la cabeza de la india que no tenía nada de hermosa, mientras ella, arrullaba dulcemente.

Jamás me reveló la posición que había tenido antes de su caída.

Cuando no estaba borracho era un hombre ilustrado y un caballero, pero cuando lo estaba, había en él más de lo primero que de lo segundo.

Tenía por costumbre embriagarse dos días de la semana: en ellos, la mujer no le dejaba solo y disparataba como un loco, hablando en todos los idiomas menos en el suyo.

Un día, comenzó á recitar *Atalanta en Calydon*, y dijo todo el poema desde el principio hasta el fin, llevando el compás con una pata de la cama; pero, durante la mayor parte de sus delirios, hablaba en griego ó en alemán. La cabeza de aquel hombre era un perfecto baturrillo de cosas inútiles.

Un día, cuando la borrachera comenzaba á desvanecerse, me manifestó que yo era el único racional en el infierno á que había descendido: «un Virgilio en las sombras» y que en pago de mi tabaco, antes de morir me daría los materiales para escribir otro infierno

que había de hacerme más grande que Dante.

Después se quedó dormido sobre la manta de un caballo y cuando despertó estaba ya completamente tranquilo.

Entonces, dijo:

—Cuando se llega á los más hondos abismos de la degradación, pequeños incidentes que le habrían atormentado á uno en otros tiempos, no tienen transcendencia alguna. Esta noche pasada, mi alma ha estado entre los dioses; pero á la vez, no podía caberme duda de que mi cuerpo de bestia, se atormentaba aquí abajo en lo inmundo.

—Vamos—repuse—eso quiere decir que ha estado usted abominablemente borracho.

—Sí, estaba borracho; cochinemente borracho. ¡Yo, el hijo de un hombre que... á usted no le importa conocer...! ¡Yo, que fui en otro tiempo pasante de un colegio, cuya bien acondicionada despensa no ha visto usted! Sí, estaba asquerosamente borracho; pero ya ve usted qué ligera es la sensación que esto me ha producido. No tengo nada: menos que nada: ¡ni siquiera siento el dolor de cabeza que me corresponde! ¡En otra esfera más alta ¡qué espantoso hubiera sido mi castigo, qué

amargo mi arrepentimiento! Créame usted, amigo mío; usted, el de la educación descuidada, el más alto es como el más bajo, tomando siempre los grados extremos!

Al decir esto, dió una vuelta bajo la manta, puso la cabeza entre las manos y continuó:

—¡Ah! Por el alma que he perdido y por la conciencia que he matado, le digo á usted que ya no puedo sentir. Soy como los dioses: conozco el bien y el mal, y ni el uno ni el otro me impresionan. ¿Es esto envidiable ó no?

Cuando un hombre ha llegado hasta tal punto, su estado forzosamente tiene que ser malo.

Contemplé fijamente á Mc Yntosh, envuelto en la manta, con el cabello sobre los ojos y los labios de un blanco azulado; al fin le dije:

—Esa insensibilidad no es ciertamente una dicha.

—¡Por piedad no diga usted tal cosa! Aseguro á usted que no sólo es buena sino envidiable. ¡Piense usted en los consuelos que tengo!

—¿Tiene usted muchos?

—¡Ya lo creo! Las tendencias de usted

al sarcasmo, arma obligada de los hombres cultos, son indigestas. En primer lugar, mis talentos, mis conocimientos clásicos y literarios, algo borrados quizás por el beber imoderado... Y ahora recuerdo que antes que mi alma volase, en la pasada noche, al seno de los dioses, había empeñado en diez annas el *Plagiario* Horacio, que usted tuvo la bondad de prestarme. Ditta Mull el prendero le tiene y puede recuperarse por una rupia... Son, sin embargo, mejores esas obras que las de usted!... En segundo lugar, el afecto constante de mi mujer, que es la mejor de las mujeres, y finalmente, el monumento más duradero que el bronce que he levantado en los siete años de mi degradación.

Al llegar aquí se detuvo, cruzó la estancia arrastrándose, y bebió agua: estaba muy lleno de grietas; muy malo.

Varias veces hizo referencia á su tesoro; una gran finca de que era dueño, pero siempre me imaginé que en esto no había más que delirios de la borrachera.

McYntosh era tan pobre como vanidoso. Sus modales no agradaban, pero conocía tanto á los indígenas, merced á los siete años

que había vivido entre ellos, que sólo por esto valía la pena de hacerse amigo suyo.

Cuando hablaba de Strickland se reía y le llamaba ignorante; «ignorante en el Oeste y en el Este», solía decir.

Sus vanidades se fundamentaban primero, en que era un miembro de la Universidad de Osford, de raras y brillantes cualidades, lo que podía ser verdad ó no, pues no tengo datos bastantes para negarlo ni para afirmarlo; y después en que, según su frase, «su mano estaba siempre tomando el pulso á la vida indígena»; hecho exactísimo.

Como hombre de la Universidad, me trataba lo mismo que si yo fuera un mozalbete, y estaba siempre trayendo su cultura á cuento; como... faquir mahometano, como McYntosh Jellaludin, era todo lo que yo necesitaba para mis fines.

Se fumó muchas libras de mi tabaco y me enseñó muchas cosas dignas de mención; pero jamás aceptó ninguna recompensa, ni siquiera cuando llegaron los frios y su pecho, raquí-tico y hundido, temblaba bajo la delgada y vieja chaqueta de alpaca.

Si le ofrecía algo se irritaba mucho y decía

que estaba insultándole; añadiendo además, que no iba al hospital; que había vivido como una bestia y moriría como un hombre.

Murió de pneumonia, y la noche de su muerte, me escribió trabajosamente algunas líneas pidiéndome que fuera á ayudarle en sus últimos momentos.

La mujer indígena estaba llorando al lado de la cama; y el enfermo, arrebujado en una manta de algodón, se hallaba tan débil, que una nueva manta que se le echó encima le hizo daño. Su imaginación se mantenía viva y despierta y sus ojos centelleaban.

Después de injuriar al médico que había venido conmigo, hasta que resentido el pobre viejo tuvo que marcharse, me maldijo á mí durante unos minutos, y pasado este acceso se calmó.

Tranquilo ya, dijo á su mujer que le trajera inmediatamente su libro que estaba en un agujero de la pared, y la señora McYntosh, trajo un gran paquete envuelto en un pedazo de refajo y compuesto de hojas de papel de diversas clases, viejas, amarillas, numeradas y escritas con hermosa letra en renglones muy cerrados.

El enfermo pasó sus manos sobre el legajo, le agitó cariñosamente y suspiró:

—Esta es mi obra; este es el libro de McYntosh Jellaludin, en el que se encierra lo que él vió; cómo vivió y qué le aconteció á él y á otros, siendo además el relato de la vida, pecados y muerte de la *Madre Maturin*. Lo que el libro de Mirza Murad Ali Beg, hablando de la vida indígena, es con relación á todos los demás que tratan de igual asunto, será este mío respecto al de Mirza.

Esta declaración carecerá de base para cuantos conozcan el trabajo de Mirza, tanto más, cuanto que aquellos papeles no parecían de verdadero valor á pesar de que McYntosh me les entregó como si fueran billetes de banco, añadiendo lentamente:

—A pesar de las muchas deficiencias de cultura que hay en usted, usted ha sido bueno para mí y cuando me halle en presencia de los dioses hablaré del excelente tabaco que fuma. Le debo á usted mucho por sus bondades, pero como odio la posición de deudor, le lego un monumento más duradero que el bronce... ¡*Mi libro!* Rudo é imperfecto en alguna de sus partes ¡ah! ¡pero cuán excepcional en otras!

Dudo que usted le entienda. Ese es un obsequio más digno que... ¡Bah! por donde empieza á vagar mi inteligencia...! Usted le mutilará horriblemente; le aporreará con esos adornos que ustedes los *filisteos* llaman citas latinas, y destrozará sanguinariamente su estilo, hasta acomodarle á la geringonza incoherente de ustedes, pero... á pesar de todo, no podrá destruirle completamente... Se le lego... ¡Ethel!... ¿Vuelve el delirio?

Señora McYntosh usted es testigo de que doy al *Sahib* todos estos papeles. ¡Ellos no te servirían de nada, corazón mío, y se les confío á él!

Volviéndose hacia mí añadió:

—Que no deje usted que mi libro muera como está. Es de usted incondicionalmente; es la historia de McYntosh Jellaludín, que *no* es la historia de éste sino la de un hombre y una mujer más grandes. Oigame usted: ni estoy loco ni borracho... ¡Ese libro le dará á usted fama!

—¡Gracias!—repliqué—á la vez que la india me entregaba el mamotreto.

—¡Mi único hijo!—dijo el enfermo sonriendo.

Sus fuerzas decaían rápidamente, pero siguió hablando mientras tuvo alientos.

Me esperé hasta el fin, sabiendo que de cada diez casos, en seis un hombre moribundo llama á su madre...

McYntosh se volvió del otro lado y dijo:

—Cuenta usted cómo ha llegado ese libro á su poder. Quizá nadie lo crea, pero, de todos modos, mi nombre vivirá. Ya sé que le va usted á tratar brutalmente... Le conozco á usted bien. Algo debe desaparecer... ¡El público es tonto é hipócrita! ¡En otro tiempo fui servidor suyo! Haga usted las correcciones con cuidado, con mucho cuidado. ¡Es una gran obra y por ella he dado siete años de infierno!

Su voz cesó por algunos segundos, y pasados éstos, comenzó á murmurar entre dientes una oración en griego. La india lloraba amargamente.

Por fin, McYntosh se puso de pie en la cama y dijo con voz alta y pausada:

—¡No soy culpable, Dios mío!

Pronunciadas estas palabras se desplomó en el lecho y quedó sumido en profunda insensibilidad hasta que murió.

Su mujer corrió al interior del *serai* y me-

tida entre los caballos, gritó furiosa é inconsolable, dándose golpes en el pecho: ¡la pobre le había amado!

Acaso la última exclamación de McYntosh, envolvió la noticia de quién era, pero, aparte el gran paquete de hojas viejas, envuelto en el pedazo de tela, nada había en la habitación que pudiera descubrir el secreto.

Los papeles estaban horriblemente sucios. Strickland me ayudó á ordenarles y dijo que el autor ó era el mayor embustero de la tierra ó el genio más asombroso. Él creía en lo primero.

Uno de estos días acaso puedan ustedes juzgar por sí mismos.

El tal mamotreto necesitaba que se le es-purgase mucho; estaba lleno de palabras griegas, faltas de sentido y puestas á la cabeza de los capítulos, que han sido borradas.

Si al fin se publica alguna vez, acaso no falte quien recuerde este cuento impreso ahora, como argumento para probar mañana que *La historia de la Madre Maturin* no es obra mía sino de McYntosh.

A cada cual lo suyo: no me gusta vestirme con plumas ajenas.



EL RESCATE DE PLUFFLES

Durante la temporada ella y su prima lucharon, y en la lucha desplegaron una habilidad honrada.

¡Llenas de tacto y talento, de ingenio y de bizarria, fueron por su cortesía en el combate un portento!

Mas la lucha entre mujeres es, sobre todo, cruel: los hombres damos cuartel: de la mujer... ¡no lo esperes!

(*Dos y uno.*)

MRS. Hauksbee fué algunas veces buena para las de su sexo, como lo prueba esta historia, en la que podéis creer todo lo que se os antoje.

Pluffles era un subalterno implume de los *Innombrables*; demasiado implume hasta para subalterno; implume sobre toda ponderación; como un canario en cañones.

Y aún había algo peor que esto: tenía tres

tida entre los caballos, gritó furiosa é inconsolable, dándose golpes en el pecho: ¡la pobre le había amado!

Acaso la última exclamación de McYntosh, envolvió la noticia de quién era, pero, aparte el gran paquete de hojas viejas, envuelto en el pedazo de tela, nada había en la habitación que pudiera descubrir el secreto.

Los papeles estaban horriblemente sucios. Strickland me ayudó á ordenarles y dijo que el autor ó era el mayor embustero de la tierra ó el genio más asombroso. Él creía en lo primero.

Uno de estos días acaso puedan ustedes juzgar por sí mismos.

El tal mamotreto necesitaba que se le es-purgase mucho; estaba lleno de palabras griegas, faltas de sentido y puestas á la cabeza de los capítulos, que han sido borradas.

Si al fin se publica alguna vez, acaso no falte quien recuerde este cuento impreso ahora, como argumento para probar mañana que *La historia de la Madre Maturin* no es obra mía sino de McYntosh.

A cada cual lo suyo: no me gusta vestirme con plumas ajenas.



EL RESCATE DE PLUFFLES

Durante la temporada
ella y su prima lucharon,
y en la lucha desplegaron
una habilidad honrada.

¡Llenas de tacto y talento,
de ingenio y de bizzarria,
fueron por su cortesia
en el combate un portentoso!

Mas la lucha entre mujeres
es, sobre todo, cruel:
los hombres damos cuartel:
de la mujer... ¡no lo esperes!

(Dos y uno.)

MRS. Hauksbee fué algunas veces buena para las de su sexo, como lo prueba esta historia, en la que podéis creer todo lo que se os antoje.

Pluffles era un subalterno implume de los *Innombrables*; demasiado implume hasta para subalterno; implume sobre toda ponderación; como un canario en cañones.

Y aún había algo peor que esto: tenía tres

veces más dinero del que necesitaba para ser dichoso.

El Sr. Pluffles padre era muy rico; el señor Pluffles hijo era el único vástago de la familia, y la señora Pluffles adoraba en su unigénito.

La pobre madre, un poco menos implume que el joven, tomaba por artículo de fe todo lo que éste decía.

La mayor debilidad del subalterno estribaba en no creer en nadie. Prefería sobre todo lo que él llamaba «la confianza en el propio juicio», y el hombre tenía tanto criterio como apostura y manos para montar!

Estas preferencias le produjeron disgustos una ó dos veces, siendo el mayor de todos el que se proporcionó en Simla hace algunos años, cuando sólo contaba veinticuatro primaveras.

Empezó por fiarse, como de costumbre, en su propia opinión, y el resultado de esto fué que al cabo de cierto tiempo se vió atado de pies y manos á las ruedas del carruaje de Mrs. Reiver.

Esta señora no tenía nada bueno más que los trajes. Era mala desde la punta de los pe-

los (que habían visto la luz primera en la cabeza de una joven bretona) hasta la tapa de los tacones, que se elevaban sobre la tierra dos pulgadas y tres octavos de pulgada.

No era, como Mrs. Hauksbee, lealmente traviesa, sino mala en todo y para todo.

Jamás llegó al escándolo, porque no tenía impulsos bastante generosos para eso. Constituía la excepción de aquella regla que prueba que las señoras anglo-indias son, bajo todos conceptos, tan buenas como sus hermanas de Inglaterra, y empleó toda la vida en afirmar la regla.

Mrs. Hauksbee y ella se odiaban con el entusiasmo más ferviente, aunque no hasta el punto de llegar al choque; y las cosas que la una decía de la otra eran estupendas, á la vez que originalísimas.

Mrs. Hauksbee era sincera... como su descarado, y si no hubiera sido por su amor á la travesura, habría llegado á funcionar de defensora de las mujeres.

En Mrs. Reiver no había nada bueno: todo era egoísmo, y desde los comienzos de la temporada el pobre Pluffles cayó en las garras de esta señora. Ella lo deseaba y ¿cómo podía

impedirlo el desdichado subalterno! Acercóse á Mrs. Reiver fiado en su propio juicio y así salió la cosa.

He visto á Hayes meter en cintura á un potro fogoso; he visto á un cochero alquilón dominar á un caballo resabiado y he admirado á un guarda enérgico por su forma de amansar á un perro furioso: pero la dominación á que se vió sometido Pluffles, el de los *Innombrables*, fué superior á todo esto!

¡Aprendió á llevar, traer y esperar como un perro ante una sola palabra; aprendió á confiar en citas á que Mrs. Reiver no pensaba acudir; á agradecer en el alma bailes que Mrs. Reiver no tenía la intención de concederle; á tiritar, durante hora y cuarto, sufriendo los embates del viento, junto al Elíseo, mientras Mrs. Reiver estaba pensando en salir ó no á caballo; á correr en traje muy ligero, bajo un chaparrón tremendo, en busca de un coche, y cuando ya le encontraba y le traía, á galopar á su lado; y, por último, á que se le hablara como á un criado indígena y se le dieran órdenes como á un esclavo!

¡Aprendió todo esto y otras muchas cosas más y pagó porque le enseñasen!

Quizás, aunque de un modo algo confuso, se imaginó que todo aquello era hermoso y sensacional, le daba cierta importancia entre los hombres y debía hacerse.

Nadie estaba obligado á indicarle que procedía como un insensato. La temporada era demasiado buena para andar malgastando el tiempo en averiguaciones, aparte de que entrometerse en las tonterías ajenas es siempre un trabajo ingrato.

El coronel, al enterarse de lo que ocurría, hubiera podido ordenar al subalterno que se incorporase á su regimiento; pero Pluffles se había echado una novia la última vez que estuvo en Inglaterra, y lo que más detestaba en este mundo el dignísimo jefe era tener subalternos casados. Por eso se permitió bromear al saber cómo le estaban educando, y dijo que aquel era un sistema muy conveniente para el chico.

No tenía nada de eso. La educación que le daban le llevaba á gastar más de lo que podía, cosa, en medio de todo, útil; pero, además, estaba convirtiendo á un muchacho mediano en un hombre de ínfima clase y de la especie más censurable.

Se metió por malos caminos, y su cuenta-cita en casa de Hamilton llegó á ser notabilísima.

Cuando estaban así las cosas, entró en juego Mrs. Hauksbee, y sabiendo lo que todos decían de ella, comenzó sola la partida, empeñada en beneficio de una joven á quien no conocía.

La prometida de Pluffles debía llegar en Octubre, bajo la protección de una tía, para casarse con el subalterno.

En los comienzos de Agosto, Mrs. Hauksbee creyó llegado el instante de intervenir.

Un buen jinete sabe lo que su caballo se propone hacer momentos antes de que lo haga; por iguales razones, una mujer de la experiencia de Mrs. Hauksbee, conoce perfectamente lo que hará un muchacho colocado en determinadas circunstancias, sobre todo cuando está entontecido por una mujer del género de Mrs. Reiver.

Decía que más pronto ó más tarde el subalterno rompería las relaciones con cualquier pretexto, acaso por complacer á Mrs. Reiver, que, por su parte, le tendría amarrado á sus pies y esclavizado á sus capri-

chos hasta el momento en que aquello le aburriera.

—Conozco estas cosas—añadía.

Y, con efecto: ¡Si ella no las conocía, no podía conocerlas nadie!

Resuelta á todo, salió á rescatar á Pluffles bajo el fuego del enemigo.

Exactamente lo mismo que hizo Mrs. Cusack Bremmil, bajo las miradas de Mrs. Hauksbee.

El combate duró siete semanas, por lo que se le conoce con el nombre de la «Guerra de las siete semanas», y el terreno fué defendido y atacado por una y otra parte, palmo á palmo.

La narración detallada de la lucha formaría un libro grueso y aún resultaría incompleta.

El que conozca estas cosas puede, por sí mismo, puntualizar los detalles.

Fué una lucha soberbia, tal, que no habrá otra que se le iguale mientras el monte Jakko exista; el precio de la victoria era Pluffles.

Las gentes, que no sabían en beneficio de quién peleaba Mrs. Hauksbee, decían cosas horribles de esta señora, y en cuanto á Mrs. Rei-

ver, luchaba porque el subalterno le era útil, pero, más que nada, por el odio que sentía hacia la rival.

Lo que Pluffles pensaba de aquello, lo ignoraban todos; verdad es que el joven oficial se dedicaba á pensar raras veces; tenía escasas ideas, y éstas le habían hecho formar un alto concepto de sí mismo.

—A este chico hay que cazarle — decía Mrs. Hauksbee — y la única manera de hacerlo es tratándole bien.

Mientras el éxito fué dudoso, le trató como si se hallara enfrente de un hombre de mundo y de experiencia.

Poco á poco el subalterno fué apartándose de su antigua querencia é inclinándose hacia el campo enemigo, donde era muy considerado.

No se le obligaba á buscar coches, ni á esperar bailes que no se le concedían jamás, ni á vaciar el bolsillo á cada instante.

Mrs. Hauksbee se limitaba á sujetarle por la brida, y después del tratamiento á que se había visto sometido en las manos de Mrs. Reiver, apreció bien el cambio.

Esta última señora no le permitió jamás

hablar de sí mismo, y en cambio le obligaba á que estuviera siempre elogiándola.

Mrs. Hauksbee hizo precisamente todo lo contrario, y ganó su confianza hasta el punto de que el subalterno llegó á hablarle del compromiso que había adquirido en Inglaterra, aunque juzgando aquello con cierto desdén y como una de las más supinas tonterías de un muchacho.

La confidencia la hizo una tarde que tomaba el té con ella y trató el asunto en un estilo que creía encantador y fascinante.

Mrs. Hauksbee había conocido una generación anterior de género idéntico; la había visto nacer, brotar en galanos pimpollos y concluir en capitanes obesos y comandantes panzudos como barriles.

El carácter de esta señora tenía 23 aspectos.

Algunos hombres elevan más el número.

Comenzó hablando á Pluffles como hablaría una madre, y como si en vez de ser quince años mayor que él lo fuera trescientos.

Puso en su acento una especie de gorgoeo acariciador, un timbre que por sí solo producía efecto gratisimo, aun cuando no hubiera nada de grato en lo que decía.

Le hizo ver la excesiva inocencia, por no decir imbecilidad, de su conducta, y la pequeñez de sus pensamientos.

Él tartamudeó algo así como «la confianza en el propio juicio á fuer de hombre de mundo», y esto le abrió á ella el camino para decirle todo lo que creyó necesario.

Si otra mujer se hubiera atrevido á lo que Mrs. Hauksbee se atrevió, Pluffles, se habría, por lo menos, impacientado, pero en la forma dulce, insinuante, arrulladora en que fué dicho todo, le hizo experimentar sensaciones de disgusto y arrepentimiento, como si se hubiera visto en el más augusto templo.

Gradualmente, dulcemente, con ingeniosa gracia, empezó Mrs. Hauksbee separando el amor propio de Pluffles, como separa usted la armadura de un paraguas antes de forrarle de nuevo.

Le reveló lo que pensaba de él, de su criterio y de su conocimiento del mundo; le habló del ridículo en que con su conducta se había puesto ante muchos; del propósito que había tenido de hacerle el amor si ella le hubiera dado pretexto para ello, y le dijo por último, que lo que debía hacer era casarse.

Al llegar á esto, bosquejó una pintura encantadora, derrochando el ópalo y la rosa, de la futura Mrs. Pluffles, fiando todos los anhelos de la vida, en el buen juicio y en el conocimiento del mundo, de un marido que no tenía nada que reprocharse.

¿Cómo pudo Mrs. Hauksbee conciliar manifestaciones tan contradictorias? Ella sólo lo sabe, pero es lo cierto que al subalterno no le parecieron inconciliables.

El discurso de Mrs. Hauksbee fué una homilía que hubiera envidiado el predicador más famoso y que terminó con alusiones conmovedoras al Sr. Pluffles, á la señora Pluffles y á lo juicioso que sería casarse y marcharse á Inglaterra.

Por fin, envió al subalterno á dar un paseo para que pensara en todo lo que le había dicho.

Pluffles salió respirando muy fuerte y tieso como un palo. Mrs. Hauksbee soltó la cargada.

Lo que el subalterno hizo para terminar sus relaciones con Mrs. Reiver, sólo esta señora lo sabía, y su opinión acerca de tal punto, la reservó cuidadosamente hasta la muerte.

Sospecho que habría deseado que la felicitasen por ello.

Pluffles tuvo el placer de conferenciar muchas veces con Mrs. Hauksbee durante varios días. Las conferencias versaron siempre sobre el mismo objeto y le sirvieron para guiarle y sostenerle en el camino de la virtud.

Como la discreta señora necesitaba tenerle bajo sus alas hasta el último instante, se opuso á que fuera á Bombay á casarse.

—¡Quién sabe—dijo—lo que puede acontecer en el camino! ¡Pluffles está marcado con la maldición de Ruben y la India no es un país bueno para él!

Por fin, la prometida llegó acompañada por su tía, y como el subalterno, gracias á Mrs. Hauksbee, había arreglado sus asuntos, se casaron.

Cuando los novios pronunciaron el *si quiero*, Mrs. Hauksbee lanzó un suspiro de satisfacción y se fué.

Pluffles, siguiendo el consejo que aquella señora le había dado, se marchó á Inglaterra con su mujer; dejó el servicio y, protegido por vallas pintadas de verde, se dedica á la cría de ganado, no sé en qué sitio.

Según mis noticias, esto lo hace muy juiciosamente.

Aquí habría acabado mal.

Y ahora si alguno habla de Mrs. Hauksbee peor de lo que ordinariamente suelen hablar de ella, cuénteles usted la historia del rescate de Pluffles.





NAMGAY DOOLA

ESTE era un Rey que vivía en el camino del Tibet, muchas millas tierra adentro en los montes del Himalaya.

Su reino estaba á once mil pies sobre el nivel del mar y tenía de superficie unas cuatro millas cuadradas, la mayor parte de las cuales se contaban en línea recta á causa de la naturaleza del país.

Su presupuesto de ingresos no llegaba á diez mil pesetas y con él mantenía un elefante y un ejército permanente de cinco hombres.

El Rey era tributario del gobierno de la India, que le concedía algunas cantidades para entretenimiento y reparaciones de una sección del camino del Tibet.

Además, aumentaba los ingresos vendiendo madera á las compañías de ferrocarriles. Cortaba los cedros en los bosques, los arrojaba con terrible estrépito en el río Sutlej, y corriendo río abajo unas trescientas millas, llegaban á las llanuras, donde eran al fin convertidos en traviesas.

De vez en cuando, este Rey, cuyo nombre no hace al caso, montaba en un caballo pío y recorría muchas veintenas de millas para llegar á Simla á fin de conferenciar con el Teniente gobernador sobre negocios de Estado ó asegurar al Virrey que la Emperatriz-Reina podía contar siempre con la espada de tan poderoso Monarca.

En estas visitas, el Virrey hacía que los tambores redoblaran, y el caballo pío, la caballería del Estado (dos hombres cubiertos de andrajos) y el heraldo, que con la vara de plata iba siempre delante del Rey, regresaban trotando á su tierra, situada entre las estribaciones de una montaña, cuyas cimas, siempre cubiertas de nieve, parece que intentan escalar el cielo, y los linderos de una sombría selva de abedules.

Cuando el destino me llevó á cruzar los

estados de aquel Monarca (que contaba sus ascendientes desde mil doscientos años de fecha y tenía un elefante auténtico), lo único que esperaba de él era que me concediese permiso para vivir.

La noche había cerrado; las nubes, rodando en el espacio y lanzando la lluvia, empañaban las luces de las aldehuelas tendidas en el valle.

A cuarenta millas de distancia, por encima de las nieblas y de las tormentas, alzaba sus blancos hombros Donga Pa—la montaña del consejo de los dioses—sobre cuyas cimas se apoya la estrella de la tarde.

Los monos gritaban tristemente dirigiéndose los unos á los otros, mientras saltaban buscando las raíces secas de los helechos, y el último soplo del viento crepuscular traía en sus alas el perfume húmedo de la leña quemada en las ocultas aldeas; el olor del pan caliente, y los efluvios embalsamados de los matorrales y de los pinos.

Aquel perfume era el embriagador aliento del Himalaya, que cuando penetra en la sangre de un hombre, hace que éste lo olvide todo y vuelva á las montañas para morir en ellas.

Las nubes se disiparon y el aroma se desvaneció: solamente permanecía inmóvil la niebla blanca y fría tendida sobre el lecho del río Sulej.

Un carnero bien cebado, que no sentía la necesidad de morir, balaba tristemente á la puerta de mi tienda, luchando con el Primer Ministro y con el Director general de Instrucción pública. Era el pobre carnero un presente que el Rey me hacía para mi y para los criados de mi campo.

Dí las gracias en la forma debida y pregunté si podría obtener una audiencia de Su Majestad.

El Primer Ministro se puso y arregló el turbante, que se le había caído durante la lucha con el carnero, y me aseguró que el Rey tendría una verdadera complacencia en recibirme.

En vista de esto, le mandé dos botellas como heraldos, y cuando el carnero hubo sufrido una nueva encarnación, subí á través de la humedad al palacio del Monarca.

Este había mandado su ejército para que me escoltara, pero el ejército se quedó hablando con mi cocinera.

¡Los soldados son iguales en todas partes!

El palacio era de barro y madera, estaba blanqueado y constaba de cuatro habitaciones. La casa más hermosa que hubiera podido encontrarse en las montañas después de andar viajando todo un día.

El Rey apareció vestido con blusa de terciopelo color de púrpura, pantalón de muselina blanca y rico turbante de color azafranado.

Me concedió la audiencia en una pequeña habitación alfombrada que daba al corral de palacio; corral en donde vivía el elefante del Estado.

El gran paquidermo estaba enmantado y fajado desde el tronco á la cola, y la curva de su lomo se destacaba cortando la línea del cielo.

El Primer Ministro y el Director de Instrucción pública asistían á la recepción; el resto de la corte había sido despedido por miedo á que mis botellas corrompiesen su moral!

Al inclinarme, el Rey me arrojó al cuello una pesada guirnalda de aromáticas flores, y me preguntó cómo tenía la dicha de encontrarse mi honorabilísima persona. Contesté que después de haber visto su benévola acti-

tud, las nieblas de la noche se habían trocado en rayos de sol, y que gracias al carnero, que me había sentado muy bien, las buenas acciones de tan egregio príncipe serían recordadas por los dioses.

A esto repuso que desde que mi magnífico pie se había posado en su reino, era más que probable que la cosecha del maíz aumentase sus rendimientos en un setenta por ciento, replicándole yo que su fama había llegado á los cuatro extremos del mundo, y las naciones rechinaban los dientes cuando oían hablar de las glorias de su reino (el del Rey); de la sabiduría de su Primer Ministro, parecido á la luna llena, y de la de su Director de Instrucción pública, cuyos ojos se semejaban al loto.

Cruzados estos cumplimientos, nos sentamos sobre blancos y limpios cojines, ocupando yo la derecha de Su Majestad.

Tres minutos después, me estaba contando que la cosecha del maíz era un tanto escasa, y que las compañías de ferrocarriles no le pagaban debidamente la madera.

La conversación se deslizó entre viajes y más viajes á las botellas.

Discutimos muchas cosas muy originales,

y el Rey llegó á hacerse comunicativo al hablar de los negocios de Estado.

En lo que más se detuvo fué en las omisiones de uno de sus vasallos, el cual, por lo que pude comprender, había tenido en jaque al Poder ejecutivo.

—En otros tiempos — dijo — podría haber enviado al elefante para que le pateara hasta matarle. Ahora tendría que ir el animal sesenta millas más allá de las montañas á ensayarse; su manutención, durante todo ese tiempo, correría á cargo del Estado, y el elefante come bárbaramente.

—¿Cuáles son los crímenes de ese hombre, *Sahib Rajah?* — pregunté.

—Ante todo, debo decir que es un extranjero y no un hombre de mi raza; un extranjero que desde el momento en que mi munificencia le dió tierra — lo que hizo apenas él llegó aquí, — rehusa pagarme el tributo. ¿No soy yo señor de todo, arriba y abajo? ¿No tengo, por ley y costumbre, derecho á la octava parte de la cosecha? Pues bien; ese condenado, desde que se estableció en mi reino, se niega á pagar la contribución, y... tiene una endiablada patulea de chiquillos.

—Métalo V. M. en la cárcel.

—*Sahib*—me contestó, agitándose un poco en el cojín—sólo una vez, una sola, durante cuarenta años, he estado enfermo, hasta el punto de no poder salir de casa, y en aquella ocasión hice voto á mis dioses de que jamás volvería á privar de la luz del sol ni del aire de la libertad á nadie: entonces comprendí la naturaleza del castigo. ¿Cómo rompo mi juramento? Si sólo se tratara de podarle una mano ó un pie, no dejaría de hacerlo; pero ni esto es posible desde que Inglaterra ejerce aquí su soberanía. Cualquiera de mis vasallos — el Rey miró oblicuamente al Director de Instrucción pública — escribiría inmediatamente una carta al Virrey, y acaso me viera privado del redoble de tambores.

Dicho esto, destornilló la boquilla de plata de su larga pipa, puso una sencilla de ambar y me dió la pipa.

—No contento—siguió diciendo—con negarse á pagar la contribución, se niega también á la prestación vecinal; es decir, á trabajar en los caminos, y excita á mi pueblo á que cometa igual acto de traición. Y eso que cuando quiere es muy hábil para pescar madera,

No hay entre todos mis vasallos uno ni más diestro ni más atrevido que él para quitar del río un peñasco, abriendo así el camino á los troncos gruesos.

—Pero adora á dioses extranjeros—dijo el Primer Ministro respetuosamente.

—Eso no me importa—repuso el Rey, que era tan tolerante como Akbar (1) en lo relativo á creencias.—Para cada hombre su dios y el fuego de la madre tierra para todos. La rebeldía es lo que me ofende.

—El Rey tiene un ejército—me atreví á indicar—¿por qué no ha quemado la casa de ese hombre, dejándole á él en cueros y expuesto al rocío de la noche?

—¡Ah! Una casa... es... una casa y ampara la vida del dueño. Una vez, cansado de sus excusas, mandé al ejército contra él: á tres les abrió la cabeza á garrotazos y los otros dos huyeron. Además, los fusiles no disparaban.

Había visto el armamento de la infantería, que se dividía en tres clases: primera, una vie-

(1) Emperador mongol cuya tumba, levantada cerca de Agra ó Akbarabad, es uno de los más hermosos monumentos de la India.—(N. del T.)

ja escopeta de caza de las que se cargan por la boca, y que en vez de chimenea tenía unos agujeros desportillados y llenos de orín; segunda, un fusil de chispas, atado con cuerdas, y con un sacatrapos de madera podrida; y tercera, un cañón pedrero de á cuatro, sin piedra. Hay que tener presente—añadió el Monarca alargando la mano á una de las botellas—que es muy inteligente para pescar madera y tiene una cara muy agradable. ¿Qué debía hacer con él, *Sahib*?

La cosa era interesante. Las tímidas gentes de las montañas no niegan ni las rentas á sus reyes ni las ofrendas á sus dioses. El rebelde debía ser un hombre de carácter.

—Si S. M. me lo permite—dijo—no levantaré mis tiendas hasta dentro de tres días, y antes veré á ese hombre. La bondad de los reyes es como la de Dios, y la rebelión es algo así como el pecado de hechicería. Además, las dos botellas y otra más están ya vacías...

—Tienes permiso para ir.

A la mañana siguiente, un pregonero fué por el reino anunciando que había un árbol grueso atravesado en el río y era preciso que todos los vasallos leales acudieran á quitarle.

El pueblo corrió desde las aldehuelas hacia el valle húmedo y abrasador donde estaban los campos de adormideras, y el Rey y yo también bajamos.

Centenares de troncos de cedros, ya preparados, se habían amontonado en el saliente de una roca, y de minuto en minuto nuevos troncos descendían por el río para aumentar el montón. El agua gruñía, saltaba furiosa, se arremolinaba sobre la madera, y las gentes del Estado metían las puntas de largas perchas entre ella, con la esperanza de facilitarle la marcha, cuando se oyó el grito de «¡Namgay Doola! ¡Namgay Doola!» y un labriego alto, de cabellos rojos, llegó corriendo, desnudándose á la vez que corría.

—Ese es—dijo el Rey.—¡Ese es el rebelde! Ahora verás deshecho el remanso.

—¿Y qué cabellera roja es esa!—pregunté asombrado, porque el pelo rojo es en las montañas tan raro como el azul y el verde.

—Es un extranjero—replicó el Monarca.—¡Oh, bien hecho! ¡Bien hecho!

Namgay Doola había trepado sobre la roca y estaba rasgando activamente el extremo de un tronco con una especie de bichero muy

fuerte. El cedro se deslizó lentamente río abajo como se deslizan los caimanes y otros tres ó cuatro le siguieron.

El agua verdosa brotó por los huecos abiertos, y entonces los aldeanos gritaron, aplaudieron, se lanzaron entre los maderos amontonados, y, separándoles violentamente, les empujaron con energía, destacándose como jefe entre toda aquella gente, Namgay Doola.

Los troncos se agitaron, chocaron furiosos unos con otros y gruñeron, mientras nuevas remesas, bajando desde la parte alta del río, golpeaban el remanso, ya debilitado.

Este dejó por fin franco el camino entre humaredas de espuma, violentas y rápidas sacudidas, balanceo tremendo de cabezas negras y horrible confusión, porque el río lo empujaba todo rudamente delante de sí.

Ví bajar la cabellera roja con los últimos restos del remanso roquero y desaparecer entre los grandes troncos que rodaban con la corriente. Junto á la orilla se alzó, respirando como un delfín, y Namgay Doola, quitándose el agua de los ojos, hizo una reverencia delante del Rey.

Tuve tiempo de examinar al hombre de

cerca. El rojo encendido de su espantable cabeza y de su barba producía verdadero asombro, y entre los pelos espesos y sobre dos mejillas prominentes, relampagueaban unos ojos azules muy agradables.

Era, con efecto, un extranjero; pero por el lenguaje, por el aspecto y por el traje, un tibetano que hablaba el dialecto de Lepcha con una admirable dulzura en las guturales.

—¿De dónde eres?—pregunté admirado.

—Del Tibet.—Y señalando hacia las montañas hizo un signo que me conmovió. Le alargué la mano y la estreché.

Ningún tibetano neto hubiera podido comprender la significación de aquel signo.

Namgay Doola se marchó á buscar su ropa, y cuando trepaba en demanda de la aldea oí un grito gozoso que parecía extravagantemente familiar: era su grito de guerra.

—Comprenderás ahora—me dijo el Rey—por qué no le he matado. Es un valiente entre mis troncos, pero...—y sacudiendo su cabeza como un maestro de escuela, añadió:

—Estoy seguro de que dentro de poco habrá quejas contra él en mi corte. Volvamos á palacio á administrar justicia.

Era costumbre en el Soberano juzgar á sus vasallos todos los días, desde las once de la mañana á las tres de la tarde.

Le ví fallar muy equitativamente en cuestiones graves de robo, calumnia y raptos, más ó menos criminales, de mujeres.

De pronto frunció las cejas y me llamó.

—¡Ya tenemos aquí á Namgay Doola!—dijo con aire de desesperación.—¡No contento con negarse á pagar los tributos, ha comprometido, mediante juramento, á la mitad de los habitantes de su pueblo para que cometan la misma traición! ¡Jamás me había sucedido una cosa semejante! ¡Y los impuestos no son exagerados!

Un aldeano de cara de conejo, con una herida detrás de la oreja, avanzó temblando. Había tomado parte en la conspiración de Namgay Doola; pero lo confesó todo y esperaba algo de la munificencia real.

—¡Oh, señor!—exclamé.—¿Seríais tan bondadoso que dejáseis para mañana el examen de este asunto? Sólo á los dioses les es dable hacer justicia con precipitación. Ese aldeano bien puede haber mentido.

—No: conozco á Doola; pero desde el momento que un huésped lo pide, quedese la

cuestión para mañana, y en nombre mío hálblele duramente á ese extranjero de la cabellera roja: acaso te oiga.

Aquella misma tarde hice una tentativa, pero juro por mi nombre que no pude desempeñar mi papel. ¡Namgay Doola gesticulaba de un modo tan persuasivo! Además empezó á hablar de un gran oso gris que había en el campo de adormideras, junto al río, preguntándome si quería cazarle...

Le hablé severamente del pecado de rebelión, de la conspiración descubierta y de la seguridad del castigo.

Su cara se nubló durante un segundo, é inmediatamente después salió de mi tienda y le oí cantar dulcemente entre los pinos.

Las palabras eran ininteligibles para mí; pero la música, dulce é insinuante como el acento de aquel hombre, evocaba la sombra de un recuerdo; de algo que me era singularmente conocido.

Cantó una y otra vez y atormenté mi cerebro queriendo recordar aquella melodía olvidada.

Después de comer descubrí que habían cortado un pedazo de terciopelo, como de un pie cuadrado, de mi mejor paño de enfocar.

Esto me encolerizó tanto, que bajé al valle con la esperanza de tropezar con el oso gris, y mientras;—oculto hasta los hombros por el trigo, cubierto de rocío,—le acechaba para sorprenderle después de la comida, pude oírle gruñir entre las adormideras como un cerdo descontento.

Los rayos de la luna llena hacían más penetrante el aroma que se esparcía de las borlas de las plantas.

De pronto oí el angustioso mugido de la vaca del Himalaya; uno de aquellos terneros negros, tan grandes como un perro de Terranova, y dos sombras, que me parecieron la osa y su cría, cruzaron rápidamente por delante de mí.

Sólo en el momento de ir á disparar noté que las dos tenían brillantes cabelleras rojas.

El más pequeño de los animales llevaba arrastrando algo parecido á una cuerda, que dejaba una huella oscura en el sendero.

Nos separaba un espacio que apenas medía seis pies, y ví que la sombra de los rayos de la luna proyectaba sobre sus rostros un color como el del terciopelo negro. ¡Sí, esta es la comparación más exacta; porque, aparte el

poder de los rayos lunares, llevaban cubiertas las caras con caretas hechas del pedazo de mi terciopelo negro!

¡Esto me produjo tal asombro, que me fuí á la cama!

A la mañana siguiente todo el reino estaba en conmoción. Según decían, la noche anterior Namgay Doola había salido de su casa y con un cuchillo muy afilado le había cortado la cola á la vaca del hombre de cara de conejo que le traicionó.

¡El sacrilegio era horrible! ¡A la vaca sagrada! El pueblo pedía la cabeza del sacrilego, pero éste se había encerrado en su casa, atrancando con gruesas maderas puertas y ventanas, y desafiaba al orbe entero.

El Rey, el pueblo y yo nos aproximamos, con grandes precauciones, á la casa. No era posible apoderarse de aquel hombre sin que corriera la sangre, porque á través de un agujero, que había en la pared, vimos proyectarse en el suelo la boca de un fusil muy bien cuidado; ¡el único que podía disparar en todo el reino! Momentos antes de llegar nosotros, Namgay Doola había estado á punto de matar á un labriego.

El ejército se detuvo.

No podía hacer otra cosa, porque cuando se aproximaba, grandes pedernales, horriblemente puntiagudos, llovían de las ventanas, y de vez en cuando se añadían á estos proyectiles chaparrones de agua hirviendo.

Desde nuestro punto de observación veíamos muchas cabezas rojas moviéndose arriba y abajo en el interior de la casa.

La familia del sitiado ayudaba á su jefe, y á nuestras súplicas se respondía con gritos de desafío que helaban la sangre en las venas.

—¡Jamás—decía el Monarca bufando de cólera—jamás ha ocurrido en mis Estados cosa semejante! El año que viene, sin falta, compro un cañoncejo.

Después me miró como pidiéndome consejo y ayuda.

—¿No habrá en el reino—dije—algún sacerdote á quien respete?

—Adora á otros dioses—respondió el Primer Ministro.—¡Pero podemos matarle de hambre...!

—¡Dejad que se acerque el hombre blanco!
—gritó Namgay Doola.—¡Al que de vosotros

se atreva á aproximarse, le mato! ¡Enviadme al blanco!

La puerta se abrió de par en par y penetré en la habitación de un tibetano, ennegrecida por el humo y rellena de chiquillos.

La cola, todavía fresca, de una vaca estaba tendida en el suelo, y junto á ella se veían dos pedazos de terciopelo negro—el mío—estropeados bárbaramente para convertirles en algo parecido á caretas.

—¿Qué vergonzoso escándalo es este, Namgay Doola!—pregunté.

Gesticuló con más gracia que nunca, y repuso:

—Aquí no hay ni escándalo ni vergüenza. Ese hombre me había traicionado y le he cortado la cola á su vaca. Por un momento pensé, ¡oh, *Sahib!* pegarle á él un tiro... No para matarle, no; un tiro en las piernas.

—Pero, vamos á ver: ¿desde cuándo se está obligado á pagar contribución al Rey; desde cuándo?

—Por los dioses de mi padre que no lo sé.

—¿Quién fué tu padre?

—El mismo que tenía este fusil.

Al decir esto, me enseñó el arma de fuego;

un Tower que ostentaba en la caja la fecha 1832 y la marca de la respetable compañía de la India Oriental.

—¿Cómo se llamaba tu padre?

—Tinlay Doola, y aunque yo era muy muchacho, recuerdo que usaba una casaca encarnada.

—Eso no lo dudo; pero repite el nombre dos ó tres veces.

Me obedeció, y entonces comprendí de qué provenía aquel acento extraño que había en su lenguaje.

—Tinlo Dula—dijo muy excitado.—A estas horas le rezo á su dios.

—¿Puedo ver á ese dios?

—Dentro de un momento: á la hora del crepúsculo.

—¿Recuerdas algunas palabras del idioma de tu padre?

—¡Hace tanto tiempo...! Pero había una que la decía muy á menudo, y era esta: «Eh, cuidado!» Entonces, mis hermanos y yo nos cuadrábamos: así.

—Entendido. ¿Quién fué tu madre?

—Una mujer de las montañas. Nosotros somos Lepchas ó Darjilings, pero nos lla-

man extranjeros por el color de nuestro pelo.

Su mujer, la tibetana, le tocó suavemente en el brazo.

Las largas negociaciones desde la parte afuera de la fortaleza habían durado todo el día, y en aquel momento comenzó el crepúsculo; la hora del *Angelus*.

Los muchachos de cabellera roja se levantaron del suelo con aire solemne y formaron un semicírculo.

Nangay Doola dejó su fusil, encendió una pequeña lámpara de aceite, la puso delante de un nicho abierto en la pared, y recorriendo un pedazo de cortina sucia, dejó ver un crucifijo de bronce, viejo y deteriorado, que descansaba sobre la chapa de un casco, perteneciente á un regimiento, hace tiempo olvidado, de la compañía de las Indias orientales.

—Así hacía mi padre—dijo, persignándose torpemente.

La madre y los hijos le imitaron, y todos entonaron á coro aquel canto triste que ya había oído al pie de las montañas sin entenderle.

El enigma desapareció.

Una y otra vez repitieron el canto, como si

sus corazones se desgarraran. La letra era la versión dada por ellos al coro de: *El vestir del color verde* (1)

cuelgan hombres y mujeres
porque de verde se visten.

Tuve una inspiración diabólica. Uno de los rapaces, chicuelo de siete á ocho años; acaso el que ví la noche anterior en el campo, no dejaba de mirarme mientras cantaba. Saqué una rupia, la cogí por un lado entre el pulgar y el índice y miré, nada más que mirar, al fusil, que estaba recostado en un rincón.

Un rayo de inteligencia brilló en la cara del chico, redonda como un plato, y, sin dejar de cantar, alargó la mano, cogió la moneda y me entregó el fusil. Podía haber matado á Namgay Doola mientras cantaba, pero estaba satisfecho.

La invencible voz de la sangre me contuvo.

Namgay Doola corrió la cortina sobre el nicho: la hora del *Angelus* había pasado.

—Así cantaba mi padre. Su canto era mucho más largo, pero le he olvidado, y ni si-

(1) Antigua canción irlandesa.—(N. del T.)

quiera comprendo la significación de estas pocas palabras. Acaso el Dios las entienda. No soy de este país y no pago tributo.

—¡Pero...!

Hizo de nuevo aquel gesto en que ponía toda su alma, y dijo:

—¿Y en qué me ocuparía yo entre cosecha y cosecha...! Esto es preferible á espantar osos; pero esa gente no lo entiende así.

Dicho esto, levantó las caretas del suelo y se quedó mirándome con el aire candoroso de un niño.

—¿Quién diantre te ha enseñado á hacer tales diabluras?—exclamé, señalando á los artifices.

—No lo sé. Yo no soy más que un Lepcha de Darjiling, y esta tela...

—¡Que has robado...!

—No. ¿Robarla! La necesitaba... ¡Bah! ¡La tela! ¿Qué otra cosa podía hacer con ella...?

Y empezó á liar alrededor de sus dedos el pedazo de terciopelo.

—Fero el pecado de mutilar la vaca...

—¡Oh, *Sahib!* El dueño me había hecho traición; la cola de la ternerilla se estaba moviendo á la luz de la luna; yo tenía mi cuchi-

sus corazones se desgarraran. La letra era la versión dada por ellos al coro de: *El vestir del color verde* (1)

cuelgan hombres y mujeres
porque de verde se visten.

Tuve una inspiración diabólica. Uno de los rapaces, chicuelo de siete á ocho años; acaso el que ví la noche anterior en el campo, no dejaba de mirarme mientras cantaba. Saqué una rupia, la cogí por un lado entre el pulgar y el índice y miré, nada más que mirar, al fusil, que estaba recostado en un rincón.

Un rayo de inteligencia brilló en la cara del chico, redonda como un plato, y, sin dejar de cantar, alargó la mano, cogió la moneda y me entregó el fusil. Podía haber matado á Namgay Doola mientras cantaba, pero estaba satisfecho.

La invencible voz de la sangre me contuvo.

Namgay Doola corrió la cortina sobre el nicho: la hora del *Angelus* había pasado.

—Así cantaba mi padre. Su canto era mucho más largo, pero le he olvidado, y ni si-

(1) Antigua canción irlandesa.—(N. del T.)

quiera comprendo la significación de estas pocas palabras. Acaso el Dios las entienda. No soy de este país y no pago tributo.

—¡Pero...!

Hizo de nuevo aquel gesto en que ponía toda su alma, y dijo:

—¿Y en qué me ocuparía yo entre cosecha y cosecha...! Esto es preferible á espantar osos; pero esa gente no lo entiende así.

Dicho esto, levantó las caretas del suelo y se quedó mirándome con el aire candoroso de un niño.

—¿Quién diantre te ha enseñado á hacer tales diabluras?—exclamé, señalando á los antifaces.

—No lo sé. Yo no soy más que un Lepcha de Darjiling, y esta tela...

—¡Que has robado...!

—No. ¿Robarla! La necesitaba... ¡Bah! ¡La tela! ¿Qué otra cosa podía hacer con ella...?

Y empezó á liar alrededor de sus dedos el pedazo de terciopelo.

—Fero el pecado de mutilar la vaca...

—¡Oh, *Sahib!* El dueño me había hecho traición; la cola de la ternerilla se estaba moviendo á la luz de la luna; yo tenía mi cuchi-

llo, y... ¿qué había de hacer? ¡La cola cayó antes de que me diera cuenta de ello, *Sahib!* Estas cosas las comprendes tú mejor que yo.

—Tienes razón. Espera; no salgas. Voy á hablar con el Rey.

El pueblo estaba agrupado en la falda de la colina. Llegué y hablé:

—¡Oh, Rey!—le dije.—Respecto á ese hombre, dos caminos hay abiertos delante de tu sabiduría. Puedes colgarle de un árbol, con toda su casta, hasta que no quede una cabeza roja en esta tierra...

—No—repuso el rey—¿por qué he de hacer daño á los pequeñuelos?

Los muchachos habían salido de la casa y estaban haciendo grotescas reverencias delante de todos. Namgay Doola esperaba, de pie en la puerta y arma al brazo.

—Puedes también—dejando aparte la impiedad cometida mutilando á la vaca—evarle á un puesto de honor en tu ejército. Ese hombre procede de una raza que nó paga tributos. Hay en su sangre una llama roja que le brota por encima de su esplendorosa cabellera. Hazle jefe del ejército, concédele todos los honores con que pueda soñar y libertad

absoluta para el trabajo; pero ¡fíjate mucho en esto, señor! ni ahora ni nunca les des ni á él ni á su guardia un pie de terreno. Aliméntale con palabras, con honores, con buenos tragos del vino que ya conoces, y será un baluarte para defenderte: mas no consientas que se vea propietario ni del puñado más pequeño de hierba. ¡Así le ha hecho Dios...! Además, tiene hermanos...

Un rumor de descontento se levantó entre todos los vasallos.

—Si sus hermanos vienen, se pelearán entre ellos hasta morir, ó en otro caso, se denunciarán los unos á los otros, y... ¿Debe ser ó no de tu ejército? ¡Escoge!

El Rey inclinó la cabeza y yo grité:

—Ven acá, Namgay Doola, y manda el ejército del Rey. De hoy en adelante ya no te llamarás Namgay Doola, sino Patsay (1) Doola, por razones que, como acertadamente has dicho, yo me sé.

El hombre de la cabellera roja, nuevamente bautizado con el nombre de Patsay Doola, hijo de Tinlay (2) Doola, ó más bien Tin

(1) Patricio.—(N. del T.)

(2) Timoteo.—(N. del T.)

Doolan, se abrazó á los pies del rey, dió de bofetadas al ejército permanente, y corrió lleno de contrición de templo en templo haciendo ofrendas por el pecado de mutilar vacas.

El Rey quedó tan complacido de mi perspicacia, que quiso venderme uno de los pueblos de su reino por veinte libras esterlinas; pero no compro aldeas en el Himalaya mientras una cabellera roja flamee entre las estribaciones de los montes cuyas cimas, cubiertas de nieves perpetuas, parece que quieren escalar el cielo y los linderos de los bosques sombríos. ¡Conozco la casta!



SECUESTRADO

¡Hay mareas que hacia el mal
por todas partes nos llevan:
tristes ¡ay! los que se entregan
á la corriente fatal!

¡Nadie cambia su camino
ni domina su poder,
y el hombre va, sin querer,
donde le empuja el destino!

Mas si, por suerte ó valor,
salvas á algún desdichado,
después de verse salvado,
¡quizás olvide el favor!

(*Moralejas de Vibart.*)

SOMOS una raza superior, ilustrada, y los casamientos á lo *infante* nos resultan muy repulsivos y á veces producen consecuencias singularísimas. Pero á pesar de eso la opinión india (que es la opinión continental y la opinión aborigen), favorable á los matrimonios en que para nada se tienen en

Doolan, se abrazó á los pies del rey, dió de bofetadas al ejército permanente, y corrió lleno de contrición de templo en templo haciendo ofrendas por el pecado de mutilar vacas.

El Rey quedó tan complacido de mi perspicacia, que quiso venderme uno de los pueblos de su reino por veinte libras esterlinas; pero no compro aldeas en el Himalaya mientras una cabellera roja flamee entre las estribaciones de los montes cuyas cimas, cubiertas de nieves perpetuas, parece que quieren escalar el cielo y los linderos de los bosques sombríos. ¡Conozco la casta!



SECUESTRADO

¡Hay mareas que hacia el mal
por todas partes nos llevan:
tristes ¡ay! los que se entregan
á la corriente fatal!

¡Nadie cambia su camino
ni domina su poder,
y el hombre va, sin querer,
donde le empuja el destino!

Mas si, por suerte ó valor,
salvas á algún desdichado,
después de verse salvado,
¡quizás olvide el favor!

(*Moralejas de Vibart.*)

SOMOS una raza superior, ilustrada, y los casamientos á lo *infante* nos resultan muy repulsivos y á veces producen consecuencias singularísimas. Pero á pesar de eso la opinión india (que es la opinión continental y la opinión aborigen), favorable á los matrimonios en que para nada se tienen en

cuenta las inclinaciones personales de los que se casan, resulta juiciosa y conveniente.

Piense usted por un solo instante en ello, y estará de acuerdo conmigo, á no ser que crea en las afinidades.

Y si es así, lo mejor que puede usted hacer es pasar por alto este cuento.

¿Cómo podría un hombre que no se ha casado jamás, un hombre que sólo por haber visto una vez un caballo no osará decir que es bueno; un hombre cuya cabeza está perturbada y enardecida con las visiones de la felicidad doméstica, dedicarse á elegir esposa?

No es posible que vea claro ni elija acertadamente si lo intenta; y las mismas desventajas existen para que tengan éxito las elecciones de las muchachas casaderas. Pero cuando las personas maduras, casadas, discretas, amasan un matrimonio, lo hacen muy juiciosamente, y la joven pareja vive siempre feliz: ¿esto lo sabe todo el mundo!

La verdad es que el gobierno debería establecer un Departamento de Matrimonios perfectamente organizado, con un jurado de matronas, un magistrado del Tribunal Supremo, un capellán respetable, y como adverten-

cia terrible para evitar desgracias futuras, un matrimonio por amor, que hubiera salido mal, atado á los árboles del patio de la oficina.

Establecido este centro, que debería depender de la dirección general de Instrucción pública, todos los casamientos tendrían que hacerse por su conducto, y los que omitiesen tamaña formalidad serían castigados con una pena igual á la establecida para los que toman posesión de una finca sin tener documento en forma que acredite el derecho.

El gobierno, con el pretexto de que está muy ocupado, no admite las indicaciones ajenas; pero quiero que se tome nota de la indicación y me propongo presentar ejemplos en abono de mi teoría.

Una vez había un joven, oficial primero de cierta oficina, con el porvenir de una buena carrera por delante, y acaso acaso con la posibilidad de ser caballero de la cruz del Imperio de la India al finalizar sus servicios.

Todos los jefes hablaban muy bien de él, porque sabía cuándo debían pararse su lengua ó detenerse su pluma. Aún hay en la India once hombres que poseen ese secreto, y todos

ellos, menos uno, alcanzaron extraordinarios honores y amontonaron grandes rentas.

El joven de mi cuento era muy pacífico, muy reflexivo, demasiado viejo para sus años, y esto se paga siempre.

Si un subalterno, un empleado en las plantaciones del té ó cualquiera de esos que gozan de la vida sin pensar en el mañana, hubiera hecho lo que él pensaba hacer, nadie habría reparado en ello. Pero cuando Peythroppe, el estimable, virtuoso, económico, pacífico, trabajador joven Peythroppe *cayó*... ¡hubo una conmoción tremenda en cinco departamentos!

La caída se verificó de esta suerte. Tropezó con una Miss Castries (en su origen se llamaban *de* Castries, pero por razones administrativas, la familia había suprimido la preposición), tropezó, repito, con una Miss Castries y se enamoró de ella con una energía más grande que la que derrochaba en el trabajo.

Hay que dejar sentado, de manera muy clara y terminante, que ni el conato de una palabra podía decirse contra aquella señorita. Era buena, encantadora; gozaba de esa com-

plexión que las gentes sencillas de Inglaterra denominan española; tenía una cabellera magnífica, de un negro azulado, que caía en grandes rizos sobre la frente, afectando la forma de la diadema de una viuda, y unos ojos muy grandes de color violáceo, que brillaban bajo dos cejas tan negras como la orla de la *Gaceta extraordinaria* cuando muere un gran personaje; pero... pero... pero... vamos, lo diré: á pesar de ser una chica muy dulce y muy piadosa, resultaba absolutamente imposible. ¡Hay que confesarlo!

Toda buena mamá sabe lo que quiere decir *imposible*.

No podía haber nada más absurdo que la intención, firmemente mantenida por Peythroppe, de casarse con ella. El ligero color de ópalo y onix que sombreaba el nacimiento de las uñas de la muchacha, publicaba esta verdad del modo más elocuente.

Además, casarse con Miss Castries significaba casarse con otra porción de Castries: con el teniente honorario Mr. Castries, papá de la niña; con Mrs. Eulalia Castries, la mamá; con las muchas ramificaciones de la familia, cuyas rentas llegaban de 175 á 470

rupias al mes, y, por añadidura, con todas las señoras de los Castries y con las conexiones de estas dignas señoras.

¡Menos malo hubiera sido para Peythroppe pegarle al Comisionado con una tralla de perros ó quemar las notas de la oficina del Diputado Comisionado que contraer una alianza con los Castries!

¡Aquello le hubiera perjudicado en su carrera menos que el tal casamiento, aun estando bajo la autoridad de un gobierno que jamás olvida ni perdona!

Todo el mundo veía esto menos Peythroppe, que estaba resuelto á casarse, ya que tenía edad y rentas suficientes para hacerlo, y ¡ay de la casa que no recibiera á Mrs. Virginia Saulez Peythroppe con la deferencia debida al rango del marido!

Tal era el *ultimatum* del joven, y cualquiera observación que se le hacía le ponía furioso.

Estas súbitas locuras atacan con mucha frecuencia á los hombres más sanos, según demostraré á ustedes más tarde; pero semejantes manías no pueden apreciarse sino como manifestaciones contrarias á las ideas corrien-

tes, acerca de cómo deben hacerse los matrimonios.

Peythroppe ardía en deseos de echarse al cuello, en los comienzos de la carrera, una rueda de molino, y no había argumento contra sus deseos que le hiciera efecto.

Quería casarse con Miss Castries; este era un asunto exclusivamente suyo, en el que nadie tenía derecho á meterse; así que agradecería á usted mucho se guardara sus consejos para cuando se le pidieran.

Con un hombre en tales condiciones, las meras palabras no hacen más que confirmarle en su resolución.

Por otra parte, el que está en este caso, no puede ver que aquí el matrimonio, más que al individuo, importa al gobierno á quien se sirve.

¿Se acuerdan ustedes de Mrs. Hauksbee, la mujer más admirable de la India; la que salvó á Pluffles de las garras de Mrs. Reiver, dió á Tarrion un buen empleo en el Departamento de Negocios Extranjeros y fué derrotada, en campo abierto, por Mrs. Cusack-Bremmil?

Aquella señora excepcional se enteró de la situación lamentable en que estaba Peythrop-

pe, y formó el plan que debía salvarle. Tenía Mrs. Hauksbee la sabiduría de la serpiente, la lógica coherencia del hombre, el valor inconsciente del niño y la triple intuición de la mujer.

¡Mientras haya en el mundo carruajes que corran por nuestros valles ó parejas que galopen en la falda de nuestras colinas, habrá quien afirme que no ha existido jamás una mujer tan ingeniosa como Mrs. Hauksbee!

Oyó atentamente la explicación de lo que le sucedía á Peythroppe, dada por tres amigos; permaneció en pie con el extremo de su látigo de montar entre los labios y... habló...

Habían transcurrido tres semanas; estaba Peythroppe comiendo, acompañado de los tres amigos, y á los postres les llevaron la *Gaceta de la India*, viendo el joven, con grandísima sorpresa, que se le había concedido un mes de licencia.

No me pregunten ustedes cómo se arregló aquello. ¡Creo firmemente que si Mrs. Hauksbee lo mandara, toda la alta administración de la India andaría de cabeza!

Los tres amigos de Peythroppe también

tenían concedido igual permiso; pero el enamorado mancebo tiró el periódico y comenzó á soltar palabras feas.

Se oyó en esto el acompasado caminar de unos camellos; camellos de ladrones y pertenecientes á la raza de los bikaneer, que tienen la propiedad de no dar ni resoplidos ni graznidos cuando se tienden ó cuando se levantan.

Después no sé qué ocurrió. Lo único cierto es que Peythroppe desapareció, se desvaneció como el humo, y la *silla larga* de la casa de los tres amigos fué rota para hacer barras, y una de las camas desapareció de las alcobas.

Mrs. Hauksbee decía que Peythroppe estaban cazando con sus compañeros en Rajputana, y era preciso creerla.

Al concluir el mes de licencia, los cazadores se vieron favorecidos con una prórroga de veinte días. En el entretanto, todo eran lamentaciones y desesperación en la casa de los Castries.

El día de la boda se había fijado, pero el novio no volvía y los Da Silvas Pereiras y Ducketts gritaban y se mofaban de Mr. Castries, el teniente honorario, que había sido, según decían, indignamente burlado.

Mrs. Hauksbee se presentó en casa de la novia el día señalado para la boda y se mostró muy sorprendida de que Peythroppe no pareciera.

Al cabo de mes y medio, el joven y sus tres amigos regresaron de Rajputana. Peythroppe volvía muy gordo, muy fuerte, muy mejorado, casi blanco y más reflexivo que nunca.

Uno de sus amigos tenía un corte en la nariz, causado por el retroceso de un fusil. ¡Los del calibre de doce dan unos culatazos muy singulares!

El teniente honorario corrió á beberse la sangre de su infame yerno y dijo unas cosas tan vulgarotas, tan imposibles, que pusieron al descubierto todo lo que había de rudo y grosero bajo su honorabilidad. Sospecho que Peythroppe abrió los ojos; pero se mantuvo tranquilo hasta el fin y entonces habló brevemente.

El Sr. Castries dijo, antes de marcharse, que si no se le daba una reparación, ó se batarían ó le llevaría á los tribunales por haber faltado á sus promesas.

La señorita Castries, que era una buena muchacha, declaró que ella no demandaba á

nadie por faltar á su palabra; que si no era una completa señora, tenía bastante educación para saber que ciertas penas deben quedarse en el fondo del lacerado corazón; y como impuso estas opiniones á toda su familia, no sucedió nada.

Más tarde se casó con un hombre de los más respetables y de los más caballeros, que viajaba en representación de una gran casa de Calcuta y que fué todo lo que un buen marido debe ser.

Peythroppe volvió al cabo en sí; trabajó mucho y bien, y fué alabado y honrado por cuantos le conocían.

Uno de estos días se casará con una doncella de las que figuran en la lista del mundo oficial, muy dulce, dotada de una cara donde alternan la nieve y los claveles; con algún dinero y con varias conexiones influyentes.

Así se casan los hombres juiciosos; mas es seguro que jamás le dirá á su mujer nada de lo que le ocurriera durante aquel mes y medio que estuvo cazando en Rajputana.

¡Pero cuántas molestias y cuánto gasto para llegar á esto! El alquilar camellos es caro, y los de la raza bikaner son unos bru-

tos á los que hay que alimentar como si se tratara de seres humanos!

¡Podían haberle salvado merced á los buenos oficios del Departamento de Matrimonios, por conducto de la Dirección general de Instrucción pública y con la intervención del Virrey!



LA ROTA DE LOS HÚSARES BLANCOS

¡Ni á la luz ni en campo abierto
hemos tirado la espada,
sino en la noche callada
y junto al vado desierto!
¡En la triste soledad
furioso el viento rugía,
y el agua se revolvía,
envuelta en la obscuridad!
¡Surgió el Miedo, bien armado;
luego el Pánico llegó
y... todo el mundo corrió
por el Pánico, empujado!

(En el Tribunal.)

No falta quien sostenga que un regimiento de caballería inglesa no puede huir. ¡Inmenso error! ¡He visto cuatrocientos treinta y siete sables, volando, más que corriendo, en todas direcciones, á impulsos de un terror abyecto; he visto al mejor regimiento que jamás manejó bridas, borrado por espacio de dos horas, de los cuadros del ejército!

tos á los que hay que alimentar como si se tratara de seres humanos!

¡Podían haberle salvado merced á los buenos oficios del Departamento de Matrimonios, por conducto de la Dirección general de Instrucción pública y con la intervención del Virrey!



LA ROTA DE LOS HÚSARES BLANCOS

¡Ni á la luz ni en campo abierto
hemos tirado la espada,
sino en la noche callada
y junto al vado desierto!
¡En la triste soledad
furioso el viento rugía,
y el agua se revolvía,
envuelta en la obscuridad!
¡Surgió el Miedo, bien armado;
luego el Pánico llegó
y... todo el mundo corrió
por el Pánico, empujado!

(En el Tribunal.)

No falta quien sostenga que un regimiento de caballería inglesa no puede huir. ¡Inmenso error! ¡He visto cuatrocientos treinta y siete sables, volando, más que corriendo, en todas direcciones, á impulsos de un terror abyecto; he visto al mejor regimiento que jamás manejó bridas, borrado por espacio de dos horas, de los cuadros del ejército!

tos á los que hay que alimentar como si se tratara de seres humanos!

¡Podían haberle salvado merced á los buenos oficios del Departamento de Matrimonios, por conducto de la Dirección general de Instrucción pública y con la intervención del Virrey!



LA ROTA DE LOS HÚSARES BLANCOS

¡Ni á la luz ni en campo abierto
hemos tirado la espada,
sino en la noche callada
y junto al vado desierto!
¡En la triste soledad
furioso el viento rugía,
y el agua se revolvía,
envuelta en la obscuridad!
¡Surgió el Miedo, bien armado;
luego el Pánico llegó
y... todo el mundo corrió
por el Pánico, empujado!

(En el Tribunal.)

No falta quien sostenga que un regimiento de caballería inglesa no puede huir. ¡Inmenso error! ¡He visto cuatrocientos treinta y siete sables, volando, más que corriendo, en todas direcciones, á impulsos de un terror abyecto; he visto al mejor regimiento que jamás manejó bridas, borrado por espacio de dos horas, de los cuadros del ejército!

Si repite usted este cuento delante de los húsares blancos, es más que probable que le traten á usted muy mal. No están orgullosos del incidente.

A los húsares blancos les puede usted reconocer por su aspecto, muy superior al de todos los demás regimientos de caballería de que hablan los reglamentos; y si con esto no tiene usted bastante, les reconocerá por la calidad de su aguardiente, que lleva sesenta años en las bodegas del círculo y es más que digno de que se le pruebe.

Pida usted aguardiente de Mc Gaire y verá lo que le dan. Si el sargento encargado de la bodega, cree que es usted persona poco *educada* é indigna del género legítimo, procederá conforme con esta opinión. ¡Es un hombre excelente!

¡Ah!, pero no hable usted jamás de marchas forzadas ni de grandes carreras en el círculo: es muy susceptible, y si cree que se ríe usted de los socios se lo dirá francamente.

Los húsares afirmaban que el coronel, hombre improvisado, que jamás debió encargarse del mando, había tenido la culpa de todo. El coronel, por su parte, sostenía que el regi-

miento no era excesivamente distinguido. ¡Un regimiento que estaba seguro de saber galopar con todos los caballos, entre todos los cañones y sobre toda la superficie del globo!

Este ultraje fué la primera causa del disgusto. El coronel desechó el caballo de la banda; ¡el caballo que llevaba los timbales de plata! Acaso no comprenda usted toda la enormidad del crimen: trataré de explicárselo.

El alma de un regimiento está encerrada en el cuerpo del caballo que ostenta los timbales de plata y que es casi siempre un animal pío, listado y de mucha alzada.

El color constituye un caso de honra, y los regimientos pagarán lo que se les pida por un jaco pío.

El trabajo del animal no se regula por las disposiciones ordinarias. Es muy ligero y únicamente maniobra al paso, así es que, mientras puede tenerse en pie y conserva hermosa estampa, su bienestar está asegurado.

¡Conoce el regimiento mejor que el ayudante, y si le examinaran no incurriría ni en una equivocación!

Tenía el caballo de mi cuento unas dieciocho *yerbas* y estaba en condiciones de poder

cumplir su cometido. ¡Lo menos le quedaban seis años de excelentes servicios, desempeñados con la solemne dignidad de un tambor mayor de la guardia!

Cuando le compró el regimiento dió por él 1.200 rupias.

El coronel insistió en que había que sustituirle y fué desechado en debida forma, reemplazándole con un animalejo *sin sangre*, bayo, feo como una mula, con cuello de oveja, cola de rata y cascos de buey.

El timbalero le tomó odio, y los mejores animales de la banda, echaron atrás las orejas y pusieron los ojos en blanco al ver al flamante intruso, al que consideraron como un advenedizo y no como un caballero...

Sospecho que las opiniones del coronel respecto al porte distinguido del regimiento se extendían hasta la banda, y que pensaba hacerle tomar parte en los movimientos durante los ejercicios.

Una banda de caballería es sacratísima; sólo funciona en las paradas cuando el general pasa revista, y el jefe de la banda es un grado menos importante que el coronel: una especie de supremo sacerdote con su canto

sagrado el *Keel Row*; es decir, el aire *al trote*. Quien no haya oído ese toque, alzándose sonoro y estridente sobre el ruido que produce el regimiento al desfilarse trotando por delante del jefe, aún tiene algo que ver y que aprender.

Cuando el coronel desechó el caballo hubo casi un motín. Los oficiales se indignaron; el regimiento se puso furioso y los soldados de la banda blasfemaron como... soldados.

El caballo iba á sacarse á subasta; ¡á pública subasta! Acaso para que le comprara un persa y le pusiera á tirar de un carro. ¡Aquello era cien veces peor que exponer la vida íntima del regimiento á la vista de todo el mundo ó que vender la fuente de plata del círculo á un judío; á un miserable judío!

El coronel era hombre de carácter bajo y con pretensiones de bravo. Sabía lo que el regimiento pensaba respecto á su orden, y cuando los soldados se ofrecieron á comprar el *potro*, dijo que aquel ofrecimiento era un acto de insubordinación prohibido y penado por las Ordenanzas.

Uno de los subalternos, un irlandés llamado Hogan-Yale, se quedó en la subasta con el caballo por 160 rupias. El coronel se puso fu-

rioso; el oficial, que era inverosímilmente subordinado, mostróse arrepentido y dijo que le había comprado para evitar que le trataran mal ó le mataran de hambre; pero que estaba dispuesto á pegarle un tiro poniendo así término al asunto.

El coronel pareció tranquilizarse ante aquella promesa: necesitaba que el caballo muriera, porque vió que había cometido una torpeza y como ustedes comprenden, no podía reconocerlo. La presencia del pío era un gran fastidio para el digno jefe.

Yale se echó al colete un vaso de aguardiente, cogió unos cigarros y un amigo llamado Martyn y salió del círculo.

Yale y Martyn conferenciaron durante dos horas en la casa del primero, pero únicamente el perro del oficial irlandés, fidelísimo guardián del calzado de su amo, supo lo que hablaron.

Un caballo, enmantado y encaperuzado hasta las orejas, salió de mala gana de las cuadras de Yale y cruzó las líneas del campamento, llevado por el mozo de cuadra.

Dos hombres penetraron en el teatro del regimiento en donde cogieron botes de pintu-

ra y brochas de las que se usan para pintar decoraciones.

La noche cayó sobre los cuarteles y sólo se oía el ruido producido por un caballo que se hacía pedazos á coces en las cuadras de Yale. El teniente tenía un jaco grande, viejo y blanco listado.

Al día siguiente—era un martes—los soldados, sabiendo que el teniente debía dar muerte al caballo, resolvieron hacerle los más espléndidos funerales: ¡los mismos que le habrían hecho al coronel si se le hubiera ocurrido morir! Alquilaron una carreta, se proveyeron de costales y de muchas coronas de rosas, y el cuerpo del animal, cubierto con los costales, fué conducido al lugar donde se quemaban los que morían de muermo, siguiéndole las dos terceras partes del regimiento.

La banda no fué, pero los soldados entonaron el canto

El sitio en que el viejo
caballo murió.

y otras canciones apropiadas á la ocasión y al objeto.

Cuando el cadáver fué arrojado en la fosa y brazos de flores caían sobre él hasta cubrirle completamente, el veterinario soltó un taco y dijo en voz alta.

—¡Cuerno! lo mismo es ese el caballo de los timbales que lo soy yo.

El sargento mayor (1) le preguntó si se le había perdido la cabeza en la cantina; el veterinario repuso que conocía los cascos del caballo como sus propios pies; pero guardó silencio cuando vió quemado el número del regimiento sobre aquel pobre cuerpo rígido, envuelto completamente entre flores.

Con estas ceremonias se verificó el entierro del caballo de los timbales de plata, perteneciente á los húsares blancos, aunque el veterinario siguió refunfuñando.

Los costales con que se había cubierto el cadáver, estaban de trecho en trecho salpicados con manchas negras, hecho en que no dejó de fijarse el digno veterinario, pero el sargento mayor le pegó un formidable puntapié en una espinilla diciéndole que estaba borracho perdido.

(1) Categoría intermedia entre sargento y oficial.
—(N. del T.)

El lunes siguiente al día del entierro, el coronel se propuso vengarse de sus húsares. Desgraciadamente, era gobernador militar interino, y ordenó que hubiera ejercicio de brigada, diciendo que quería hacerles sudar la diabólica insolencia del martes: cumplió en toda regla su palabra.

¡Aquel lunes fué uno de los días más terribles de que tienen memoria los húsares blancos! Se ordenó el ataque contra un supuesto enemigo y cargaron, se retiraron, desmontaron, y volvieron á montar, practicando científicamente de todos los modos posibles, hasta sudar á chorros, en una llanura cubierta de polvo.

El único momento divertido fué aquel, á la caída del día, en que cargaron sobre una batería de artillería á caballo persiguiéndola más de dos millas. Esta era una cuestión personal y muchos jinetes habían apostado dinero, porque los artilleros se permitieron decir que tenían las piernas de los húsares blancos; en lo que se equivocaron.

Una marcha al paso puso fin á la batalla y cuando los húsares regresaron á su cuartel iban llenos de polvo desde las espuelas hasta los cascos.

El regimiento gozaba de un gran privilegio ganado, sino recuerdo mal, en Fontenoy.

Muchos cuerpos tienen estos privilegios especiales; unos pueden usar los cuellos del uniforme sin uniforme; otros un lazo de cinta entre los dos hombros, y algunos, en ciertos días del año, rosas rojas y blancas sobre sus cascos. Los tales privilegios se relacionan ó con el patrón del regimiento ó con alguna hazaña heroica del cuerpo, y todos son estimadísimos; pero no había ninguno tan alto, tan estimable como el de los húsares blancos, consistente en que la banda tocara mientras los caballos bebían agua.

No tocaba más que una pieza, siempre la misma. Ignoro cómo la llaman; lo único que sé respecto á esto, es, que los soldados la denominan: *Llévame otra vez á Londres*, y es bastante agradable.

¡El regimiento hubiera preferido cien veces verse disuelto á renunciar á tan alta distinción!

Cuando sonó el toque de derecha é izquierda, los oficiales se encaminaron hacia el cuartel para que se prepararan las cuadras, y los soldados se dirigieron con toda comodidad á

las líneas; es decir, se desabrocharon las levitas, se quitaron los cascos y comenzaron á bromear ó jurar según el humor de cada uno.

Los más cuidadosos desmontaban aflojando las cinchas y las cadenas barbadadas de los caballos.

Un buen soldado de caballería aprecia su montura tanto como se aprecia á sí mismo, y cree y debe creer, que los dos juntos, hombre y bruto, son irresistibles para los hombres y para las mujeres, para los cañones y para las doncellas.

El oficial de guardia mandó tocar al *agua*, y el regimiento en masa se dirigió hacia los abrevaderos, situados detrás de las caballerizas y entre éstas y los cuarteles. Los pilones eran cuatro, colocados en escalones y suficientemente grandes, para que en cada uno de ellos bebiera un escuadrón, con lo que si era preciso se podía dar agua al regimiento en diez minutos, aunque por regla general lo mandado era que se emplearan diecisiete, durante los cuales tocaba la banda.

Cuando los escuadrones llegaron al abrevadero comenzó la música, y los soldados sacando los pies de los estribos, empezaron á

disputar unos con otros. El sol lanzaba sus más ardorosos rayos y el camino á las líneas de la población civil, tendido en línea recta, estaba tan bañado por el haz inmenso de los rayos solares, que parecía que se había metido de cabeza en los ojos del astro del día.

Un punto pequeño é indefinible se levantó en el extremo del camino; después fué creciendo y creciendo hasta tomar la figura de un caballo con algo parecido á unas parrillas sobre los lomos. El haz de luz solar brillaba á través de los hierros de las parrillas.

Un soldado se puso la mano sobre los ojos para resguardarles del sol, miró y dijo:

—¡Qué demonio trae aquel jaco encima! Pasó un minuto, se oyó un relincho que hombres y caballos conocían en el regimiento, y vieron dirigirse derecho hacia la banda el caballo pío, ¡el caballo muerto y enterrado!

En la cruz del animal resonaban con horrible estrépito los timbales de plata, cubiertos por negros crespones y en la silla, rígido, con aire muy marcial y con la cabeza desnuda iba montado un esqueleto.

¡La banda dejó de tocar y por un momento reinó un silencio espantoso, horrible!

De pronto, uno—los soldados dijeron después que fué el sargento mayor—clavó espuelas á su caballo y salió corriendo, dando alaridos. ¡Después... después... nadie puede decir exactamente lo que ocurrió, pero á lo que parece, por lo menos un hombre en cada escuadrón se vió asaltado por el pánico; corrió y los demás le siguieron como manadas de ovejas!

Los caballos, que apenas habían mojado los befos en el agua, se encabitaron y comenzaron á hacer cabriolas, pero apenas la banda rompió;—lo que hizo cuando la sombra del caballo pío estaba á poco menos de un kilómetro de distancia,—todos los demás siguieron el ejemplo, y el estrépito y furia de la huida y de la arrancada, tan distintos del ruido y del movimiento ordenado de una maniobra ó de las carreras á discreción para ir al agua, les hicieron espantarse más y más.

Los animales conocieron que sus jinetes estaban aterrados por algo, y cuando se enteran de esas cosas todo está perdido; ya no hay nada seguro más que la catástrofe!

Escuadrón tras escuadrón volvieron grupas al abrevadero y comenzaron á esparcirse, co-

rriendo por todas partes como si fueran torrentes de azogue.

El espectáculo fué verdaderamente asombroso, porque como hombres y caballos estaban con el mayor descuido y comodidad, los cañones de las carabinas, golpeando los ijares de los animales precipitaban la carrera de éstos.

Los hombres gritaban, blasfemaban y trataban de alejarse de la banda, á la que el caballo pío iba dando caza, mientras el fantástico jinete, inclinado hacia adelante, parecía excitado como si tratara de ganar una apuesta.

El coronel había entrado en el círculo á echar un trago, seguido por la mayor parte de la oficialidad, y cuando el oficial de servicio se disponía á bajar para que el sargento mayor le diera el parte, la banda dejó bruscamente de tocar el «Vuélveme de nuevo á Londres», llevando apenas veinte compases, por lo que todos se preguntaron con asombro:

—¿Qué ha ocurrido?

¡Un segundo después oyeron el ruido más antimilitar de la tierra, y vieron á lo lejos, en la llanura, á los húsares blancos corriendo, volando desalados, en el más espantoso desorden!

El coronel se quedó mudo de rabia creyendo, ó que el regimiento se había sublevado ó que todo él estaba borracho.

La banda, un pelotón desorganizado, avivaba, loca de terror, la carrera, y el caballo pío, ¡el caballo muerto y enterrado!, con el esqueleto, que se balanceaba y crujió sobre la silla, iba dándole alcance por momentos.

Hogan-Yale se acercó á Martyn y le dijo al oído, con voz tranquila.

—¡Ni el hierro soportaría esa prueba!

La banda, que había dado la vuelta como una liebre acosada, retrocedía; pero el resto del regimiento había desaparecido y corría como un azote por toda la provincia, porque los hombres, cegados por el polvo, creían ver galopando á su lado, al caballo pío.

El ganado de los regimientos está, generalmente, bien tratado, y, en caso de apuro, puede correr mucho aunque lleve encima más de nueve arrobas.

Los jinetes lo adivinaron.

¿Cuánto tiempo duró el pánico? No lo sé. Creo que cuando salió la luna los hombres vieron que no tenían nada que temer, y por parejas ó secciones retrocedieron, y, sin hacer

ruido, fueron escurriéndose dentro de los cuarteles, muy avergonzados de sí mismos.

Entretanto, el caballo pío, disgustado por la descortesía de sus camaradas, dió la vuelta en redondo, haciendo un esfuerzo, y, al trote, se dirigió á la escalinata del círculo de oficiales en busca de un pedazo de pan.

Nadie pensó en correr, pero nadie salió tampoco á su encuentro hasta que el coronel se adelantó, cogiendo al esqueleto por un pie.

La banda había podido detenerse á algunos pasos de distancia y retrocedía lentamente.

El coronel comenzó por reconocer el caballo, y al convencerse de que era de carne y hueso, empezó á echar sapos y culebras por la boca, insultando á los húsares individual y colectivamente.

Después dió un puñetazo en los timbales, encontrándose con que estaban hechos con papel de plata y bambú; y jurando siempre como un condenado, pretendió desarzonar el esqueleto, lo que al principio le fué imposible porque estaba cosido á la silla.

La facha del digno jefe con el brazo alrededor del extraño jinete y la rodilla apoyada

en los ijares del caballo, producía asombro, ya que no me atreva á decir que causaba risa.

Por fin, al cabo de dos minutos de estar derrengándole, logró echar el esqueleto al suelo, y dirigiéndose á los hombres de la banda, gritó:

—¡Venid aquí, miserables! Esto es lo que os ha hecho huir espantados!

El sargento de trompetas pareció que reconocía el hecho, porque comenzó á sonreír plácidamente.

—¿Puedo quitarle de enmedio, mi coronel?—preguntó.

—¡Sí, llévesele usted al infierno, y vayan ustedes con él!

El sargento saludó, izó el esqueleto, le echó sobre el borrén de su silla y se encaminó á la cuadra.

Después de esto, el coronel comenzó á hacer averiguaciones respecto al resto del regimiento, y el léxico que usaba era verdaderamente estupendo.

¡Iba á disolver el cuerpo; á formar consejo de guerra á todo bicho viviente; no quería mandar más á aquella gentuza, etc., etc.!

Cuando los hombres comenzaron á apare-

cer, uno á uno, su lenguaje se volvió más y más expresivo, llegando á traspasar los límites que para la libertad de palabra se han concedido siempre á los coroneles de caballería.

Martyn llamó aparte á Hogan-Yale y le manifestó sus temores de que cuando se descubriera todo les obligaran á dejar el servicio.

Martyn era el más apocado de los dos. Yale arqueó las cejas y murmuró:

—Soy el hijo de un Lord y, además, estoy tan inocente en la resurrección teatral del caballo como un niño antes de nacer. Las instrucciones mías—añadió con la sonrisa más dulce—se limitaron á que el pío nos fuera devuelto de la manera más aparatosa posible. ¿Tengo yo la culpa de que un amigo, bruto como una mula, nos le haya enviado en tal guisa que ha vuelto loco á todo un regimiento de caballería de S. M. la Reina!

—¡Eres un hombre grande—repuso Martyn—y llegarás á general! Pero yo daría mis probabilidades de mandar un escuadrón por salir con bien de este asunto.

La Providencia les salvó.

El teniente coronel se llevó al coronel á la

pequeña habitación, de sendos cortinajes, donde los oficiales solían jugar al poket por las noches, y previos algunos tacos del jefe, estuvieron hablando en voz baja.

Sospecho que el teniente coronel atribuyó el pánico á un soldado cualquiera que no sería posible descubrir, y sé que se detuvo mucho en la torpeza y en la vergüenza que representaría el hacer público objeto de chacota el pánico del regimiento.

—Nos van á llamar—añadió el segundo jefe, que era hombre de ingenio—*Los palominos espantados ó Los monteros del fantasma*, y de un extremo á otro del ejército vamos á ser objeto de burlas injuriosas, porque aunque nos empeñemos, nadie creerá que los oficiales no estaban con el regimiento en el momento del pánico. ¡Por el honor del cuerpo y por el bien de usted, no remueva usted la cosa!

El coronel estaba tan estenuado á fuerza de rabiarse y gritar, que calmarle era empresa más fácil de lo que hubiera podido creerse. Poco á poco y por grados le hizo ver el segundo jefe, que era tan imposible someter todo el regimiento á un consejo de guerra, como hacer responsable á cualquier subalterno,

puesto que ninguno de ellos, en opinión del teniente coronel, podía haber tomado parte en la broma.

—Pero el caballo vive—refunfuñó el coronel—no ha sido fusilado, y este es un flagrante delito de desobediencia. Por menos que eso he conocido á un hombre que perdió su carrera; ¡por mucho menos! ¡Se han burlado de mí, Mutman, se han burlado de mí!

El segundo jefe volvió á sentarse, para ver si podía calmarle, y estuvo luchando con él cuerpo á cuerpo durante media hora.

Al cabo de este tiempo, el sargento mayor tuvo que dar el parte. La situación era un tanto nueva para él, pero el hombre no se apuraba fácilmente. Saludó y dijo:

—Mi coronel, todo el regimiento ha vuelto.

—Y para hacerse agradable al jefe añadió:—
Los caballos sin novedad.

El coronel dió un bufido, gritando:

—¡Más valía que hubiera usted metido á los hombres en la camita y hubiera cuidado de que no se despertaran y se levantaran dando alaridos durante la noche!

El sargento mayor se retiró.

Esta modesta prueba de ingenio pareció

dejar satisfecho al señor coronel, puesto que mostróse ligeramente arrepentido del lenguaje que había usado.

El teniente coronel volvió de nuevo á la carga hasta fastidiarle, y los dos estuvieron sentados y conferenciando la mayor parte de la noche.

A los dos días hubo una revista, pasada por el comandante general, y el coronel arengó á los húsares blancos. Lo capital de su discurso fué: que desde el momento en que el caballo de los timbales, á pesar de ser tan viejo, había logrado hacer que corriera todo el cuerpo, le juzgaba digno de volver á su puesto de honor á la cabeza de la banda, pero que el regimiento era una pandilla de rufianes, sin conciencia del deber.

Los húsares aplaudieron, tiraron por el aire todo lo que pudieron tirar, y cuando la revista concluyó vitorearon al coronel hasta enronquecer.

Ninguno se acordó de vitorear al teniente Hogan-Yale, que sonreía dulcemente en su puesto de fila exterior.

El teniente coronel dijo al coronel, aunque no en forma oficial:

—Estas cosas dan popularidad, sin afectar en nada á la disciplina.

—¡Pero no he cumplido mi palabra!...

—¿Qué importa? Los húsares blancos le seguirán á usted, desde hoy, á todas partes. Los regimientos son como las mujeres. ¡Lo hacen todo por unos trapos!

Una semana después, Hogan-Yale recibió una carta singularísima firmada por un señor que se llamaba Secretario del Amor y el Celo por las investigaciones, 3.709, E. C., pidiendo la devolución de un esqueleto, que, según las noticias adquiridas por aquella Sociedad, debía encontrarse en poder del oficial.

—¿Qué endiablado lunático es éste—preguntó Yale—que comercia con huesos!

—Perdone usted, mi teniente—dijo el sargento de trompetas—el esqueleto le tengo yo y le devolveré si usted paga la conducción hasta las líneas civiles. Tengo también un ataúd.

Hogan se sonrió, y entregándole dos rupias, le dijo:

—Hágame usted el favor de poner la fecha en el cráneo.

Si dudan ustedes de la verdad de esta his-

toria y saben dónde tienen que ir, vayan á ver la fecha grabada en el esqueleto, pero no hablen ustedes de ello á los húsares blancos.

Yo conozco algo de lo ocurrido porque preparé el caballo pío para su emocionante resurrección.

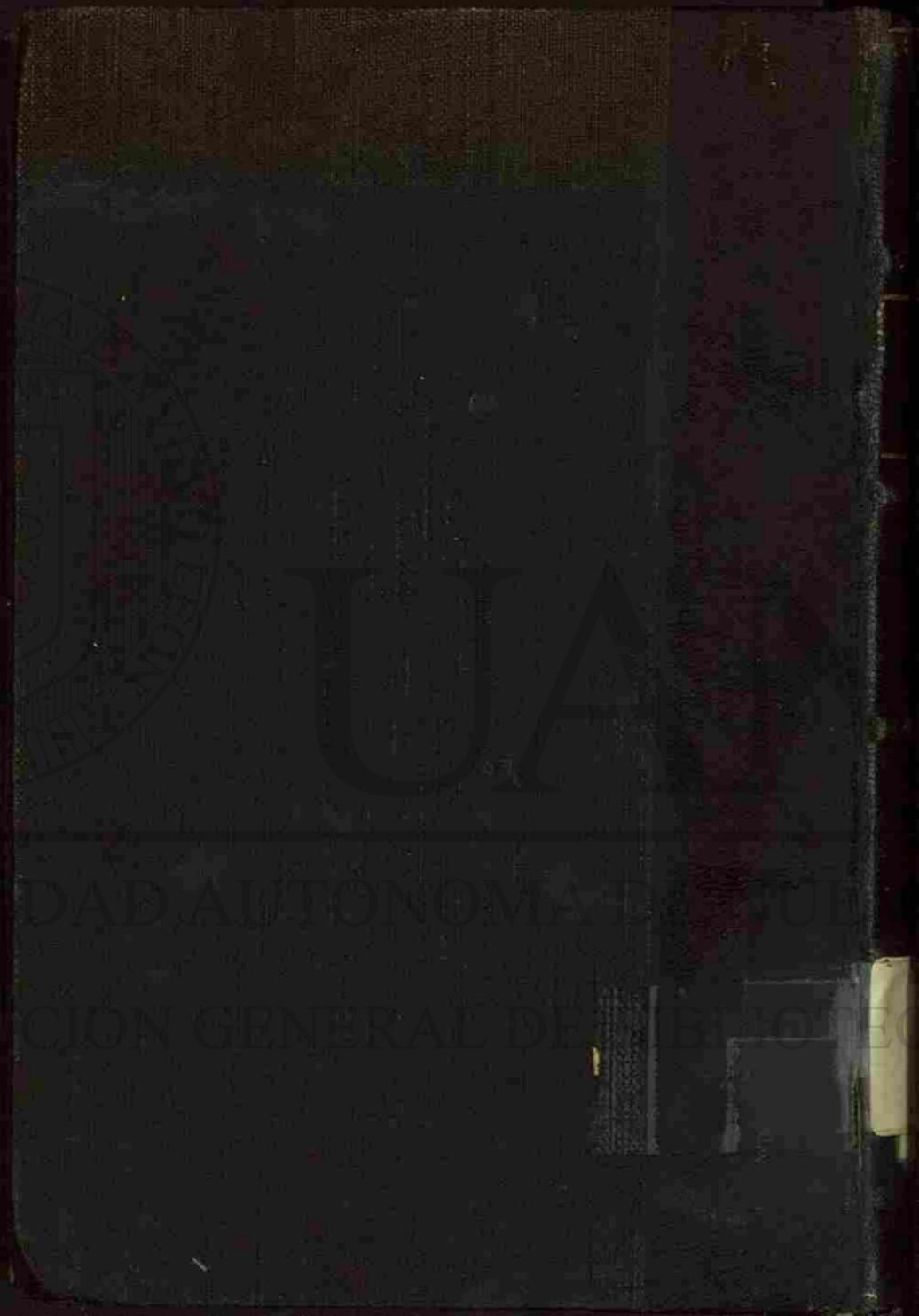
¡Lo de ponerle encima un esqueleto no le hizo mucha gracia!

FIN

FE DE ERRATAS

Pág.	Línea	DICE	DEBE DECIR
vii	11	pléyade	pléyades
		Sinla	Simla
3	23	á hombres civiles	hombres civiles
23	16	si usaba de ella	ni usaba de ella
37	26	La que está	Lo que está
49	1	pasión mórvida	pasión mórbida
61	17	que en cielo eterno	que en ciclo eterno
85	8	cubierta de herizadas	cubierta de erizadas
104	4-5	la irritó; hirguiose	la irritó; irguióse
106	18	Muerta tu madre fué	¡Mortal! Tu madre fué
141	5	Unballa	Umballa
158	13	fué profeta	fué profetisa
179	6	lo que relacionaba	lo que se relacionaba
187	11	Osford	Oxford
211	8	á la geringonza	á la jerigonza
214	7	estaban	estaba
265	14-15	quedarse	guardarse
267	3-4		

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



U.A.

DAD AUTONOMA DE JUI
CION GENERAL DE BIBLIOTEC